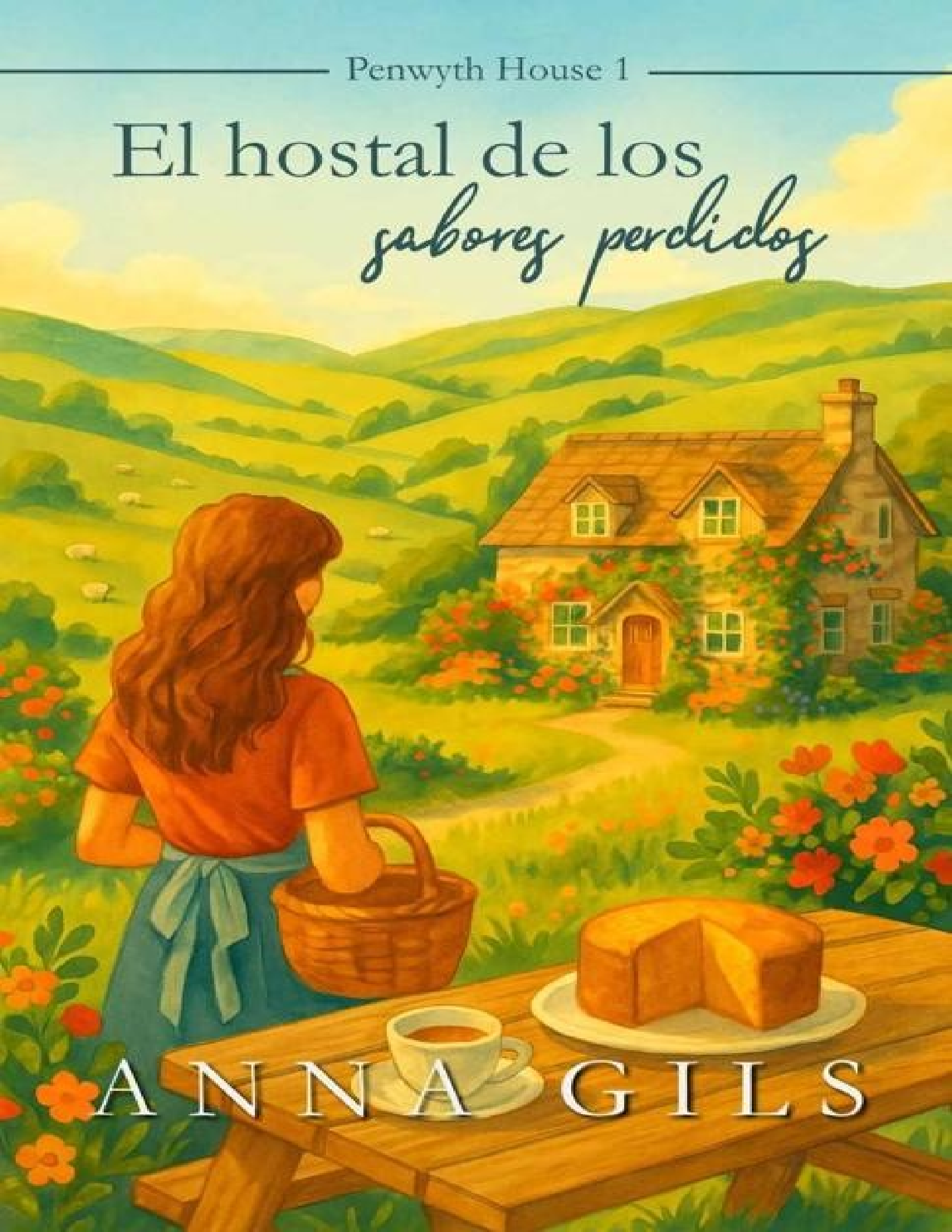
Penwyth House 1

El hostal de los *sabores perdidos*



ANNA GILS

Título original:

El hostal de los sabores perdidos

Autora:
Anna Gils @anna.gils.writer

Publicado por KDP!
Sello: Independently published

ISBN: 9798291156797

© Anna Gils, julio 2025

Diseño de cubierta y maquetación:
Anna Gils
EA -servicios editoriales- @ea.servicios.editoriales

Impreso por: Amazon

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito de la autora cualquier forma de reproducción, distribución, comuni- cación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a miteconlibros@gmail.com para cualquier necesidad.!

Todos los derechos reservados.

A mis abestias,
por estar aquí años tras año como Penwyth House.



OBJ

El sabor de lo que no esperaba

El autobús parecía haber salido de una novela de misterio ambientada en los setenta. Y no lo digo como una metáfora literaria, sino como una observación real: la carrocería verde oliva tenía rayones que parecían cicatrices de otras vidas, las cortinillas de encaje colgaban con más resignación que elegancia y cada curva del camino iba acompañada por un crujido grave, haciendo que el vehículo suspirara con fatiga o protestara por seguir existiendo. El asiento que me tocó vibraba cada vez que el motor cambiaba de marcha y el aire olía a una combinación imposible de cuero mojado, naftalina y ese aroma que solo puedo describir como "recuerdos de calcetines usados". Sí, ese tipo de olor que no se olvida aunque trates de convencerte de que no está ahí.

Iba sentada junto a la ventana, claro. Primera regla no escrita de los regresos: una debe mirar por la ventana con expresión melancólica y pretensiones de videoclip, aunque el paisaje no colabore y aunque tu pelo, como el mío, reaccione a la humedad como un arbusto asustado. Llovía. Una lluvia menuda, constante, parecía que alguien allá arriba hubiese abierto un grifo flojo y se hubiese distraído leyendo una novela. Las gotas resbalaban por el cristal con una delicadeza casi artística, como lágrimas tranquilas que no tenían prisa por caer. Era de ese tipo que no empapa del todo pero que lo cubre con una melancolía amable. El tipo de lluvia perfecta para pensar.

Afuera, Gales se desplegaba con esa dignidad antigua de las cosas que han envejecido con gracia. Las colinas eran suaves, como lomos de animales dormidos bajo mantas verdes, y salpicadas aquí y allá por ovejas gorditas que pastaban con una expresión contemplativa, tenía la sensación de que llevaban horas meditando sobre la vida o el clima o el precio del heno. Los árboles, altos y

retorcidos, alzaban las ramas desnudas con la confianza de quienes ya lo han visto todo. Tenía la sensación de que los habían sacado de uno de los cuentos de Edgar Alan Poe.

Entonces, entre la bruma y los colores apagados del paisaje, apareció: Penwyth House, el hostal de mi tía-abuela Eira. No era una casa imponente ni presumida, no buscaba destacar. Se alzaba sobre un montículo discreto, prefiriendo pasar desapercibida. Su silueta asomaba entre los árboles espiando desde detrás de una cortina: curiosa, paciente y un poco traviesa. De tejado inclinado con paredes de piedra clara cubiertas por parches de musgo, tenía la clase de elegancia silenciosa que solo las casas muy viejas pueden sostener. Parecía menos un edificio y más una criatura viva, esperando, latiendo con historias aún por contarse.

Suspiré.

No porque estuviera emocionada de llegar. No era una exhalación poética ni un gesto de alivio. Era eso o llorar, no había más. Y llorar en un autobús rural, a las cinco de la tarde, rodeada de jubilados locales y un chico que parecía estar escribiendo canciones tristes en su libreta, no era parte de mi ritual de sanación. Al menos, no todavía.

El vehículo se detuvo con un quejido digno de un suspiro final, y el conductor —un hombre de unos sesenta, con bigote tembloroso y gorra de visera torcida— se giró hacia mí con una sonrisa pequeña.

—Bienvenida a Penwyth House —anunció con un tono que se parecía más a una invitación a otro mundo que a una simple parada de autobús.

Me bajé, mochila al hombro y maleta a rastras. La lluvia era más niebla que agua, y me envolvió con una suavidad inesperada. Me quedé quieta un instante, frente al sendero de piedras que llevaba a la entrada de la finca. El aire olía a tierra mojada, a pan horneado a lo lejos y a un tipo de promesa que aún no sabía descifrar.

El conductor arrancó de nuevo, dejando tras de sí solo el eco del motor y mis propios pensamientos. Me volví hacia la casa.

Tal vez lo sabía. Tal vez todos sabían algo que yo aún no había entendido. Que algunas casas no solo te reciben; te llaman, te recuerdan, te esperan. Y esta… Esta, sin lugar a dudas, llevaba tiempo haciéndolo.

El sendero que llevaba hasta la puerta principal estaba cubierto de hojas húmedas y bordes de musgo que parecían haber crecido con calma y sin pedir permiso. Cada piedra irregular crujía bajo mis botas anunciando mi llegada, y la casa —o al menos así me lo imaginé— se desperezaba desde dentro mientras uno de los huéspedes subía una persiana que chirriaba.

"¿Así que has regresado por fin?", parecía decir.

La puerta no tenía timbre. Tenía una cuerda de esparto trenzado, un poco deshilachada, colgando de una campanilla de hierro forjado. Tiré de ella con suavidad, aunque no sonó nada. Ni un cling ni un miserable toc. Fue como apretar un botón que ya no funciona. Pero decidí esperar y darle un voto de confianza.

Estaba a punto de golpear con los nudillos cuando la puerta se abrió de golpe. Sin sonido previo. Sin pasos que la anunciaran.

Allí estaba ella. Eira. Mi tía-abuela por parte de madre, pastelera retirada, mujer de leyendas familiares contradictorias y, al parecer, con una habilidad inquietante para anticiparse a las visitas. En definitiva, la persona que me enseñó a amar los dulces y a ser quién soy ahora.

Tenía el pelo recogido de cualquier manera, una especie de moño en guerra civil, sujeto por dos lápices de colores distintos. Llevaba un delantal a cuadros sobre un vestido de punto azul marino que por supuesto había vivido mejores temporadas. Sus ojos eran de ese gris azulado que cambiaba con la luz y, aunque su rostro estaba salpicado de líneas profundas —como rutas antiguas marcadas por años de reírse demasiado fuerte o mirar demasiado lejos—, lo primero que pensé fue que parecía más despierta que nunca.

—Llegas mojada, tarde y sin pasteles —me riñó con una sonrisa afable y un guiño de ojo, en lugar de un saludo.

—Hola, tía Eira. —Intenté sonreír, aunque me salió más como una disculpa.

—¿Estás bien?

—Sí. Bueno, no. Pero sí. Estoy aquí, al menos.

Ella asintió. Tenía la sensación de que ya sabía la respuesta, pero preguntaba por educación.

—Entonces ya estás mejor que ayer. Pasa. Te haré té. Y luego hablamos de todo lo demás.

Entré. El aire interior me abrazó de inmediato, cálido y lleno de olores que solo existen en casas que han vivido muchas vidas: pan tostado, madera, cera de abeja, un toque floral —¿lavanda?, ¿jazmín seco?— y un fondo constante de unas notas dulces que no lograba identificar.

La entrada era acogedora y un poco caótica, como si alguien hubiera decorado con recuerdos en lugar de muebles. Había una alfombra turca gastada, un perchero en el que colgaban tres paraguas —ninguno de ellos actual— y, sobre una cómoda estrecha, una hilera de tazas desparejadas, todas con flores pintadas a mano. Una de ellas sostenía ramitas de romero.

Pasamos por un corredor largo cuyas paredes estaban repletas de cuadros familiares: paisajes de Gales, retratos que miraban con cierta suspicacia y un tapiz con un ciervo que tenía un ojo mal bordado. Desde pequeña me daba la sensación de que te guiñaba el ojo al pasar.

La cocina estaba bañada por una luz tenue que entraba por la ventana rectangular sobre el fregadero. Todo era de madera, cobre y cerámica. Un gato anciano dormía sobre el horno ronroneando en sueños.

Eira puso la tetera al fuego y se sentó frente a mí. Me sirvió una taza sin preguntar y sirvió un par de galletas del tarro de cristal.

—¿Leche? —preguntó en un gesto ceremonial.

—Siempre. Como tú.

Ella asintió. Me observó en silencio unos segundos. No me sentía incómoda. Parecía alguien que inspecciona una receta que no ha

cocinado en años.

—Este verano será especial, Clara. Lo presiento.

Lo dijo sin dramatismo. Ni solemnidad. Daba la sensación de estar comentando el clima mientras se ajustaba el fino chal que estaba segura que se había tejido ella misma.

—¿Especial como en "te encontrarás a ti misma" o especial como en "las tuberías del baño explotarán y acabaremos saliendo por la chimenea"? —pregunté con nuestra particular picardía.

Eira rió. Una risa corta, ronca, con eco de tabaco que nunca fumó y canciones que sí cantó.

—Especial como en "la casa siempre trae a quien necesita". Y tú, querida —me miró con una ternura filosa—, tú llevas demasiado tiempo evitando que te encuentren.

No supe qué decir, así que bebí un sorbo de té. Sabía a menta con un toque de jengibre y a : ¿romero, quizá? ¿Memoria? Miré mis manos rodeando la taza. Temblaban un poco. No por el frío. A lo lejos, el reloj del pasillo dio la media. Y afuera, la lluvia empezaba a aflojar, pero seguía sin detenerse.

Después de dejar la taza vacía sobre el platillo —y tras prometerme que no lloraría por lo que Eira había dicho, al menos no sin una buena playlist de fondo—, subí con mi maleta por una escalera de caracol que crujía con cada paso. Me daba la sensación de que la casa murmuraba en voz baja lo que pensaba de mis botas de ciudad. Mi habitación estaba en la torre norte, por supuesto. Porque si algo he aprendido en esta vida es que los destinos emocionales siempre tienen la peor logística de fontanería.

Era una habitación circular, abuhardillada, con una ventana que daba al jardín trasero y una lámpara que colgaba torcida. El suelo era de madera pintada de blanco, salpicada de alfombras de otros siglos y un banco bajo la ventana cubierto de cojines con formas disparejas: uno tenía forma de galleta, otro de nube, y uno —era muy problable que fuese obra de Eira en un ataque de ternura irónica— imitaba una rodaja de limón.

Dejé la maleta a un lado, me quité el abrigo mojado y abrí la ventana con esfuerzo. Afuera, el aire aún olía a lluvia, a esa mezcla deliciosa de tierra mojada y flores que no tienen nombre pero sí recuerdo. El cielo, aunque estaba cubierto por nubes perezosas, dejaba colar un poco la luz del sol. No era un día alegre, pero sí uno que ofrecía tregua. Y eso era más de lo que esperaba.

Así que bajé. Porque quedarse encerrada en una torre, aunque poético, no me devolvería la inspiración ni a la pastelería. Paseé sin rumbo fijo por los pasillos de Penwyth House, dejando que la casa me guiara. No había lógica en sus escondrijos ni coherencia en la distribución de las habitaciones.

La biblioteca era más un refugio que una habitación. Silenciosa y cálida, con olor a papel envejecido y a esa mezcla indefinible de té, madera y tardes lluviosas, aunque estemos en pleno verano. Las paredes estaban cubiertas de estanterías altas con libros desordenados, apilados horizontal y verticalmente. La lógica había sido sustituida por cariño. Algunas secciones estaban etiquetadas con letra manuscrita: "Viajes que no tomé", "Recetas con errores felices", "Ficción que parece verdad". Aquello me arrancó una media sonrisa. Mi tía-abuela es única en su especie y por suerte me parezco un poco a ella.

Y entonces, lo vi.

Estaba sentado junto a una de las ventanas altas, encajado en un sillón bajo de terciopelo gastado. Llevaba un suéter color mostaza —de esos que ya tienen memoria propia— y tenía el cabello castaño claro recogido en una trenza suelta. Tenía una libreta en las piernas y una taza en la mano, y todo en él —desde cómo sostenía la taza hasta cómo movía el pie en el aire sin tocar el suelo— decía que aquel rincón era suyo desde antes de que yo llegara. No parecía un huésped.

Me quedé un segundo ahí, de pie, sin saber si interrumpir o no. Luego me aclaré la garganta. Nada.

—Hola —saludé con fuerza, con esa voz medio falsa que una usa para sonar segura.

Él giró un poco la cabeza, apenas lo justo para mirarme de reojo, con total seguridad me había escuchado desde antes pero estaba esperando que lo confirmara. Sus ojos eran grises, pero no planos y sus vetas se movían por dentro.

—No te había oído entrar —se excusó, con una media sonrisa que parecía genuina, pero no se entregaba del todo.

—Bueno, ni yo estoy segura de haber entrado. La casa es como un libro sin índice.

Él rió bajito. Un sonido cálido, breve.

—Sí. A veces creo que ella elige quién se encuentra con quién.

"¿Otra vez con esa tontería? Seguro que ha hablado con mi tía".

—¿La casa?

—Claro. ¿Quién si no?

No supe si me estaba tomando el pelo o tan solo no funcionaba con lógica urbana. Me acerqué un poco, mirando los libros amontonados, uno de los cuales usaba una cucharita de metal como marcapáginas.

—¿Sueles venir mucho a este hostal?

—Digamos que me da paz, sobre todo esta estancia —respondió, encogiéndose de hombros—. Me gusta la luz de esta hora.

Entonces vi lo que tenía sobre la mesita, junto a su taza.

Un libro. De tapas blandas, forrado con papel adhesivo transparente, lleno de dibujos torcidos y letras en marcador grueso. Tardé un par de segundos en reconocerlo. Luego otro más en creerlo. Y solo un instante en que el corazón me diese un vuelco.

—¿De dónde sacaste eso?

Lo miré con un punto de alerta. Él bajó la vista al recetario y alzó las cejas. Sus ojos me decían que no había comprendido mi reacción.

—Estaba en la estantería de abajo, entre una guía de constelaciones y una novela sobre abejas de Montanta —comentó sin darle más importancia—. Me llamó la atención la portada. Tiene un dibujo de un pastel que parece estar gritando.

Me acerqué, incrédula. Tomé el libro con ambas manos. Era mi primer recetario. El que había hecho con Eira cuando tenía diez años. Estaba convencida de que se había perdido. No recordaba haberlo dejado en aquella casa.

Él me observó en silencio mientras lo hojeaba. Sus ojos no eran inquisitivos. Más bien eran los de alguien que espera sin urgencia.

—Ese de limón —señaló una página abierta con una mancha de mantequilla vieja— suena a gloria.

—Lo era —dije, sin pensar.

—¿Ya no?

Lo miré, más curiosa que molesta.

—¿Eres crítico gastronómico o te dedicas a leer recetarios ajenos por deporte?

—Un poco de ambas cosas. —Sonrió, pero no me dio más pistas —. Me llamo Robin.

—Clara.

—Mucho gusto, Clara.

Nos dimos la mano. Tenía un apretón seguro, firme. El tipo de saludo que no busca imponerse ni pedir disculpas. Y eso me fastidió. No hubo esa electricidad de las películas. ni mucho menos se paró el tiempo a nuestro alrededor. Lo que sí que hubo fue una sensación de que había descubierto ¿un vínculo?, ¿una verdad oculta? No lo sabía, pero era muy íntimo y no terminaba de convencerme.

—Entonces ¿eres huésped? —pregunté, al fin.

—Se podría decir así —respondió, con una de esas respuestas que en realidad no responden nada—. Estoy aquí por el verano. A veces me toca moverme. Pero por ahora me dejo estar.

Volví a mirar el recetario. El bizcocho de limón tenía una anotación mía al margen: "No olvidar cantar mientras bate, si no, no sube igual".

—No estoy segura de recordar cómo se hace.

Robin se acomodó en el sillón y dio un sorbo a su taza.

—Quizás solo necesites un poco de práctica. Y un horno que escuche.

No pude evitar reír. Era una frase absurda. Pero en ese contexto parecía tener sentido.

—¿Tú escuchas hornos?

—Solo los que se lo merecen.

Me quedé un momento más, en silencio, hojeando las páginas como quien acaricia un objeto que no sabía que echaba de menos.

Y aunque no lo dije, pensé: "Quizás este verano me lo recuerde".

Pero Robin me miró. ¿Lo había escuchado? ¿Podía leerme la mente?

La lluvia paró con esa delicadeza con la que a veces el mundo parece querer redimirse. No fue un cambio abrupto. Dejó de caer mientras el sol se escondía tras las colinas. El silencio que le siguió fue distinto al de antes: más limpio, casi expectante. La casa entera había contenido la respiración.

Me quedé allí de pie, frente al libro, con la yema de los dedos rozando la esquina inferior de la página. Aquel papel había absorbido años, humedad y secretos de cocina. Tenía manchas de mantequilla, una huella redonda de taza y una esquina mordida. Literalmente. Recordé haberlo hecho una vez de niña, intentando demostrarle a Eira que hasta el papel olía bien si llevaba vainilla cerca.

La receta seguía allí: Bizcocho de limón de los domingos felices. Escrito con mi letra de entonces, temblorosa, con corazones en lugar de puntos sobre las íes. Las instrucciones eran exactas, ingenuas. "Batir con alegría", decía una de las líneas. Y luego: "Hornear hasta que la casa huela a cuando mi tía hace galletas".

Pero lo que me hizo tragar saliva no fue eso.

Fue la nota al pie de página. Una frase añadida en una caligrafía redonda, de trazos seguros pero suaves, escrito con cariño. Una tinta más oscura que el resto que se hubiera sumado después, mucho después. Tenía la sensación de que me estaba esperando por mí.

"Para cuando olvides quién eres, vuelve aquí. El resto, lo sabrás horneando".

Me quedé quieta. El corazón me dio ese golpecito absurdo que se siente cuando alguien pronuncia tu nombre sin decirlo en voz alta. Y no había nadie en la habitación.

Pero la frase me hablaba. Me transmitía con una voz que no reconocía y, sin embargo, no me parecía extraña. Una parte de mí —una parte que aún olía a incendio, a ceniza, a fracaso— quiso cerrar el libro de golpe. Dejarlo en su estantería. Hacer como si nada.

La otra parte se quedó mirando la página abierta como un mapa.

No dije nada. No hacía falta.

Tampoco me volví hacia Robin. Sentí que él seguía allí a parte de por la respiración y el sonido de la taza al posarse, por esa quietud compartida que solo se da cuando dos personas están, sin hablar, tocando la misma emoción con la punta de los dedos.

Esa noche, dormí en una cama que crujía cada vez que cambiaba el peso de mi cuerpo. Las sábanas olían a jabón de lavanda y a sol de otra época. Desde la torre norte podía verse el campo entero extendiéndose en sombras violetas. Una lechuza cantó a lo lejos y Eira había dejado una botellita de agua caliente a los pies de la cama. Detalles que, sin decir mucho, decían todo.

Me acurruqué, no del todo cómoda, no del todo incómoda, con el libro sobre el pecho. Mi nuevo escudo. No lo había devuelto a la biblioteca. No aún. Me dormí sin darme cuenta, rindiéndome a una historia a medio contar.

Y entonces, soñé.

Soñé con limones. Limones verdaderos, no de esos de redes: con cicatrices, con hojas aún prendidas, con esa fragancia que te inunda las manos antes incluso de que empieces a exprimir. Soñé con mantequilla batiéndose al ritmo de una canción que no podía oír del todo. Soñé con azúcar derramado en una mesa. Y soñé con un horno antiguo, encendido, que parecía respirar como un animal dormido.

Pero también soñé con otra cosa.

Un sabor. No era dulce ni ácido ni demasiado salado. Un sabor que no tenía nombre, pero que me llenaba la boca de una sensación olvidada. El tiempo retrocedía y yo podía volver a ser alguien que aún no había dudado de su lugar en el mundo.

Al despertar, aún sentía ese sabor en la lengua. Lo intenté atrapar, darle forma, definirlo. Pero se me escapaba.

Y supe —como quien recuerda la letra de una canción justo antes de dormirse— que ese era el sabor del verano que acababa de empezar.

El huésped que no dormía



Penwyth House, primera noche. Nunca he dormido bien en casas antiguas. No es que me asusten —ni los fantasmas ni los retratos con ojos que siguen tus movimientos—, es que las fincas como esta parecen recordar demasiado y eso da un poco de yuyu. Crujen, suspiran, se quejan por el paso del tiempo y chirriar las ventanas como una señora mayor que lleva años sin hablar pero que aún escucha todo.

En Penwyth House, el insomnio no es silencio: es conversación no dicha. Aquella primera noche me acosté con la cabeza llena de bizcochos, preguntas y la sensación extraña de haber sido analizada como un poema en secundaria, no como una persona. El recetario encontrado en la biblioteca —mi recetario, el de cuando era niña— aún estaba grabado en alguna parte reciente de mi memoria, esa que se activa justo cuando cierras los ojos. Me revolví entre las

sábanas mientras la habitación parecía moverse con la noche: las vigas crujían susurrando entre ellas y, cada vez que el viento pasaba por la gárgola exterior, sonaba igual que una tetera a punto de hervir.

Aun así, no era incómodo. Había una sensación acogedora en el aroma que flotaba en el aire, hasta lo podía saborear. Caramelo derretido y recuerdos complicados. Esa fue la mejor descripción que encontré a las tres de la mañana.

La torre norte —mi "hogar temporal"— no era lo que una mente sensata elegiría como refugio tras un colapso emocional. Las escaleras eran empinadas, el baño estaba a medio pasillo de distancia y el colchón tenía más bultos que confort. Pero cuando amanecía, la vista desde la ventana eran de esas que parecen ideadas por un guionista de películas lentas y bonitas. Colinas suaves, ovejas comiendo de los pastos y un horizonte que parecía decir: "sí, aquí vas a cambiar. No tienes opción". Y justo por eso había venido, como mínimo, a tomar aire para una nueva etapa.

Estaba girada hacia el lado de la ventana, mirando sin ver nada, cuando lo detecté. Una silueta cruzando el jardín. No corría ni caminaba del todo. Flotaba pero con los pies bien enraizados en el sendero. Como alguien que sabe a dónde va, pero no tiene prisa por llegar. La figura —oscura contra la humedad del césped— parecía ajena al mundo y, sin embargo, al pasar cerca de un farol, alzó la cara solo por un segundo. No pude distinguir rasgos, pero tuve la impresión —absurda, lo sé— de que me había visto. De que sabía que yo estaba allí, mirando desde la torre.

Parpadeé un instante y cuando volví a abrir los ojos, la figura ya no estaba. Tardé en dormirme. Mucho. Pero no fue por miedo. Fue porque, de pronto, sentí que todo en esa casa —las maderas, los aromas, incluso la lluvia que volvía en ráfagas tímidas— se había puesto en marcha.

La cocina de Penwyth House olía a mantequilla calen-tándose en una sartén. Ese tipo de olor que te despierta del todo y sabe a hogar. Bajé todavía en pantuflas, con el pelo recogido en un moño improvisado y la cara marcada por la almohada. Eira estaba de espaldas, removiendo una cuchara de madera en un cazo humeante y me recordó a cuando era pequeña y me enseñó a hacer mis primeras confituras. No se dio la vuelta cuando me escuchó entrar.

—Té de valeriana. Para las noches en las que el alma no coopera.

Me detuve en seco en el umbral. ¿Así empezábamos el día? Sin buenos días ni café, directa al diagnóstico espiritual. Esta mujer no tenía remedio.

—¿Y si el alma está considerando declararse en huelga?

—Entonces doble valeriana. Y un bizcocho de manzana. Pero eso después. Siéntate, que aún no está en su punto.

Obedecí. Porque discutir con Eira antes del primer sorbo de lo que fuera que había preparado me pareció una batalla innecesaria. Me senté en la mesa de madera enorme, que tenía marcas de cuchillo, gotas de barniz viejo y mermelada de otro siglo. Pero prefería no preguntar.

Ella se giró entonces y me ofreció una taza que olía a hierbas y a algo dulzón. Un pequeño desconchón en el borde me recordaba a que Londres había quedado atrás para dar vida a objetos llenos de recuerdos y mil historias vividas. No es que me quejara, pero ni por asomo podía permitirme hacer una cosa así en mi pastelería, ahora cubierta por el hollín y una plantilla de operarios intentando recuperarla.

—Gracias —murmuré.

—No me las des todavía. Te la doy con advertencia: la valeriana no hace milagros. Solo sugiere. Como los gatos.

—Genial. Ahora tengo un té que ronronea con calma ante mis traumas.

—Menos risas, que hoy será un día interesante.

—¿En serio?

—Claro, querida. Hoy llegan nuevos huéspedes, y eso siempre conlleva mucho jaleo.

Eira soltó una risa breve, seca, cariñosa justo cuando entró Robin sin apenas hacer ruido. Ni anunciarse. Llevaba la misma ropa del día anterior, o eso parecía salvo porque había modificado la paleta de colores: un jersey de punto azul marino, deshilachado en los codos y pantalones de lino con la arrogancia de quien nunca los plancha. Pero lo que más me llamó la atención fue su expresión. Serena. Despierta. Durmiendo en una nube climatizada al gusto personal.

Yo, en cambio, parecía sacada del diario de Bridget Jones.

—¿Dormiste bien? —pregunté después de dar un sorbo a la infusión.

Robin se sirvió una taza de lo mismo que yo y se apoyó en la alacena con un gesto que me hizo remover en el asiento. Se le veía tan cómodo, tan a juego con el entorno.

—Yo no duermo. La casa duerme por mí.

Lo dijo sin una sonrisa, pero tampoco con dramatismo.

—¿Perdón? —Juro que mi neurona aún no está despierta para tanto misticismo.

—Penwyth tiene sus propios ciclos de sueño. Hay noches en las que no te deja cerrar los ojos y otras en las que te presta los suyos. Tú aún no sabes pedirle permiso.

Me lo quedé mirando, taza en mano, a medio sorbo. No supe qué responder. Tampoco si quería hacerlo. Había un matiz en su voz que sonaba… real. No lógico, pero real.

—¿Y tú sabes pedirle permiso?

"¿Cuánto tiempo hacía que vivía aquí este hombre como para saber tanto?".

Robin no contestó enseguida. Se acercó a la ventana, levantó la cortina apenas con dos dedos. El jardín seguía mojado de la noche anterior. Todo parecía respirar muy lento allá afuera.

—Algunas habitaciones —empezó a hablar sin girarse— solo descansan cuando se escuchan.

Me quedé en silencio. Mi mente fue directa a la torre, al crujido del techo, a la silueta bajo la lluvia. A la mirada sin rostro. Me dieron ganas de preguntarle si había estado afuera anoche. Pero no lo hice. Porque en ese momento temí que dijera que sí. O peor: que fuese noctámbulo.

—¿Y cómo se escucha una habitación? —pregunté en su lugar.

Robin sonrió por primera vez en la mañana. Una sonrisa tan sutil que parecía un paréntesis apenas abierto.

—Utilizando más sentidos aparte de los oídos, Clara.

Mi nombre, en su voz, no sonó como lo recordaba. Sonó con profundidad.

Eira regresó en ese momento con un trozo de la tarta de manzana, pan tostado con mantequilla y mermelada de arándanos.

—Ya empezamos con las metáforas misteriosas, ¿eh? —dijo, dejándolo frente a mí—. No le hagas mucho caso. Este chico cree que es un oráculo, pero ni siquiera se sabe su grupo sanguíneo.

Robin levantó la taza a modo de brindis silencioso.

—Eso es porque no tengo uno. Penwyth me presta el suyo.

Eira puso los ojos en blanco. Yo comí en silencio. No entendía nada, pero el pan sabía a hogar y ese hombre empezaba a tocarme la moral con tanto misticismo.

Estaba ayudando a Eira a clasificar tarros de especias —una tarea que a simple vista requería formación en arqueología y buen olfato— cuando sonó la campana de la entrada. Mi tía-abuela dejó el tarro de clavo sobre la encimera y me lanzó una mirada que no supe descifrar del todo.

—Ve tú. Quiero ver qué dice la casa.

No pregunté qué significaba eso. A esas alturas, ya había entendido que en Penwyth muchas frases no eran invitaciones a la lógica. Y aunque me encantaba cuando era pequeña, he de reconocer que en esos momentos me empezaba a sacar de quicio.

Sin rechistar, fui a abrir la puerta. Al otro lado, bajo un paraguas negro doblado por el viento, aguardaba un nuevo huésped. Un joven delgado, con ojos ojerosos como si hubieran estado despiertos desde 1997 y una mochila que parecía haber pasado por todas las terminales de tren del país y parte del extranjero. Llevaba una sudadera con capucha y un abrigo pasado de moda. Bajo el brazo, sujetaba con fuerza dos cosas: un grueso libro de neurología titulado La cartografía del sueño y un cuaderno arrugado con esquinas mordisqueadas.

—¿Penwyth House? —preguntó, con voz grave pero nerviosa.

—Si no es, estamos los dos muy comprometidos con la confusión.

Esbozó una sonrisa pequeña, me daba a mí que no la usaba mucho.

—Soy Teo. Hice la reserva hace semanas. Vengo… a dormir.

Parpadeé.

—¿A dormir?

—Dormir de verdad. Con mayúsculas. —Y levantó el cuaderno—. Llevo años intentándolo. Lucidez total. Consciencia dentro del sueño. Sueños lúcidos, ¿sabes?

Sin lugar a dudas esta casa no tenía remedio y sus habitantes, menos todavía.

—Más o menos. Pero sí. Debe de ser fascinante y agotador a la vez.

—Lo es. Pero hay alguien… alguien que solo aparece cuando estoy dormido. Y la última vez que lo vi me dijo que me esperaría. Necesito volver ahí.

Miré el libro. Miré su cara. Su pulso parecía más rápido que su respiración. No era un turista. Era un buscador. O quizás un loco, pero como decían en Alicia en el país de las maravillas, al final todos somos cuerdos en nuestra propia locura.

—Entonces entraste por la puerta correcta.

Eira apareció justo detrás de mí, secándose las manos con un paño que había sido rosa en otra vida.

—¿Teo? —preguntó, con esa voz suya que mezclaba la sabiduría de los años con la ternura de las abuelas que podrían darte sopa y terapia en la misma cucharada—. Bienvenido, hijo.

—¿Cómo sabía mi nombre?

—Penwyth no deja entrar a cualquiera —respondió dando a entender que era lo más evidente del mundo—. Vamos. Te daré una habitación que solo ronca con luna llena.

Teo me lanzó una mirada rápida preguntándome si eso era una broma.

—¿Eso es… literal?

—Con Eira nunca se sabe. Pero si lo es, espero que traigas tapones.

Mientras subían por la escalera principal, él seguía aferrado a su cuaderno con demasiada fuerza. Antes de desaparecer en el descansillo, se volvió y me preguntó:

—¿Tú crees que es posible encontrar a alguien conocido en sueños?

—No tengo ni la más remota idea.

Un par de días después

La cocina esa noche estaba vacía y podía verme a mi antojo sin tener que pedir permiso a nadie y poder desahogarme con alguna masa. Me até el delantal con un nudo torpe. Eira no estaba —había salido a "hablar con los tejones del jardín", lo cual preferí no preguntar—, así que tenía la cocina para mí sola. Y eso, en teoría, debía ser alentador.

Elegí una receta sencilla. Un postre que mis manos pudieran recordar aunque mi cabeza aún estuviera dando vueltas a los sueños extraños que había empezado a tener desde que el misterioso Teo había puesto un pie en la casa. Lo primero que me vino a la mente

fueron las galletas de avena con miel. Tres ingredientes base. Ningún reto técnico. Casi imposible de estropear.

Casi.

Pesar los ingredientes fue un ejercicio de nostalgia. La balanza era de esas antiguas con platillos y pesas de metal, que parecía sacada de una novela de Dickens. El frasco de miel era espeso y se resistía a abandonar el tarro sin pelear. Aún así, lo conseguí. Mezclé. Amasé. Formé bolitas del tamaño exacto que Eira siempre exigía: "ni del tamaño de una pelota de golf ni de canica. De corazón generoso".

Metí la bandeja en el horno con una mezcla de nervios y esperanza. Veinte minutos. Respiré. Esperé. Y en el minuto ocho, un leve olor a tostado comenzó a asomar.

No quemado. Pero sí… tostado.

Cuando las saqué, lo supe al instante. No estaban negras, pero los bordes estaban demasiado crujientes y el centro, más seco de lo que recordaba. Me llevé una a la boca. Masticable. Comible. Pero no mía.

En la tienda y en los concursos que había ganado hasta el momento, nunca me había pasado una situación así. Nunca.

Apoyé las dos manos en la encimera y bajé la cabeza. Era ridículo. Eran solo galletas. Y sin embargo, sentí que había fallado en una meta mucho más grande. Esa bandeja era la prueba irrefutable de que el fuego de Londres no había dejado nada encendido dentro de mí. A parte de quemarse lo físico también lo había hecho mi memoria para la repostería.

—¿Estás matando a alguien en esa pobre masa o solo horneando?

La voz me hizo girar de golpe. Robin estaba apoyado en el marco de la puerta, con su suéter verde musgo arrugado, una taza de té en la mano y esa expresión suya de querer cuestionarlo todo.

—Estaba intentando recordar cómo se hace una galleta decente —respondí—. Y al parecer he olvidado incluso eso.

Sin pedir permiso, se acercó, tomó una galleta y la probó con la ceremonia de un catador profesional.

—Están casi como deberían —murmuró, masticando despacio—. A veces el horno también necesita recordar.

—¿El horno?

Solté un suspiro agotador. Tanta memoria, tanto misticismo, tanto de todo me empezaba a tocar las varillas. Había hecho miles de galletas en mi vida como para que me viniera a decirme que el trasto ese tenía que hacer memoria de cómo se cocinaba.

—Todo en esta casa tiene retentiva. Las estanterías, los interruptores, los pasillos. Incluso la levadura. —Me miró—. Tú también.

No supe si me estaba tomando el pelo o hablaba en serio. Con Robin era imposible saberlo. Igual que con mi tía-abuela.

—¿Siempre eres así de críptico u hoy estás especial-mente filosófico? —pregunté con sorna.

Sonrió ladeando los labios.

—Digamos que me gusta dejar espacio para que las cosas se revelen solas.

—¿Incluidas las galletas?

—En concreto, las galletas. —Se giró hacia la bandeja y cogió otra—. Esto es un comienzo.

Lo dijo con tanta suavidad, sin rastro de burla, que me dieron ganas de hacer otra tanda solo para probar de nuevo. Para mí. No para demostrar nada.

—¿Tú cocinas?

—A veces. Pero más que cocinar, observo. Las manos de quien cocina dicen mucho más que las recetas.

—¿Y qué dicen las mías?

Robin levantó la mirada y por un instante se detuvo. Como si la respuesta fuera más importante de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Que están despertando.

—¿Despertando de qué? Llevo más de diez años trabajando entre los mejores reposteros de Inglaterra y jamás me había pasado esto.

—Ahí es donde todo debe volver a su sitio.

No supe qué decir a eso, pero sentí, en algún lugar entre el estómago y el pecho, que una parte de mí se había agitado. Muy poquito. Como el primer burbujeo de una masa que empieza a elevarse.

Eran las tres y cuarto de la madrugada según el pequeño reloj de cuerda que Eira insistía en mantener en la mesilla, aunque marcaba los minutos con un tic-tac tan sonoro que parecía un metrónomo para insomnes.

Intenté hacer lo que toda persona racional haría: darme la vuelta. Taparme hasta la nariz. Respirar lento. Contar ovejas. Pero las ovejas en Gales no eran muy colaborativas para el insomnio. Así que, al final, me rendí.

Bajé por las escaleras de la torre con una bata de franela prestada, una linterna que apenas alumbraba el suelo y las pantuflas que Eira había dejado en mi puerta "por si mis pies también extrañaban este lugar y querían explorar ellos mismos".

La casa tenía esa calma espesa de los lugares antiguos por la noche. Todo olía a madera dormida, a lavanda de los saquitos que Eira colgaba de las manillas de las puertas y a un ingrediente más difícil de nombrar: tal vez el perfume tímido de las historias a medio recordar.

Cuando llegué a la cocina, la luz ya estaba encendida. Allí estaba Teo. Sentado en el rincón junto a la estufa de leña apagada, con una taza de lo que parecía leche caliente a medio terminar y un cuaderno abierto frente a él, lleno de garabatos y palabras cruzadas. Llevaba gafas sin montura, caladas al borde de la nariz, y el pelo revuelto parecía que me hubiese peleado con una almohada y perdido.

—¿Tampoco puedes dormir? —pregunté, intentando no sobresaltarlo.

Levantó la vista sabiendo que estaba allí.

—Nunca puedo —respondió sin dramatismo, solo con el tono de quien ha aceptado que algunas cosas en su vida son así, como tener un lunar o ser zurdo—. Pero este lugar es distinto. Aquí no duermo, pero al menos descanso.

Me acerqué despacio, preparando una taza para mí sin mucho ruido. A esas horas, hasta hervir agua parecía una declaración de intenciones.

—¿Qué escribes?

—Sueños —respondió, mostrándome una página—. O intentos de ellos. Fragmentos. Imágenes que tal vez no soñé, pero que me persiguen de igual manera. Algunas son muy nítidas. Otras son como sombras de una idea que no termina de nacer.

Me senté frente a él rodeando mi taza caliente con las manos.

—¿Y por qué es tan importante soñar?

Teo no contestó enseguida. Apoyó la espalda en la silla, se frotó los ojos con los nudillos y por fin respondió:

—Porque creo que dormir es una forma de viajar. Y soñar es la brújula. Solo que —hizo una pausa— no puedes viajar si no sabes cómo volver. Y creo que mi mente no me deja ir porque aún no he aprendido el camino de regreso.

Guardé silencio. Porque eso, de algún modo, lo entendía más de lo que habría querido.

—A veces —dije, mirando el vapor subir de mi taza— creo que olvidé cómo volver a quien era. Esa parte de mí está en algún otro, pero sin señal, sin mapa.

Teo me observó un momento. Asintió despacio.

—Tal vez por eso estamos aquí. Esta casa.. tiene pinta de saber cosas. Y de decirlas bajito, cuando uno ya está rendido.

Reí con suavidad, más por la dulzura de la imagen que por estar convencida.

—¿Eira te asignó una habitación rara?

—A parte de lo que "solo ronca con luna llena", nada en especial. —Se encogió de hombros, pero no parecía sorprendido—. ¿La tuya?

—Una torre con vistas a todas mis decisiones pasadas. Y al tejado del establo. —Hice una pausa—. Robin dijo que algunas habitaciones aquí solo descansan cuando se escuchan.

—Pues espero que la mía tenga buen oído. —Teo cerró su cuaderno con un suspiro resignado, pero sereno—. Tal vez esta noche no duerma, pero te juro que siento que soñé un poco.

Nos quedamos en silencio. La tetera lanzaba algún que otro suspiro, tampoco podía dormir.

Y yo, por primera vez en semanas, no sentí prisa por volver a la cama.

Esa tarde cuando el viento empezó a cambiar de dirección, soplando desde otro tiempo. Eira apareció en la cocina con una tetera de loza blanca que llevaba en el mango una cinta de lino. Era una de esas tardes en las que parecía que el mundo no decidía si anochecer o suspirar.

—Esta infusión no hace dormir. Hace recordar, que no es lo mismo.

Sirvió el líquido humeante con el mismo cuidado con el que uno reparte secretos. Tenía un tono dorado, casi ámbar, y un aroma a hierba limón, piel de naranja, valeriana y al polvo de los libros olvidados.

—¿Y si no quiero recordar? —pregunté, sin pensar.

Eira se encogió de hombros con su típica mezcla de ternura y pragmatismo.

—Entonces sueña lo que necesites. Lo que esté listo para venir.

Esa noche, en mi habitación en la torre norte, con el viento jugando con las contraventanas y el silencio espeso como el glaseado de una tarta mal calculada, me entregué al sueño sin lucha. Por primera vez, no me aferré al día.

Soñé.

Pero no como se sueña cada día. No era un desfile de imágenes desordenadas. Era un espacio, un lugar entero que parecía hecho de mi memoria y mis recuerdos.

La pastelería. Pero distinta. Construida con los materiales de la nostalgia: madera tibia, paredes que susurraban y el aire impregnado del dulzor exacto entre lo que fue y lo que debió ser. El olor era inconfundible: ralladura de limón, mantequilla caliente y azúcar fundida. Pero también a esa sensación de que el aroma venía de muy lejos, de alguien que lo había pensado por mí.

Y allí estaba ella: una niña sobre un taburete. Yo misma. Con el flequillo torcido y el delantal que Eira me bordó con mi inicial. Batía con una cuchara de madera, sin prisa y con mucha atención. Cada vuelta contaba una historia. No se trataba de mezclar ingredientes. Se trataba de reunir pedazos de alma.

—¿Has olvidado ya? —me preguntó, sin girarse del todo.

Quise responder, pero no me salieron palabras. Solo un latido extraño. Y luego: cling. La campanilla de la puerta. Alguien entraba. No vi su cara, solo una figura alta que giraba el cartel de la puerta. Cerrado. Abierto. El gesto más simple del mundo. Pero en el sueño fue como un conjuro.

Desperté con un sobresalto. Tenía las manos húmedas. Como si hubiera estado amasando harina toda la noche.

A la mañana siguiente, bajé a la cocina, somnolienta. Robin hojeaba un libro de herbología. Eira removía avena y no dijo nada, pero me ofreció una taza con la misma mezcla de la noche anterior. Teo llegó con el cabello hecho un caos, pero con una lucidez en los ojos que no le había visto antes.

—He soñado —soltó sin más—. Con una pastelería. Pequeña. Una niña batiendo una masa. Olía a limón. A calor. A… ¿Cómo se llama cuando uno se siente en casa sin estar en su casa?

Me detuve en seco.

—No sé —murmuré—. Pero también he soñado con eso.

Nos miramos. No de forma romántica ni siquiera muy íntima. Fue un reconocimiento entre náufragos que descubren que han visto la misma isla desde océanos distintos.

—¿Y qué crees que significa?

Teo se sentó y abrió su diario de sueños. Estaba lleno de garabatos, fechas, palabras sueltas como puerta, memoria, latido.

—Soñar no es revivir. Es traducir. El cerebro usa símbolos porque a veces la verdad es demasiado directa. Esa niña eras tú. Pero también eras tú observándola. Lo importante no es qué hacías, sino que aún recuerdas cómo hacerlo.

—¿Y la campanilla?

—Una apertura —sentenció—. Algo o alguien quiere que vuelvas. No tiene por qué ser de manera física.

Me quedé en silencio. No estaba preparada para que alguien que acababa de conocer me pusiera un espejo tan exacto. Tampoco me aparté.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Qué buscas en tus sueños?

Sonrió, triste.

—Dormir. Pero esta vez, creo que también estaba buscando entrar en el sueño de alguien más.

No supe qué decir. Un nudo se soltó en mi pecho. No era comprensión. Aún no. Pero era dirección.

La mañana en que Teo anunció que se marchaba, el cielo estaba envuelto en esa neblina lechosa que no llega a ser niebla pero apaga los bordes del mundo. El tipo de luz que hace que todo parezca un recuerdo aún sin vivir.

Bajé a la cocina y lo encontré preparando su mochila con una eficiencia casi meticulosa, cada objeto tenía que ocupar su lugar exacto.

—¿Ya te vas?

Lo había presentido en la forma en que se había sentado a desayunar el día anterior: más liviano. Tenía la sensación de haberme liberado de una pesadilla remota.

Teo asintió, con media sonrisa.

—Sí. No encontré lo que buscaba, pero se calmó esa sensación. No sé cómo explicarlo.

Se acercó a la ventana, donde la luz parecía más suave, más tibia, y miró hacia el jardín donde las flores se doblaban con sutileza, sin viento.

—A veces solo necesitamos manifestar que descan-samos para lograrlo. No con hacerlo. Solo con la idea. Como una promesa lejana. Eso ya es un alivio.

Empezaba a reconocer que nadie en este lugar estaba cuerdo del todo. Lo dijo con una serenidad que me sorprendió, viniendo de él. El chico que llegó con los ojos llenos de insomnio y cuadernos rotos. El que hablaba de sueños buscando una puerta secreta en la pared del mundo.

—¿Lograste dormir?

—No del todo —respondió mientras cerraba el último broche de su mochila—, pero por primera vez no tuve miedo de cerrar los ojos.

Sacó una hoja doblada de su diario, arrancada con cuidado, y me la entregó. El papel estaba lleno de anotaciones: fragmentos de sueños, pequeñas frases en tinta azul, líneas en zigzag que parecían medir la intensidad de lo que se contaba. En la parte inferior había una nota, escrita con letra inclinada:"Si alguna vez recuerdas tu sueño completo, escríbelo. Quizás no era solo tuyo".

Quise preguntar a qué se refería, pero Teo ya se había girado. La despedida no fue dramática. Nos dimos un abrazo breve, sincero. De esos que no prometen nada pero guardan todo.

—Cuida de esa casa —me dijo al salir—. Ella también sueña.

Esa tarde, después de que su taxi desapareciera entre los árboles, la casa volvió a su silencio habitual, ese que tiene forma y textura: crujidos como suspiros, el zumbido lejano de un reloj que

no está en ninguna habitación, y el olor reconfortante a madera, especias y memoria tibia.

Bajé a la cocina con la intención de preparar una nueva receta. Necesitaba usar las manos, conectar con ese lenguaje antiguo de medir, mezclar, hornear. Pero al entrar, un objeto me detuvo.

Sobre la encimera de mármol, perfectamente alineada con el paño de flores que Eira siempre dejaba mal puesto, había una bandeja limpia. Inmaculada. Y a su lado, una rejilla vacía con pequeñas migas doradas. Mantequilla. Almendra. Tal vez miel.

Miré a mi alrededor.

—¿Eira? —llamé, medio en voz alta, medio en un susurro.

Nada. La tetera estaba en su sitio. La radio apagada. Ni rastro de actividad reciente. Eira no había cocinado. Y yo definitivamente no.

Justo cuando empezaba a dudar de mi memoria —y quizá un poco de mi cordura—, Robin apareció por la puerta trasera. Iba con su suéter gris claro, el que siempre parece un poco ajeno a este siglo, y un libro bajo el brazo.

—¿Has visto esto? —pregunté, señalando la bandeja tratándose de un objeto mágico que no me atrevía a tocar.

Robin se acercó, olfateó el aire como un gato curioso y sonrió. Esa sonrisa suya. Sutil, un poco torcida.

—Qué curioso —dijo, como quien acaba de encontrar una hoja caída en otoño—. La casa tiene antojos a veces. Y si alguien sabe hornear, a veces hornea sola.

—¿Estás insinuando que la casa cocina?

—No. Estoy sugiriendo que los recuerdos, cuando son fuertes, dejan recetas detrás.

Lo miré. Él no parpadeó. Tampoco reía. No bromeaba. O sí. Con Robin siempre había un margen incierto entre verdad y metáfora.

Tomé una de las migas entre los dedos. Estaba aún tibia.

—¿Las probaste?

Robin ladeó la cabeza.

—Digamos que, cuando la casa ofrece algo, hay que aceptarlo. Nunca sabes si volverá a hacerlo.

Y sin decir más, salió hacia el jardín. Su silueta se perdió entre las ramas de lavanda y los reflejos del sol poniente.

Me quedé sola en la cocina, frente a una bandeja limpia, con sabor a recuerdos de cosas no hechas. Pero que, sin embargo, sabía a mí. Y por primera vez desde que llegué a Penwyth House, no me sentí una huésped. Sentí que quizás también yo empezaba a hornear nuevos recuerdos.

Los retratos que aún respiran￼



Dos tardes atrás .

La puerta principal se abrió con un crujido amable —ese sonido de bisagras que en Penwyth House parecía parte del mobiliario, también tenían memoria— y por el umbral entró una pareja que parecía salida de una de esas fotografías de familia en blanco y negro, de bordes redondeados y sonrisas sinceras. De las que uno guarda en una caja con olor a madera y tiempo.

Ella vestía un abrigo de lino color avellana, suelto, ligero, con un sombrero pequeño que parecía más un gesto de estilo que una protección contra el sol. Su cabello, blanco como la espuma que dejan las olas en la arena, caía en ondas cortas y bien peinadas. Él

llevaba un bastón que apenas usaba, más por costumbre que por necesidad, y un pañuelo de bolsillo que asomaba con desparpajo de una chaqueta azul profundo, desentonando de forma encantadora con el pantalón claro. Caminaban despacio, con ese tipo de lentitud ceremonial.

Eira fue la primera en verlos. Salió de la cocina aún con las manos un poco húmedas y cuando los vio, el brillo en su rostro fue como una lámpara encendida de golpe.

—¡Por todas las lavandas de este mundo! ¡Myriam! ¡Owen!

Cruzó el vestíbulo con pasos apresurados pero contenidos. El abrazo que les dio no fue de cortesía. Fue de esos que se reservan para lo que no necesita explicación: el reencuentro. La mujer rió con voz cristalina, y su acompañante —que debía rondar los ochenta— cerró los ojos un segundo, guardando ese instante en la memoria de sus recuerdos.

Yo observaba desde el pasillo, sin querer interrumpir, y fue Eira quien me llamó con un gesto.

—Clara, ven. Tienes que conocerlos. Esta casa les pertenece tanto como a sus paredes.

Me acerqué cohibida. Myriam me estrechó la mano con calidez y Owen me dedicó una inclinación de cabeza digna de una novela de Jane Austen.

—Qué delicia ver a alguien joven por aquí —comentó ella con una mirada curiosa—. Aunque en esta casa nunca se sabe si uno llega o si regresa.

Ya estábamos otra vez con las frasecillas misteriosas. Owen, mientras tanto, giró poco a poco sobre los talones para observar el recibidor con detenimiento. Acarició con los dedos la madera del marco de una puerta, aspiró el aire buscando un aroma antiguo y luego sonrió.

—Cincuenta años, Eira —confirmó sin despegar los ojos del techo —. ¿Te das cuenta?

—Y aquí están, como si no hubieran pasado ni quince.

Fue entonces cuando me enteré de todo. Los tres me contaron cómo Owen y Myriam se habían casado en el jardín de Penwyth House en un julio como aquel, lleno de lilas y zumbidos de abejas. Que habían dormido aquí en su primera noche como esposos, en una habitación que ya no se llamaba igual. Que habían regresado algunos años después, cuando nació su hija. Y luego el tiempo había pasado. Demasiado deprisa, como siempre.

—Queríamos ver si aún quedaba un poco de magia entre los setos y las lilas —confesó Owen volviéndose hacia mí por primera vez.

Me sostuvo la mirada con esa intensidad serena que solo da la edad bien vivida. Había en sus ojos una chispa que no se correspondía con las arrugas de su piel, sino con una curiosidad intacta. Esperando respuestas que la vida no le había dado del todo.

—¿Y la han encontrado? —pregunté sin pensar.

Myriam fue quien respondió.

—Lo sabremos esta noche, querida. Las lilas no mienten. Solo necesitan un poco de sol y un oído atento.

Eira les ofreció llevarles sus maletas —que en realidad eran dos baúles pequeños, más estéticos que prácticos— y yo me quedé sola unos segundos en el recibidor, mirando cómo desaparecían por el pasillo oeste.

El aire había cambiado otra vez. Era pleno julio, sí, y el sol calentaba sin remordimientos. Pero la casa... La casa vibraba de otro modo. Preparándose para contar una historia que llevaba demasiado tiempo callada.

Y yo estaba empezando a entender que allí, en Penwyth House, incluso las visitas del presente caminaban sobre huellas que nunca se habían borrado.

Actualidad

Por primera vez desde que había llegado, el sol se asomaba con descaro. No se coló a través de las grietas del tejado ni se derramó con timidez entre los visillos. Esta vez entró de la misma forma que si hubiera encontrado la llave olvidada bajo una maceta y decide

instalarse sin pedir permiso. Era una luz tibia, dorada, sin la crudeza de agosto, pero con la promesa de que el verano, al fin, había recordado este rincón del mapa.

La casa lo notó. Lo juro.

Penwyth House se desperezaba con lentitud. Las ventanas chirriaban distinto, incluso creo que no escuché al suelo quejarse bajo mis pies. Las sombras ya no pesaban tanto en los pasillos. Y el aire... El aire había cambiado. La bruma matinal, que solía flotar como un fantasma indeciso entre los setos y la verja de hierro forjado, comenzaba a disiparse. En su lugar se alzaba el aroma de la lavanda del jardín acompañado de un leve rastro de tierra húmeda y unas notas ácidas. ¿Habría hecho mi tía granizado de limón?

La cocina aún dormía, así que me aventuré hasta la sala común que también guardaba silencio. Era la primera en ver este maravilloso día. Recogí un par de tazas abandonadas en la mesa baja con restos de infusiones de la noche anterior. El calor del día aún no se había instalado del todo, pero la luz ya iluminaba los rincones con una delicadeza nueva, casi cinematográfica. Y por fin la casa se empezaba a llenar de huéspedes que venían a pasar sus vacaciones.

Fue entonces cuando los escuché. Dos huéspedes sentados junto a la ventana grande que da al rosal antiguo conversaban en voz baja. El murmullo me habría pasado desapercibido de no ser por una frase que, sin querer, se instaló en mi oído con la precisión de una nota sostenida:

—Ese joven… —comenta señalando a Robin que estaba paseando por los jardines— Juraría que lo vi en una fotografía del ala este hace años.

Me detuve en seco, taza en mano. No era curiosidad lo que me hizo girar. Era otra cosa. Una hebra invisible me llevaba hacia la voz. Cuando los miré, no parecía que hablaran de alguien en concreto. Más bien, uno de ellos sostenía un álbum entre las rodillas, señalando una página a medio pasar. El otro negó con la cabeza, ya había oído demasiado.

Hacía un par de días que los había visto llegar, pero no fue hasta entonces que no reparé en ellos cuando los vi hablando en el jardín. Antes de que pudiera preguntar —o fingir que necesitaba pasar por allí—, Robin pasó junto a ellos.

Entró después de un paseo que ha durado siglos pero sin urgencia por explicar que había encontrado en él. Llevaba una cesta de mimbre en la mano, desbordada de flores recién cortadas. Lavanda, romero en flor, unas ramitas de menta y salvia aún perlada de rocío. Su suéter, del mismo color que el cielo cuando empieza a clarear, tenía las mangas empujadas hasta los codos. El cabello, recogido en un moño que amenazaba con desmoronarse, le daba un aire de poeta que no se molesta en rimar.

—¿Robas flores ajenas ahora? —le regañé.

Aunque el eco de aquella frase seguía rebotando dentro de mí: "...una fotografía del ala este…"

—Las flores son de quien las huele, ¿no crees?

—¿Y la canasta?

—Prestada. Como casi todo en esta casa. —Alzó una ramita y la olió—. Menta inglesa. Eira dice que está en su mejor momento. Como los secretos.

Me reí por lo bajo, pero el calor en mi pecho no venía del humor. Me fijé en sus ojos —gris tormenta con una pizca de verano—, y en cómo parecía siempre cómodo en cada rincón de la casa. Demasiado cómodo. Parecía no necesitar mapa ni presentación ni permiso para moverse entre sus muros.

Quizás por eso no le pregunté nada. Ni le comenté sobre la fotografía ni sobre por qué a veces parecía haber estado aquí mucho antes que todos nosotros. Me prometí que esa tarde visitaría el ala este. Por si acaso.

Me hizo un gesto con la mano para que lo siguiese fuera. Los jardines de Penwyth House eran un desorden encantador. Nada de simetría francesa ni de arbustos domesticados; allí las flores parecían decidir por sí solas dónde nacer y las hierbas aromáticas se entrelazaban sus raíces comaprtiendo secretos. El sol, que ya no se

ocultaba con vergüenza, caía sobre las macetas de barro viejo y las piedras musgosas con una calidez que empezaba a sentirse en los hombros.

Robin caminaba delante de mí, con la cesta aún en la mano y las mangas remangadas.

—¿Sabes distinguir la menta del toronjil solo con el olfato? —me preguntó, deteniéndose junto a un macizo verde que parecía haberse desbordado con entusiasmo.

—¿Es una prueba?

—Es una invitación. Las pruebas las dejamos para la vida adulta.

Arrancó con suavidad dos hojitas, me pasó una y se llevó la otra a la nariz. Hice lo mismo. El aroma subió en un suspiro fresco, casi cítrico, pero no del todo.

—¿Menta? —aventuré, dudando.

Él negó con una sonrisa pícara.

—Toronjil. O melisa, si prefieres su nombre de poeta. Tiene esa tristeza alegre, como una canción de verano que ya se está apagando. La menta es más directa. Más… eléctrica.

Tomó otra hoja de otro rincón del mismo macizo y me la ofreció. Esta vez, el olor fue inconfundible: más intenso, más punzante.

—Vale. Esta sí es menta.

—Tarde, pero digna. —Asintió otorgándome un galardón invisible —. No es un error común. A veces lo importante está justo en lo que no huele como esperábamos.

Nos sentamos en el borde bajo del muro de piedra que rodeaba la fuente seca. La cesta quedó entre nosotros y él empezó a separar con los dedos las flores según su color.

Fue entonces cuando aproveché para preguntarle.

—¿Te han dicho alguna vez que pareces fuera de época?

Observaba cómo clasificaba las lavandas con una paciencia que no parecía de este siglo. Robin soltó una risa breve y baja.

—¿Solo una vez? Estoy perdiendo encanto.

Lo miré de reojo. Su sonrisa era auténtica, pero había un matiz en su tono que resbalaba. Decidí lanzarme y soltarle las sospechas

que me habían infundado esos dos huéspedes y esa sensación extraña que llevaba un par de semanas dentro de mí.

—Lo digo en serio —insistí—. Hay algo en ti. No sé… tengo la sensación de que ya habías estado aquí antes que todos.

—¿No es esa la definición exacta de déjà vu?

Me crucé de brazos, no estaba dispuesta a dejarlo escapar tan fácil.

—No juegues conmigo.

—No lo haría. Bueno, no del todo —respondió, y luego bajó la vista a un puñado de romero que giraba entre los dedos—. Mira… Esta casa tiene memoria. Mucha. Más de la que a veces resulta cómodo llevar. Recuerda las voces, las puertas que se cerraron demasiado fuerte, los nombres que se dijeron en un susurro.

Se detuvo. El silencio entre nosotros se llenó del zumbido de las abejas y de una brisa ligera que movía las flores dando la sensación de que respiraban.

—¿Y tú? —pregunté. Ahora sí lo miraba de frente—. ¿Tú también recuerdas?

Robin alzó la mirada y durante un momento, solo uno, no pareció tener una respuesta inmediata. Luego sonrió, pero no del todo.

—A veces es difícil no sentirse reflejado.

—¿De qué?

Pero no respondió. Solo se puso en pie, sacudiéndose con suavidad los pantalones y recogiendo la cesta.

—¿Te apetece ayudarme a dejar unas flores en la sala azul? —dijo con ligereza—. A la señora Myriam le gustan las peonías. Dice que le recuerdan a la primera vez que bailó aquí.

Y con eso, el misterio se cerró. Al menos por entonces. Me levanté tras él, aún saboreando la palabra que no había dicho.

"Reflejo".

Un pálpito me decía que en Penwyth House, incluso los reflejos tenían historia propia.

La luz del mediodía se colaba por las ventanas altas del ala este como un visitante inesperado. Era una luz distinta a la del resto de la

casa, más fina, más suave. El sol sabía que aquí se requería otro tipo de silencio, uno menos solemne y más contemplativo.

Después del almuerzo, Myriam me había venido a buscar para ir a investigar recuerdos del pasado. Andaba a su lado y sus pasos eran breves y seguros, aunque tomaba con una mano el pasamanos de madera, más por equilibrio que por debilidad. Había insistido en subir sola, pero cuando me ofrecí a acompañarla, la anciana me dedicó una sonrisa pequeña, sabiendo que la compañía no era solo para ella.

—¿Siempre estuvo aquí esta galería? —pregunté mientras girábamos por un pasillo donde el papel de las paredes olía a polvo seco y hojas antiguas.

—Oh, no. Antes era solo un corredor oscuro, un poco torcido y con goteras —respondió Myriam—. La señora Gwenyth lo restauró a mediados de los ochenta, con ayuda de un artista local. Dijeron que los retratos merecían un poco de dignidad. Aunque, si me preguntas, algunos ya tenían más carácter que muchos de los huéspedes.

Entramos en la sala rectangular al final del ala. Era una galería modesta, sin pretensiones de museo. Los retratos colgaban en las paredes dibujando recuerdos de otros tiempos. Rostros que parecían mirar desde otro siglo, cada uno con su pose, su indumentaria, sus ojos fijos en la cámara.

Myriam avanzó poco a poco, reconociendo viejos amigos. Tocó uno de los marcos con delicadeza, casi con afecto.

—Este señor de bigote fue juez en Cardiff —dijo señalando a un hombre de mirada severa y capa oscura—. Su nieta tocaba el violín en los desayunos. Siempre demasiado temprano.

Sonreí, pero mis ojos se desviaron hacia otro retrato, más pequeño, más antiguo. Era una pintura de pincelada suelta, sin mucho detalle. Me era familiar. Mostraba a un joven sentado junto a una ventana abierta, con una camisa blanca suelta y los cabellos oscuros cayéndole sobre la frente.

Tenía ese aire que a veces tienen las personas cuando no saben que están siendo observadas. Natural, casi real. Como si en

cualquier momento pudiera moverse. O ya lo hubiera hecho.

—¿Y este?

Myriam se acercó, entornando los ojos.

—Ah, este, sí. Curioso. Juraría que lo conocimos —dijo con una pausa que transmitía un sentimiento más suave, más incierto—. Pero claro, el tiempo juega con la memoria.

No respondí de inmediato. Me había quedado fija en los ojos del retrato. Había un guiño en la expresión del joven —no por idéntica, sino por un matiz menos evidente— que me recordaba a Robin. Era la forma en que los hombros se relajaban, la media sonrisa apenas esbozada, el modo en que parecía mirar más allá del lienzo.

Y entonces, un clic se activó en mi interior.

Como una brisa que pasa por dentro. Como un recuerdo que no pertenece al presente. La imagen fugaz de su sueño de la noche anterior: la pastelería, el cartel de "Abierto" girando, el olor a bizcocho de limón. Al fondo, una figura que no había querido mirar del todo. Que quizás era este mismo joven.

Sentí un leve escalofrío de reconocimiento.

—¿Sabemos quién es?

—Lo firmaron con un apellido que ya no suena mucho por estos lares —respondió Myriam—. Un tal "R. Trevelyan". Dicen que vivió aquí por una temporada. O tal vez solo vino a visitar. Algunas historias no dejan huella firme.

Asentí, aún sin poder apartar la mirada del retrato. Me pregunté cuántas personas lo habrían observado antes, cuántas veces habrían sentido lo mismo. Esa certeza incierta de que algo —o alguien— estaba un poco más cerca de lo que parecía.

—Bueno —concluyó Myriam con suavidad, ponién-dose de nuevo en movimiento—, mejor volvamos antes de que Eira piense que me perdí en otro siglo.

La seguí, pero justo antes de cruzar el umbral, me giré una vez más. Durante un breve segundo, me pareció que la expresión del joven había cambiado. Solo un poco. También empezaba a recordar.

La pérgola estaba en flor cuando bajamos al jardín al encuentro de Owen. Las glicinas caían en cortinas suaves, teñidas de lavanda y nostalgia, temblando apenas con la brisa de media tarde. Había un aroma suspendido en el aire a esa hora del día, cuando el sol no ha decidido aún si quiere quedarse o marcharse y todo se vuelve dorado.

Nos habíamos sentado bajo esa sombra viva, Eira, Owen, Myriam y yo. Una mesa de hierro forjado, el mantel un poco arrugado, las tazas de porcelana desparejadas entre sí que me parecía encantador y una jarra llena de limonada con violetas. Alguien había traído pequeños bizcochos con almendras y yo había perdido la cuenta de cuántos había comido.

Myriam servía la bebida con manos firmes, con esa gracia que se aprende en tardes como esta, cuando el mundo parece en su sitio.

—No sé tú, Eira —comentó ella, mientras me ofrecía otro vaso—, pero a mí me costó un siglo entero comprender a este hombre.

Owen rió por bajo antes de dejar el suyo sobre la mesa y coger otro bollo.

—Un siglo exagerado. Yo diría una década. Tal vez dos.

—¿Veinte años para conocerse? —pregunté, con una sonrisa incrédula.

—Veinte para entendernos —ratificó Myriam, sin perder el tono liviano—. Y otros treinta para enamorarnos bien. Como es debido.

Mi tía-abuela asintió con una sonrisa pícara en los labios.

—Conocerse no es automático —añadió—. A veces uno se enamora del eco de alguien antes de conocer su voz.

Me quedé en silencio. La frase se me quedó durante unos instantes. No es que mis relaciones anteriores hubiesen sido malas, pero sí que no teníamos la paciencia de "enamorarnos como es debido". Cuando te mudas a una gran ciudad como Londres, todo parece coger velocidad: el trabajo, los estudios, las amistades y, también, el amor.

Myriam no dijo nada más, pero su mirada hizo un pequeño gesto, sutil, casi involuntario, hacia el otro lado del sendero. Seguí la

dirección de sus ojos y sospeché quién estaría allí. Desde que había puesto un pie allí, sentía que Robin siempre estaba en el momento oportuno, como entonces.

Estaba tumbado en una hamaca de tela color crema, a unos metros de la pérgola, entre dos almendros que empezaban a dar sombra. Leía un libro con una pierna cruzada sobre la otra y la cabeza un poco ladeada para que no le tocase alguno de los tímidos rayos de sol. Su camisa estaba medio desabotonada y tenía la manga remangada hasta el codo, dejando ver una pequeña quemadura vieja en el antebrazo, que hasta ahora no me había fijado y que llamó mi atención.

Desde ahí no podía verle los ojos, pero sabía que tenía esa expresión ausente y contenida, la de alguien que mira el texto pero piensa en otra cosa.

—¿Y cómo fue, entonces? —me animé a preguntar—. ¿Cómo supieron que era la persona indicada?

Owen me miró un segundo antes de responder. Fue una mirada clara, como la de quien aún se hace la misma pregunta.

—No lo supimos —dijo simplemente—. Solo seguimos volviendo al mismo sitio. Cada conversación era una piedra que dejábamos marcada en el camino. Y un día ya no tuvimos que buscar el camino de vuelta. Ya estábamos ahí.

El silencio que siguió fue tan cómodo como el té caliente entre las manos. Nadie tuvo prisa por llenarlo. Las glicinas temblaban, y más allá, Robin pasó la página con los dedos manchados de tinta antigua o quizás miel reseca.

Me di cuenta entonces de que llevaba días intentando entender qué me ocurría, qué era este lugar, esta gente, este estar en pausa que me envolvía.

Y comprendí que no era una historia que se contaba desde el principio. Ni siquiera si era una historia en sí, pero, si lo eras —como muchas cosas en Penwyth House—, empezaba a contarse al revés. Como una carta escrita de abajo hacia arriba. Como un sueño que empieza por el eco y no por la voz.

El último atardecer del matrimonio

Organizar aquella pequeña fiesta fue idea de Eira, pero al final todos los huéspedes terminaron formando parte de la celebración. La mañana anterior, mientras recogíamos manojos de menta, ella dijo:

—Owen y Myriam se merecen una noche que no se les parezca a ninguna otra.

—Estoy de acuerdo contigo.

Lo supe de inmediato: quería hacerles un postre que no estuviera en ningún recetario. Único, fugaz, como la historia de amor que me contaron.

No era nada grandioso. Solo un shortbread de lavanda y limón. Pero esta vez lo hice sin seguir ninguna receta. Improvisé con lo que había —harina, mantequilla, azúcar glas— y con lo que el jardín ofrecía: flores de lavanda aún frescas y pétalos de rosa que Eira me aseguró eran comestibles si se cristalizaban con esmero.

Recordé un comentario casual de Robin unos días antes, cuando me vio olfateando ramas en la cocina con expresión de duda.

—Los sabores no solo están en la lengua. A veces están en lo que uno recuerda al tocarlos.

Así que toqué. Mezclé. Dudé. Pero no corregí. Dejé que mis manos hicieran lo suyo, ellas sabían más que yo, abandonándome a la experiencia.

Cuando salió del horno, dorado y perfecto, lo dejé enfriar en una bandeja de loza azul. Empecé a espolvorear el azúcar impalpable —lento, como nevando en pleno verano— y entonces escuché pasos tras de mí.

—Te lo dije. Tenías las manos dormidas. Ya están recordando, otra vez.

No necesité girarme. Robin. Su voz tenía esa cualidad de caminar descalzo entre las palabras.

Le tendí una galleta sin mirarlo. Por una sensación que no sabía nombrar, sin desdén. Tensión, sí. Pero también una especie de pacto

silencioso que iba tomando forma entre nosotros. No era incómodo. Solo... vivo.

Él la aceptó en silencio, no hiciera falta decir nada más. Y durante un breve instante, el sonido crujiente de su mordisco fue lo único que existió en la cocina.

El jardín se transformó con la caída del sol. Eira colgó farolillos de papel entre los árboles y cuando encendieron las luces, parecían pequeños soles domésticos. La mesa rústica estaba dispuesta con una vajilla que no coincidía en nada salvo en encanto: platos con bordes dorados, tazas sin asas, cucharillas de distintos tamaños y servilletas una de cada padre y madre.

No había música moderna ni discursos largos. Solo el aroma del tomillo, la lavanda que aún colgaba en haces del cobertizo y un viejo gramófono que hacía sonar con ternura una melodía de cuerda antigua, lenta como una caricia.

Owen ofreció su mano a Myriam y ella, sin decir palabra, se apoyó en él. Comenzaron a bailar. Sin técnica, con la memoría del paso de los años activada. Sus pasos eran breves, pausados, cada uno correspondiendo a una década. Una conversación que no necesitaba voz.

Todos los huéspedes se quedaron en silencio. Nadie hizo fotos. Nadie rompió el instante. Por un momento, estábamos todos presenciando un recuerdo que no era nuestro, pero que nos tocaba igual. Sagrado. De otro tiempo que, sin avisar, había decidido permanecer un rato más.

Yo me quedé de pie junto a la mesa, con una copa de limonada en la mano, viendo cómo los farolillos lanzaban sombras suaves sobre el césped.

Pensé que quizás eso era Penwyth House. No una casa, no un refugio. Era un pequeño agujero en el tiempo. Un lugar donde el pasado no se borra. Solo se disfraza de presente. Donde el amor no se oxida, solo se vuelve más lento. Donde uno puede, por un instante, recordar momentos que no vivió, y sin embargo, saberlo suyo.

Robin estaba cerca, apoyado contra el tronco de un roble, las manos en los bolsillos, observando lo mismo. No dijo nada. Cuando nuestras miradas se cruzaron, supe que él también lo sentía. No todo lo que importa necesita palabras. A veces basta con un jardín en julio, una canción olvidada y una galleta de limón que sabe a recuerdos que creías perdidos.

Cuando la música tomó un tono más alegre, algunas de las parejas que había por ahí, se unieron al baile. Incluso mi tía-abuela fue invitada. Yo lo miraba desde mi silla, ensimismada, cuando una mano entró en mi campo de visión.

—¿Me concedería el honor de verla danzar?

Una sonrisa se formó en mis labios al ver un ligero temblor en sus dedos.

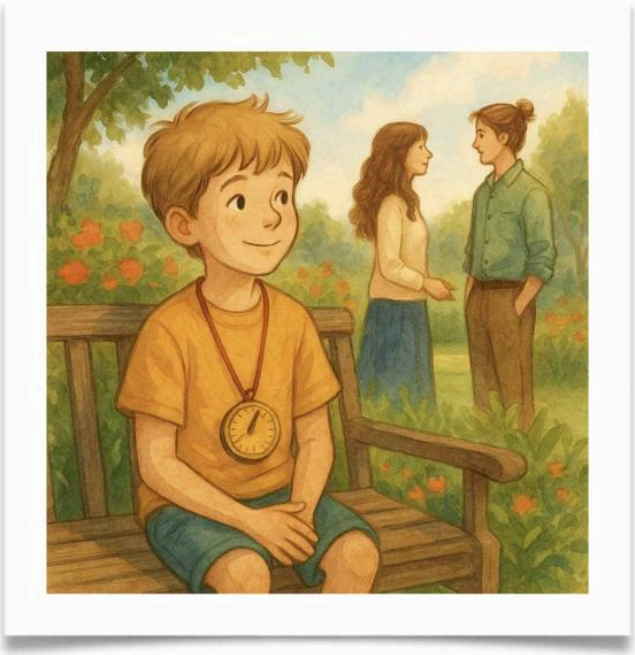
—Yo no sé bailar —respondí tomando su mano.

—Tranquila, Penwyth House lo…

—Recordará por mí —terminamos la frase juntos.

Y es que era cierto. El misterioso retrato del ala este, la sensación de familiaridad, el misterio… No sé como lo había hecho, pero poco a poco Robin se había colado en mi vida y, aunque sonase extraño, me gustaba esa sensación.

El niño y el reloj de sol￼



Por primera vez desde que había llegado, el verano no solo se insinuaba: se imponía con el descaro de quien sabe que ha llegado para quedarse. El aire ya no olía a lluvia ni a lavanda húmeda, sino a heno seco, a sol golpeando las piedras antiguas de la casa y a ese inconfundible aroma que desprenden los pasteles a medio hacer: promesa cálida de bizcocho dulce aún por terminar. Penwyth House parecía haber despertado del letargo; las maderas ya no crujían quejándose. Me recordaba a cuando los huesos tras un sueño largo y profundo.

Las ventanas se abrían desde temprano, los visillos danzaban con una brisa amable y las risas de los huéspedes flotaban en el aire, haciendo que el buen humor se contagiase entre nosotros. Unas sábanas blancas colgaban de las cuerdas del jardín, inflándose al viento como velas domésticas rumbo a alguna isla feliz. Incluso el

reloj del pasillo, que durante semanas pareció marcar un tiempo detenido, ahora parecía latir con ritmo propio, acompañando los días que empezaba a tener ganas de que no se terminasen nunca.

Desde el baile, algo en mí se había movido. O quizás una nueva emoción en mí había despertado, ya que a todos les gustaba tanto esa palabra. A veces, cuando estaba sola, aún podía sentir el eco de ese instante: la yema de mis dedos rozando la tela del suéter de Robin, el calor de su mano en mi cintura, la forma en que mi cuerpo, sin pensarlo, había respondido recordando pasos olvidados. Tenía la sensación que en algún rincón de mí viviera otra versión de Clara que aún sabía lo que era dejarse llevar. No por el deber, ni por la rutina. Era el momento exacto en que dos personas coinciden sin prisa ni explicación.

Esa mañana, Eira me llamó para sentarnos juntas en la biblioteca. Había una luz suave entrando por los ventanales, filtrada por los vitrales de colores, que pintaba manchas cálidas sobre los muebles antiguos. Ella había preparado dos tazas de té de menta con flores secas y llevaba el pelo recogido de un modo que solo las mujeres sabias saben hacer: sin esfuerzo, sin pretensiones.

—¿Te apetece hablar de Londres hoy? —preguntó, sin mirarme.

Asentí. No estaba preparada, pero el silencio ya no me alcanzaba para contenerlo todo.

—La pastelería —empecé tragando saliva—. La perdí antes de darme cuenta. Fue una noche como cualquier otra. Cerré, dejé el bizcocho del día siguiente medio preparado, como siempre. Me fui a casa. Y cuando volví ya no estaba. Todo reducido a cenizas.

Di un sorbo a mi bebida mientras Eira asentía con la cabeza animándome a seguir con la historia.

—Lo peor no fue verla arder —continué—. Lo peor fue enterarme, unos días después, en casa de una amiga, de que había ganado. Había ganado el premio. Mejor repostera de Inglaterra. Yo. Clara la de las manos de mantequilla. Clara la que mezclaba recuerdos y canela sin mirar la receta.

Dije eso y me reí. Una risa que me salió torcida, como un pastel mal levado.

—Y sin embargo, lo primero que pensé fue: "¿Y ahora qué importa?".

Eira dejó su taza sobre la mesa con un pequeño chasquido.

—Importa. Claro que importa. Lo que amas no desaparece con el fuego. Solo cambia de forma. A veces más invisible. A veces más cierta.

Nos quedamos en silencio un buen rato, con el sonido del té enfriándose entre nosotras. Afuera, las ramas del rosal rozaban el cristal sin arañarlo. El viento ya no era un lamento, sino un susurro. Yo jugueteaba con el borde de la taza retrasando lo que aún no me atrevía a decir.

—Ahora hay obreros trabajando —murmuré al fin—. En lo que queda de la pastelería.

Eira alzó la vista con suavidad. No me apuraba. No decía "cuéntame". Tan solo estaba. Era esa presencia suya, paciente y serena, lo que terminaba por hacerme hablar.

—La aseguradora respondió —continué mirando a la alfombra en lugar de a sus ojos—. Me ofrecieron rehacerla. Mismo local, mismo nombre. Todo igual. Es cuestión de levantar nuevas paredes y continuar. Pero no pude quedarme. Me fui. Cogí una maleta pequeña. Ni siquiera empaqué bien. Me subí a un tren sin saber adónde iba. Solo quería… respirar. Porque cada vez que pasaba por la calle de siempre, donde antes olía a mantequilla, a limón, a mi abuela… sentía que me ahogaba. Sentía que el aire allí ya no me pertenecía.

Eira no se sorprendió. Es más, asintió con un leve movimiento de cabeza.

—A veces las paredes se reconstruyen —comentó sirviéndose un poco más de té—. Pero el alma, Clara… El alma necesita más que yeso y pintura. Una casa se levanta con planos. Pero lo que tú tenías, lo que aún tienes, no puede medirse en metros cuadrados ni en seguros.

La miré con un nudo en la garganta. Tenía el cabello sujeto con una pinza de madera tallada que parecía tan antigua como ella. Sus ojos, sin embargo, estaban llenos de presente.

—¿Y si no sé cómo seguir? ¿Y si esta pausa se vuelve costumbre? ¿Y si ya no sé hornear igual? Hay días en que tengo miedo de encender el horno. El otro día quemé unas galletas.

Eira sonrió. Un murmullo que parecía decir: "Ya he oído esto antes y sé cómo termina".

—Tú no haces pasteles, Clara. Haces memoria comestible. Historias que se cuentan con mantequilla y harina. Eso no se quema tan fácil. Y si ahora necesitas hacer silencio, bien. El silencio también cuece cosas por dentro. —Hizo una pausa para dar un sorbo a su té —. Pero no te subestimes. Te vi el otro día con las galletas de lavanda. Tenías miedo, pero tus manos lo sabían. Se acordaban solas. Solo les falta práctica y un poco de ternura.

Me quedé quieta. Tragué saliva. El nudo se deshizo un poco.

—No sé si quiero volver a Londres —confesé, al fin, casi en un susurro—. Me asusta pensar que eso signifique renunciar. Pero también me asusta regresar y no reconocer nada.

—Quizás no se trata de volver ni de quedarse. A veces uno cambia de piel en mitad del camino. Y eso también está bien. Penwyth no es un lugar de respuestas, Clara. Pero es un lugar donde las preguntas no pesan tanto. Y eso, a veces, ya es suficiente.

Nos miramos en silencio. Afuera, el sol terminaba de secar el rocío sobre las piedras. El cielo tenía ese azul imposible de los días limpios, sin pasado. Y sentí, por primera vez en semanas, que quizás sí. Quizás no había perdido mi voz. Solo estaba aprendiendo a escucharla de nuevo.

Finales de julio

Léo llegó en una tarde tibia, de esas que huelen a hierba recién cortada y a sol filtrado entre las hojas. Lo vi aparecer desde la galería, agarrado de la mano de su madre —una mujer de mirada cansada y sonrisa amable—, pero fue él quien me llamó la atención de inmediato. O, mejor dicho, el objeto que llevaba colgado al cuello: un viejo reloj de sol, atado con un cordón rojo deshilachado que le cruzaba el pecho como una medalla de guerra.

—Hola, soy Léo —saludó apenas cruzó la verja del jardín, sin necesidad de que nadie le preguntara—. Este reloj puede parar el tiempo. Pero solo cuando lo necesito de verdad.

Me detuve a medio camino de colocar unas tazas sobre la mesa del porche. Lo miré con ese respeto que los niños suelen reclamar sin saberlo.

La madre que estaba unos pasos detrás de él negó con la cabeza y una sonrisa cansada.

—Perdónale, el viaje ha sido un poco largo.

—Tranquila. —Veo que lleva un par de maletas y tiene el rostro cansado—. ¿Te ayudo?

Me acerco y tomo una de ellas antes de que me agradezca con un gesto de la cabeza. Eira se acercó desde el huerto, con la tierra aún en las manos y una ramita de tomillo enredada en el delantal.

—¿Un reloj que detiene el tiempo, eh? —preguntó agachándose a la altura del niño.

Léo asintió con seriedad solemne. La esfera de latón colgaba, oscura y rayada, como si hubiera viajado por muchos veranos.

—Cuando cierro los ojos y lo sujeto así —explicó haciendo una demostración precisa—, todo va más lento. Puedo ver cosas que nadie ve. Escuchar lo que está a punto de decirse. Como secretos atrapados en el aire.

Eira lo observó con esa media sonrisa que usaba para las cosas que no se podían explicar con palabras ni con lógica. Le guiñó un ojo.

—Bueno, aquí las cosas no siempre funcionan con lógica —murmuró en voz lo bastante baja como para que solo él la oyera.

O eso creía ella. Yo también la oí y no era la primera vez que la escuchaba. Me acerqué mientras la madre se registraba y Eira los conducía a su habitación. Léo giró sobre sus talones, apuntándome con su reloj.

—¿Y tú quién eres? ¿La que hace los pasteles?

—A veces.

—¿Alguna vez hiciste uno con el tiempo dentro? —Estaba tan serio que no supe si era un juego o una invitación a inventar uno.

—No lo sé —respondí, pensándolo de verdad—. Quizás sin querer.

—Tendrías que intentarlo. Pero con este —dijo sosteniendo su reloj.

—Lo tendré en cuenta.

Él pareció satisfecho con la respuesta. Cuando subió por las escaleras, su madre iba detrás. Noté que Robin había aparecido sin hacer ruido, apoyado contra el marco de la puerta. Llevaba un manojo de flores silvestres bajo el brazo y una expresión divertida.

—¿Ese niño eres tú reencarnado? —le pregunté en broma, mientras recogía las tazas del porche.

—Si lo fuera, seguro me habría advertido de ti —respondió acercándose—. O de cómo ciertos relojes de sol pueden reordenar el universo con una sola mirada.

Veo como el pequeño corretea por el pasillo de arriba.

—¿No te parece travieso?

—Los niños suelen serlo.

Yo asentí, aunque la respuesta me dejó con más preguntas que antes.

Pero no dije nada. Solo observé cómo la luz de media tarde se derramaba por las baldosas, alargándose. El tiempo, en efecto, se hubiese decidido ir más lento. Y Léo, con su reloj mágico, parecía saber en concreto por qué.

El chico se convirtió en una constante en nuestro día a día. No pasaba una hora sin que lo viera aparecer en algún rincón de la casa. En la cocina, husmeando entre las despensas buscando un

mapa secreto. En el jardín, trepando a los bancos o preguntando a los rosales si sabían la hora exacta. En la biblioteca, con libros abiertos al revés y una expresión de concentración teatral. Pero sobre todo, Léo se convirtió en el mejor aliado del azar o en mi peor pesadilla.

Una mañana, después de dejar a Robin con una regadera en la mano para que regase las plantas del invernadero y a Eira que se fue a por suministros al pueblo, me fui a organizar unas bandejas de repostería cuando apareció por la puerta.

—Clara, necesito tu ayuda.

Tenía la frente brillante y el reloj de sol brillando sobre su pecho.

—¿Con qué, si se puede saber? —pregunte alzando una ceja y exagerando un gesto divertido.

—Con… Ven, es importante. Es urgente. Venga.

No pregunté más. A esas alturas ya había aprendido que con Léo no había guiones, solo escenas que se desarrollaban solas. Lo seguí por el pasillo, bajamos los tres escalones que daban al invernadero. El calor húmedo me recibió con un vaho perfumado de menta y tierra mojada. Y entonces lo vi.

Sabía de sobras a quién me encontraría suministrando agua a un limonero enano con una regadera de cobre, la camisa remangada hasta los codos, el cabello alborotado por el vapor del cristal empañado.

—Oh.

—¡Ah! —exclamó fingiendo que le había asustado.

Léo sonrió, satisfecho y luego añadió:

—Uy, parece que el tiempo se paró justo aquí. Bueno, me voy.

Y se fue. Así, sin más. Dejándome sola con Robin, que me observaba con una expresión entre divertida y cautelosa.

—¿Te envió una fuerza superior?

—Eso parece. Tiene ocho años y un reloj de sol.

Él se rió. Esa risa suya que siempre parecía tener una sombra detrás. Mientras, yo ponía los ojos en blanco y me llevaba unas hojas de menta para el bizcocho que quería hacer para esa noche.

Pero esa no fue la única vez que nos organizó una encerrona. Otra tarde, mientras hojeaba un recetario antiguo en la sala de estar, Léo apareció sin aliento.

—Rápido, tienes que venir.

—¿Otra vez?

—Es muy importante. No puede esperar.

Me llevó hasta el jardín trasero. Tropecé con una piedra mal colocada y, como en una escena que ni el mejor guionista se habría atrevido a escribir, caí sobre una silla que alguien —Léo, sin duda— había colocado cerca de Robin. Mis rodillas se hundieron en las suyas y él apenas pestañeó.

—¡Oh! Otra vez tú —se rio—. Al final pensaré que me estás acosando.

—Él lo hizo a propósito —me excusé en voz baja.

—¿Quién? ¿El tiempo?

Lo aparté, ruborizada y me levanté.

—No. Léo. Está jugando a… empujarme hacia ti.

Robin recogió una ramita caída del suelo y la sostuvo entre los dedos como Sherlock Holmes cuando detectaba una señal secreta.

—Quizás el niño sabe alguna cosa que tú no sabes.

—¿Y tú?

Él me miró entonces. De verdad. Por primera vez en días, sin disfraz, sin bromas. Una mirada directa, suave pero firme. Y en ese momento aproveché para disipar algunas de mis dudas sobre este misterioso huésped.

—¿Tú qué haces aquí, Robin? —le pregunté—. No solo aquí en la casa. Aquí. Conmigo. ¿Qué estás buscando?

Hubo un silencio. El viento movió una cortina de hiedra por encima de su cabeza. El reloj de sol de Léo, olvidado en un banco, tintineó. Robin inspiró, estaba a punto de decirlo. De contar todo. Pero entonces, Eira apareció por el arco del jardín con su expresión habitual de saber demasiado y decir poco.

—Ah, ahí están —dijo con una sonrisa.

No preguntó nada. Solo se llevó el momento consigo, como quien recoge una hoja antes de que caiga al suelo. Robin bajó la mirada. Yo también. Y el tiempo, que por un instante había estado contenido en nuestras rodillas, nuestras palabras no dichas, volvió a correr.

La última mañana de julio

Estaba limpiando en la galería del ala este cuando la encontré. No era una tarea que suela disfrutar —el polvo antiguo parece más resistente en esta parte de la casa,creo que se había aliado con los recuerdos para no desaparecer del todo—, pero me dio un impulso para ordenar ese rincón. Tal vez porque el sol de esa tarde se colaba por las cristaleras con una luz tan limpia que todo lo viejo parecía más noble. O tal vez porque no podía dejar de pensar en la frase de Myriam, días atrás:

—Ese joven… Juraría que lo vi en una fotografía del ala este.

Y ahí estaba.

En un marco de madera tallada, gastado por el tiempo, pero aún orgulloso. La fotografía era antigua, en sepia, de esas que parecen haber sido tomadas cuando las personas aún posaban con la solemnidad de quien cree que una imagen puede contener el alma. El retrato mostraba a un grupo pequeño, tal vez cinco personas, de pie frente a lo que era Penwyth House en el pasado, aunque con menos hiedra y más cielo.

Pero fue él quien me detuvo el pulso. Un joven de pie al margen del grupo. Alto, de postura relajada, con una sonrisa que parecía fuera de lugar en ese contexto tan serio. Llevaba el cabello un poco más largo, el abrigo de otro siglo. Pero era él. Robin. No uno parecido. No una inspiración. Era él. Era otra imagen de él que veía en esta galería.

Tragué saliva. La fotografía crujió apenas cuando la tomé con las manos para verla más de cerca. Me debatí durante horas. Podría no decirle nada. Podría dejarla allí, volver a colocarla en su sitio y fingir que nunca la vi. Pero un pálpito me empujaba a compartirlo con él. ¿Curiosidad? ¿Necesidad? No sabía distinguir la línea entre ambas. Tal vez porque ya no era tan clara.

Esa misma tarde, fui a buscarlo. Lo encontré junto al limonero del jardín, hojeando un cuaderno con flores prensadas entre las páginas, leyendo el clima de otro día.

—Robin —le dije—, ¿me acompañas a la galería? Estoy buscando un libro raro. Creo que tú podrías ayudarme.

Me miró de reojo, con esa expresión suya que siempre parecía adivinar más de lo que decía.

—¿Un libro raro? Me encantan los tesoros difíciles —dijo, cerrando el cuaderno con suavidad.

Caminamos por el pasillo largo que separaba el ala este del resto de la casa. El suelo crujía bajo nuestras pisadas y el aire era más fresco allí, el sol aún no había llegado del todo a esa zona. Léo nos seguía a cierta distancia. Lo noté por el golpeteo leve de sus pasos desparejos, jugando a no ser visto. No dije nada. Quizás porque parte de mí quería que lo hiciera.

Llegamos a la galería. La puerta era de cristal envejecido y, al entrar, el olor a madera seca y tela vieja nos envolvió con su familiaridad. Robin se detuvo junto a una estantería repleta de lomos gastados.

—¿Qué libro estás buscando?

—Uno que hable del tiempo.

—Ah —sonrió—. Siempre supe que al final terminarías aliándote con Léo.

Me acerqué al muro donde colgaban los retratos. Mi pulso se aceleró.

—No es un libro. En realidad quería mostrarte esto.

Le señalé la fotografía. Robin se acercó poco a poco. Durante un segundo, pensé que no reaccionaría. Pero su mirada se clavó en el retrato y vi que sus hombros se tensaban al reconocerse.

—Lo encontré esta mañana —comenté intentando no sonar como una acusadora.

Silencio. Solo el tic-tac lejano de un reloj que no sabía de relojes de sol.

—Ese eres tú, ¿verdad?

Él no me miró. Pero asintió. Muy despacio.

—Sí, pero no es lo que crees.

Me volví hacia él, con las preguntas agolpándose detrás de los labios.

—¿Qué significa eso?

Robin suspiró. Se pasó una mano por el cabello, despeinándolo aún más.

—Estuve aquí. En esta casa. Hace mucho tiempo. Pero no como Robin.

Justo entonces escuchamos el clic metálico de la cerradura. Giramos al mismo tiempo. La puerta estaba cerrada. Del otro lado, Léo nos miraba a través del cristal, con cara de completa inocencia.

—¡Ups! —dijo con la voz amortiguada—. Creo que el tiempo se ha detenido.

Y echó a correr por el pasillo.

—¡Léo! —grité, pero ya era tarde.

Intenté abrir la puerta. Nada. Robin se rió.

—¿De verdad acaba de encerrarnos?

—¡No tiene gracia!

Él se encogió de hombros, apoyándose contra la pared con las manos en los bolsillos.

—Yo no estoy tan seguro. A veces el universo elige por nosotros.

Lo fulminé con la mirada, aunque una parte de mí —la más traicionera— sabía que no estaba tan molesta como debería.

—¿Puedes explicarme ahora qué significa eso de "no como crees"?

Robin se quedó callado. Dio un paso hacia la fotografía, la contempló con ojos de quien vuelve a un lugar donde fue alguien distinto.

—Yo era otro nombre. Otra vida. Pero esta casa me recuerda.

Estaba a punto de decir más. Lo vi en su boca entreabierta, en su respiración contenida. Iba a hablar, a romper la delgada membrana del misterio.

Pero entonces la puerta se abrió de golpe.

Eira.

Nos observó un instante, sin sorpresa. Luego, con una media sonrisa que no anticipaba juicio, dijo:

—Léo ha decidido que ya es suficiente por hoy. El tiempo vuelve a moverse.

Robin se rió en voz baja. Yo no.

Y mientras salíamos, supe que había más. Algo que aún no quería —o no podía— contarme. Pero por primera vez, ya no me daba tanto miedo saberlo.

Aquella noche, cuando regresé a mi habitación, la casa parecía respirar de otro modo. No era solo el silencio que se instalaba cuando los huéspedes ya se han recogido y los pasillos descansan. Era más delicado. Más quieto. Sentía la noche tendiéndose sobre los muebles y acurrucarse entre las cortinas con la intención de no molestar.

Empujé la puerta y la cerré detrás de mí, casi sin hacer ruido, como si alguien durmiera ya allí dentro. Lo primero que vi al encender la pequeña lámpara del escritorio fue una hoja doblada, dejada con cuidado junto a mi taza vacía. El papel era de los que usábamos en la infancia, con bordes dentados, y la letra, torpe, redonda, sin mayúsculas del todo, sin miedo a los errores.

“Si alguna vez quieres parar el tiempo de verdad, tienes que mirar a los ojos. – Léo”.

Me quedé mirándola sin parpadear durante varios segundos. La nota no explicaba nada y, a la vez, decía tanto. Ese niño, con su cordón rojo y su viejo reloj de sol colgando al cuello, parecía moverse por la casa con un conocimiento que ninguno de nosotros

podía comprender del todo. Perteneciendo a una lógica diferente. A un lenguaje que no necesitaba traducción, solo atención.

Aún tenía la nota en la mano cuando me acerqué a la ventana. Corrí con calma la cortina y apoyé la frente contra el vidrio frío.

El jardín brillaba con una luz suave, el cielo había decidido no oscurecerse del todo esa noche. La hierba, recién regada, destellaba en tonos plateados. Y en medio de todo eso, vi a Robin de pie, bajo el limonero, con el viejo reloj de sol de Léo entre las manos.

No hacía nada. No se movía. Solo lo sostenía viendo que pesaba más de lo que aparentaba. Su silueta era una sombra contenida, un contorno que el tiempo aún no había terminado de definir.

Podría haber bajado. Podría haber abierto la ventana y haberle hablado. Pero no lo hice.

Porque en ese instante, sentí —con una certeza que no necesitaba pruebas— que las palabras eran lo único que podía estropearlo. Él no me miró. Pero lo supo. Lo sé porque, sin alzar la vista, giró apenas el rostro, lo justo para que la luz revelara esa media sonrisa suya, la que no terminaba de mostrarse del todo. La que era casi una promesa.

Me quedé allí, observándolo. Sintiendo, más que pensando, que ese era el tipo de momento que no se debe interrumpir. Que no se puede explicar. Que no tiene un principio ni un final.

El reloj colgaba ahora de su dedo, oscilando.

Entonces lo entendí. No se trataba de hacer que el tiempo se detuviera. Se trataba de reconocer cuándo lo hacía por sí mismo. Se trataba de saber mirar. De atreverse a sostener la mirada sin huir. Como Léo escribió: mirar a los ojos.

Y allí, en esa quietud, con el corazón latiendo lento pero presente, supe que todo estaba suspendido: la historia, el miedo, la prisa, el antes y el después. Solo nosotros dos, una ventana abierta al jardín y un reloj de sol que ya no marcaba las horas. Marcaba el momento presente.

La mujer del vestido púrpura



Eira me llamó desde la recepción con su voz de terciopelo templado, esa que usaba cuando quería que alguna cosa pareciera casual, pero no lo era.

—Clara, ¿puedes ayudarme un momento aquí?

Cuando llegué, junto al mostrador había una mujer como una aparición... Tendría unos cincuenta, quizá más, con un vestido púrpura de lino grueso que caía con la precisión de un telón. Llevaba un sombrero a juego, ladeado con intención, y unos guantes color marfil que no se quitó ni para tomar la pluma estilográfica. Su maleta, pequeña y rígida, parecía más un accesorio teatral que equipaje real.

Me detuve un segundo al verla. Había una aura en ella que no se explicaba con los ojos. No era belleza —aunque era guapa, sí—, ni

elegancia —que también tenía—. Era otra cosa. Una especie de distancia tejida con cuidado entre ella y el mundo.

—Margot A —dijo sin que yo se lo preguntara, mien-tras firmaba el libro de registros con una caligrafía que me recordaba a las de antaño.

No ofreció apellidos completos ni una historia que la justificara. Solo pidió una habitación con vistas al jardín y preguntó si por casualidad había alguna donde floreciera el jazmín cerca.

—La 3B —dijo Eira sin pensarlo.

Tenía la sensación de que sabía que esa sería su habitación incluso antes de que llegara. Me pregunté, por un momento, si ya la conocía. Aunque a decir verdad, en el mes que llevaba aquí, esa sensación ya parecía más un ritual.

Ayudé a subir su maleta. Pesaba menos de lo que parecía. ¿Habría cogido ropa? Porque a mí no me lo parecía. El pasillo olía a cera de madera y al café que Robin acababa de preparar.

Al volver a bajar, estaba apoyado en el marco de la puerta de la cocina, con las mangas remangadas y una cesta con flores de jazmín y clavelinas silvestres en la mano. No era habitual que él recogiera flores, pero no era raro que hiciera cosas inusuales.

Nuestros ojos se cruzaron y luego los suyos se desviaron hacia Eira. Ella le sostuvo la mirada apenas un segundo. No dijeron nada, pero la atmósfera cambió. Parecía ese momento en el que entra una corriente de aire frío por una ventana entreabierta y nadie admite haberla abierto.

—¿Me he perdido algo?

Eira me miró de reojo, con esa expresión que mezcla ternura con secretos que no va a compartir.

—Algunas personas vienen aquí para irse —aventuró con una sonrisa que no terminaba de subirle a los ojos.

Volví a mirar hacia la escalera por donde Margot había subido. El sonido de sus tacones ya se había apagado. Y, sin embargo, sentí que había dejado una estela a su paso, como si el aire aún estuviera pensando en ella.

No hice más preguntas. Pero una sensación extraña en mí se activó. Como si, con su llegada, una parte invisible del hostal —esa que no figura en ningún plano ni en ninguna guía— hubiese empezado a sacudirse el polvo.

Y lo supe: aquella mujer no era tan solo una huésped más. Era un aviso.

Al principio pensé que era una manía excéntrica, algo de esas costumbres antiguas que a veces traen las personas elegantes con pasado misterioso. Pero luego empecé a notar papelitos sueltos por toda la finca. La primera apareció en mi repisa una mañana, doblada con cuidado, una carta no enviada. Una servilleta de papel blanco con una frase escrita a mano en tinta violeta:

“Donde la luz calla, aún se puede escuchar”

La caligrafía era elegante, cursiva, con esa forma inclinada hacia adelante que parece tener prisa por decir más de lo que puede. Pensé que quizá alguien la había dejado por error, pero no había nadie más que hubiera entrado en mi habitación y reconocía la caligrafía de cuando entró en el hostal.

La segunda apareció dos días después, en la bandeja del desayuno que llevé a la habitación de Margot. Estaba doblada como si quisiera pasar desapercibida entre la vajilla, pero se notaba que había sido puesta con intención. Esta vez decía: “31 de julio. Jardín sur, cuando el sol toca la tercera piedra”.

La leí dos veces o quizás tres. No era solo una frase poética. Parecía una indicación, una coordenada sin mapa. Una cita. Le comenté a Eira en voz baja, mientras preparábamos una infusión de manzanilla e hinojo en la cocina.

—Margot deja estas servilletas escritas. No dice nada más, solo esto. —Le mostré la segunda.

Eira las leyó en silencio. Luego me miró con una leve sonrisa, como si lo supiera desde antes.

—Tal vez no quiere desaparecer del todo. Hay personas que solo se explican por fragmentos.

—¿Qué significa eso?

—Aprende a escuchar y lo averiguas, cielo.

No insistí. Con Eira era así. Si te daba una pista, tenías que decidir tú si querías seguirla.

La tercera servilleta la encontré en la galería del ala este, entre los cojines de una silla antigua. Estaba arrugada de una de las esquinas, ya que quien la hubiese escondido no lo hizo con demasiado esmero. En ella, solo un nombre escrito:

“Rose”

Me detuve un momento. El nombre resonó en mi cabeza como si hubiera estado ahí antes, escondido bajo capas de otra vida. No conocía a nadie llamado así, pero no pude evitar la sensación de que esa palabra tenía una historia. ¿Un lugar? ¿Una persona? ¿Una flor?

Pasé los dedos sobre las letras y una punzada de nostalgia y curiosidad se me clavó en el estómago.

Aquella noche, extendí las tres servilletas sobre mi escritorio y las observé como si fueran piezas de un rompecabezas que aún no sabía si quería resolver. No podía evitar sentir que no estaban dirigidas al aire. No eran mensajes lanzados al azar. Me estaban llevando a algún sitio. A algún lugar íntimo y profundo que Margot no podía —o no quería— decir en voz alta.

Tomé un cuaderno y empecé a apuntar, una por una, las frases, los lugares, los detalles. El patrón era sutil, pero estaba allí. Cada mensaje señalaba rincones de Penwyth House que compartían una cualidad: eran espacios donde se detenía el tiempo. El jardín sur al atardecer, la galería donde el sol se cuela con una luz vieja, mi propia habitación, donde los relojes no hacen ruido.

Y en medio de todo eso, el 31 de julio.

No sabía si era una cita, un recuerdo o una advertencia. Pero Margot no dejaba estas pistas por capricho. No sé el que era pero que se gestaba en esa fecha, en esos lugares. Y por alguna razón —inexplicable, intuitiva, visceral—, había decidido hacerme partícipe. No tenía ni idea aún si debía seguir buscando o esperar que la próxima servilleta me encontrara a mí. Pero sabía que no me quedaría quieta.

Primer día de agosto

Aquella mañana, el aire olía a sol recién exprimido. El jardín estaba aún humedecido por el rocío, pero la luz se colaba entre las hojas con una claridad casi juguetona. Me llevé el desayuno al banco junto al seto de boj, con la excusa de tomar un poco de vitamina D, pero la verdad era que no podía dejar de pensar en los mensajes. Tenía el cuaderno abierto sobre las piernas, las esquinas de las servilletas pegadas con cinta adhesiva, las fechas, los nombres, los lugares anotados con mi caligrafía más clara, tenía la premonición de que escribirlo bonito me ayudaría a entenderlo todo mejor.

Estaba tan absorta, pasando una línea subrayada con el dedo, que no lo oí acercarse.

—¿Así que ahora llevas diarios secretos? —cotilleó Robin con una sonrisa ladeada, asomándose desde detrás del seto.

Levanté la vista sobresaltada. Me recordó a cuando era pequeña y me descubrían en mitad de una travesura. Cerré el cuaderno de golpe, demasiado tarde para fingir que no era nada.

—No es secreto. Solo privado.

Él ladeó la cabeza con esa expresión suya que mez-claba paciencia con curiosidad.

—¿Tiene que ver con las servilletas poéticas de Margot?

—¿Cómo sabes de las… ? Eira. —Lo miré de reojo. Lo sabía. Claro que lo sabía—. Puede ser.

Se sentó a mi lado sin esperar invitación, con la taza de café aún humeante en la mano. Sus codos descansaban en las rodillas, el cuerpo inclinado hacia delante y su pelo suelto que le caía hasta los hombros. Tenía ese aire de no tomarse nada demasiado en serio y sin embargo sus ojos decían lo contrario.

—¿Y? ¿Ya tienes alguna teoría conspirativa? ¿Va a aparecer una bóveda secreta bajo el invernadero?

—Todavía no. Pero hay una cita, una coordenada, una flor y una fecha. No es poco.

—No, no lo es —respondió y sus ojos se clavaron en mí durante un segundo más de lo necesario.

Solté el aire de golpe antes de preguntar.

—¿Te apetece ayudarme?

—Ya tardabas en preguntar.

Después de contarle lo poco que tenía, terminamos en la biblioteca buscando referencias a la flor "Viola" entre los volúmenes de jardinería y herboristería del siglo pasado. Era un rincón fresco de la casa, con polvo suspendido en el aire pero que se agradecía. Robin hojeaba un tomo antiguo con ilustraciones botánicas mientras yo recorría las estanterías con la mirada, sin prestar demasiada atención. Estaba nerviosa, aunque no sabía bien por qué.

Me agaché para alcanzar un libro encuadernado en cuero que sobresalía de forma sospechosa y, al ponerme de pie, tropecé con la alfombra arrugada. Perdí el equilibrio en un gesto torpe y sentí como mi cuerpo caía hacia atrás. Antes de tocar el suelo, dos manos me sujetaron por la cintura.

—Cuidado —murmuró Robin, casi en un susurro.

Nos quedamos así, congelados, apenas a unos centímetros de distancia. Podía oír su respiración, ligera pero cercana. Sujeta por él, sin caer del todo, sin sostenerme del todo. Sentí que la habitación se encogía.

Lo miré.

Él me miró.

Y entonces, sin pensarlo —de verdad, sin pensarlo—, lo besé. O quizás fue él. No sabría decirlo. Ocurrió entre los dos, en el aire que compartíamos. Un beso rápido, cálido, sin cálculo. Nada ensayado. Nada seguro. Pero que despertó todas y cada una de mis terminaciones nerviosas, activándolas.

Nos separamos sin llevar el beso a un siguiente nivel. Me alejé un paso, con el corazón golpeando con fuerza. Robin carraspeó, ¿incómodo? Bajó la vista a un libro abierto sin saber muy bien qué hacer con sus manos, ya que lo abrió del revés.

—Supongo que... es lo que pasa cuando dos detectives trabajan demasiado cerca —bromeó, con una sonrisa frágil que no le llegaba a los ojos.

Yo fingí una risa, bajando la cabeza hacia el cuaderno.

—Sí. Debe de ser eso.

Volví a centrarme en los apuntes, en las pistas, en cualquier cosa que no fuera la electricidad residual que me recorría la piel. Sabía que él me miraba. Lo sentía. Pero no levanté la vista. No quería ver qué expresión llevaba ahora. No quería que ese momento —tan pequeño y tan inmenso— perdiera su ambigüedad mágica al ser nombrado.

Así que fingí que buscaba. Fingí que no temblaba. Fingí que el corazón no se me había volcado entero en la boca. Y mientras las páginas del cuaderno pasaban bajo mis dedos, me pregunté si él sentía lo mismo. Si también estaba huyendo de ese sentimiento que, quizás, ya nos había alcanzado.

Estábamos aún entre las estanterías de la biblioteca cuando oí el timbre del teléfono antiguo de la recepción. Ese sonido particular —mezcla de campana y crujido eléctrico— atravesó el aire como una nota discordante en medio de la armonía que habíamos construido entre pistas, libros y un beso que ninguno de los dos sabía muy bien cómo nombrar.

Un escalofrío me sacudió entera. No me moví. Esperaba que Eira lo cogiera, que no fuera para mí. Tenía un mal presentimiento y de

repente esperaba que no tuviera nada que ver con el mundo al que fingía haber dejado atrás.

Pero entonces oí su voz.

—Clara —llamó desde el pasillo, y su tono me medio confirmó lo que más temía—, es para ti.

La realidad tiene esa forma de presentarse: puntual, sin pedir permiso y en el momento más inoportuno.

Me excusé con un gesto breve hacia Robin, que asintió sin decir nada, los ojos ya más cerrados. Parecía entender que aquel tipo de llamadas no traen buenas noticias.

Atravesé el pasillo con el paso contenido. Tomé el auricular, pesado, con el cable enroscado y lo llevé al oído sin demasiado aire en el pecho.

—¿Hola?

La voz del otro lado era familiar y profesional. Eduardo. Mi socio. También arquitecto. También, a su manera, una de las personas que más conocía mi obrador, aunque no supiera el olor cuando abría el horno o el crujido del suelo justo antes del primer cliente.

—Clara, lamento llamarte así —dijo, sin preámbulo—, pero tenemos un problema.

El resto de la conversación la escuché como quien oye una historia a punto de desmoronarse. La aseguradora había rechazado cubrir parte del presupuesto, alegaban discrepancias en la valoración inicial, ciertas modificaciones no autorizadas. Una cláusula que habíamos pasado por alto. Una frase ambigua en la letra pequeña que ahora tenía el peso de un muro.

—Podríamos recurrir, claro. Pero eso toma tiempo. Y dinero. Si no acceden, tendremos que reducir el proyecto o paralizar temporalmente la obra.

Temporalmente. Esa palabra. El eufemismo más cruel de todos. Asentí varias veces, aunque él no pudiera verme. Dije “entiendo” más de lo que sentía. Colgué con un “gracias por avisarme” que no era del todo honesto. Después, subí a mi habitación sin mirar a

nadie. Y justo en ese instante sentí que el mundo se me caía encima.

Cerré la puerta y me apoyé contra la madera, como si necesitara que eso —o cualquier cosa— me sostuviera. La luz entraba por la ventana en ángulo, cálida, dorada, preciosa. Pero me sentía fría. Me dejé caer en la cama sin deshacerla, con las manos sobre el vientre y la vista fija en el techo. Respiré. Una. Dos. Tres veces. Hasta que el aire volvió a doler menos.

¿Y si este lugar solo ha sido una pausa?

La pregunta se formuló sola, sin que yo la invitara. Una gota que cae en el lugar preciso donde ya había otra. Empecé a llorar desconsolada. ¿Y si Penwyth House no era el inicio de nada, sino un paréntesis delicado entre dos capítulos de mi vida que no elegí? Había venido aquí huyendo de mi mundo hecho añicos, roto. Pero ¿qué pasaba si no tenía una escapatoria duradera?

Pensé en el obrador. En las baldosas grises manchadas de harina. En los tarros con etiquetas torcidas. En los clientes que ya tenían su rutina, su café, su pastel preferido. En lo que significaba, o creía que significaba, "volver a levantarlo".

Y luego pensé en aquí. En los amaneceres lentos. En los días sin reloj. En Eira, con su modo de cuidar sin preguntar. En Robin, en su forma de sonreír como si no tuviera prisa por saberlo todo. ¿Y si todo lo que sentía se desarmaba pronto?

Me dio miedo. No perder el dinero. No la obra. No el negocio. Sino perder esta extraña serenidad que me crecía por dentro. No sabía aún cómo cuidarla. Solo sabía que no quería soltarla. Y por primera vez me sentía perdida. No sabía qué hacer.

Miré por la ventana. El jardín seguía allí, intacto, ajeno a mis miedos. La hija de unos huéspedes jugaba cerca de la fuente, girando con su vestido de princesa mientras sus padres tocaban la guitarra y cantaban. Cerré los ojos. Dejé que el silencio me curara las heridas y pusiera todo en orden por sí solo. Esperé a ver si la calma regresaba.

No sé cuántas horas estuve despierta. Tal vez todas. El cielo había cambiado de azul a gris y de gris a negro y, aun así, yo no lograba dormirme. Después de la llamada, el mundo había adquirido ese tono difuso que tienen las cosas cuando están a punto de cambiar y una no sabe aún hacia dónde. Lloré, sí. Me cabreé, también. Escribí correos que volví a borrar. Hablé con gente que no tenía respuestas. Me sentí una vez más suspendida, flotando entre lo que fui y lo que quizá ya no podía ser.

La habitación estaba en penumbra, con apenas la lámpara del escritorio encendida, cuando oí el golpecito. Tres toques suaves. Dudé si lo había imaginado, pero volvió a sonar, esta vez un poco más firme.

—¿Clara? —la voz de Robin me caldeo el corazón.

Me levanté con lentitud, con los ojos aún un poco hinchados, la garganta espesa, la ropa arrugada de tanto dar vueltas en la cama sin propósito. Abrí. Estaba ahí, con el pelo revuelto y una expresión que no sabía si era preocupación o ternura mal disimulada. En las manos llevaba un vaso de leche y un platito con un trozo de bizcocho. Aquel de limón y almendra que habíamos hecho juntos la noche anterior.

—No bajaste ni al almuerzo ni a la cena —dijo en voz baja, sin juicio, tan solo estaba nombrando una evidencia.

—No tenía hambre.

Él entró sin necesidad de más palabras. Me tendió el plato con suavidad. Me senté al borde de la cama y le hice un gesto para que se sentara también. Lo hizo, a cierta distancia al principio. Me bebí un sorbo. El calor del vaso en las manos me ancló un poco.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansada —confesé—. Frustrada. No sé... Siento que este lugar me ha estado sosteniendo. Pero ahora todo en Londres se tambalea. Y no sé si estoy dispuesta a volver para reconstruirlo todo otra vez.

No respondió enseguida. Se quedó en silencio, como solía hacer él, como si escuchara lo que no había dicho.

—A veces reconstruir también es elegir no volver a levantarse.

Asentí. Una parte de mí entendía eso. La otra, la más herida, la que aún olía a harina y a techos agrietados, no quería renunciar del todo. Aquella pastelería era mi mundo, con ella había ganado el gran premio de Inglaterra.

—La mujer del vestido púrpura ya no está en su habitación.

El cambio de tema me pilló por sorpresa. Lo miré, confusa.

—¿Cómo que no está?

—Su cama está intacta. Su maleta, también. Pero no hay rastro de ella.

Me quedé callada. La imagen de Margot A, con su vestido impecable y su mirada esquiva, flotó en mi cabeza. Esa mujer era todo un misterio.

—¿Crees que se ha ido?

—No lo sé —dijo—, pero no hay cerraduras forzadas. Nada en las cámaras de la entrada. Es como si no necesitara salir por donde entramos los demás. Se ha esfumado.

Nos quedamos un rato así, sin hablar, compartiendo el silencio. ¿Quién se va y deja sus pertenencias en la habitación? ¿Tanta prisa tenía? Mi hombro apenas rozaba su brazo. Y en ese instante me sentí menos sola.

A la mañana siguiente, bajé a desayunar. No tenía ganas, pero sí necesitaba moverme, respirar otro aire. El comedor estaba casi vacío, salvo por una pareja leyendo el periódico y la niña que bailaba en un rincón cogida a su muñeca.

Eira estaba en la cocina, tarareando en un susurro mientras removía la cuchara en una olla de cobre. Al verme, no frunció el ceño ni hizo preguntas. Solo sonrió con una calidez que me aflojó por dentro.

—¿No estás preocupada por Margot? —le pregunté, con una taza de té en la mano, aún medio dormida.

Eira se encogió de hombros con una parsimonia que solo da el haber visto mucho mundo o muchos mundos.

—Algunas salidas no necesitan cerradura.

Aquella frase me persiguió mientras recogía platos del desayuno y los dejaba sobre la encimera. Fue entonces cuando lo vi: sobre una servilleta, doblada con cuidado, había unas palabras escrito a mano. El trazo era familiar. Preciso. Delicado.

Me incliné para leerla.

“Gracias por ver lo que otros olvidan. 31 de julio. Volveré cuando vuelva el jazmín”

Me quedé quieta un momento. Cada palabra pesaba más de lo que ocupaba en el papel. La leí dos, tres veces. El jazmín aún no florecía. Pero pronto. No sé por qué sonreí. Tal vez porque no sentí que esa puerta se cerraba. Sino que apenas estaba por abrirse.

La tarde siguiente

Eira apareció con un trapo en la mano y esa expresión suya de quien está a punto de pedirte un favor que parece pequeño, pero acaba llevando tiempo.

—¿Clara? —preguntó con voz tranquila—. ¿Te importaría subir al desván? Quiero bajar la mecedora para la galería. El nuevo huésped dice que el sol de media tarde le ayuda con los huesos.

Asentí con una sonrisa. Me gustaba el desván, aunque tuviera ese aire entre encantado y abandonado que poseía todo en Penwyth House. Cogí la llave de hierro que colgaba de un gancho junto al reloj de pared —una llave oxidada que chirriaba al girar— subí al

piso de arriba y me dirigí al final del pasillo, donde una trampilla abría el acceso a la buhardilla.

Al subir, el aire cambió. Era más seco, cargado de polvo antiguo y de ese olor a madera vieja que me hacía pensar en papeles olvidados, en cosas que dejaron de usarse pero que aún guardaban memoria. La luz se filtraba a través de un ventanuco, formando una diagonal dorada que atravesaba el suelo de madera y en ese silencio solo se oía el crujido de mis pasos y el leve aleteo de los pájaros al otro lado del tejado.

Me abrí paso entre baúles, sillas cubiertas con sábanas y cajas de loza envuelta en periódico. Busqué con los ojos la mecedora, que recordaba vagamente de alguna esquina. Mientras tanteaba entre objetos, una caja sin tapa, casi disimulada tras un baúl, llamó mi atención. Dentro, apilados con un orden desordenado, había papeles, facturas, un par de cartas atadas con cuerda y un libro de tapas oscuras, curtidas por el tiempo.

Lo saqué con cuidado. Tenía el lomo agrietado y el papel grueso amarillento. Al abrirlo, reconocí enseguida el encabezado caligráfico:

“Registro de huéspedes — Penwyth House”

Me senté sobre una banqueta baja y empecé a pasar las páginas con una mezcla de respeto y curiosidad.

Había nombres, fechas, anotaciones cuidadosas:

Sr. y Sra. Holman — estancia agradable, agradecen el té de lavanda.

Joven pintora francesa, Marie D. — pidió habitación con vista al norte.

Familia Leigh — niños ruidosos pero encantadores.

Las páginas iban desgranando décadas. Cambiaban las tintas, los tipos de letra, pero siempre había un matiz íntimo en ellas, como si cada línea fuera un hilo que unía a esas personas con este lugar, y a mí con ellas. Seguí avanzando por curiosidad, buscando las anotaciones más antiguas.

Entonces me detuve.

Entre las páginas correspondientes a 1933 y 1934 había una interrupción abrupta. La numeración seguía, sí, pero entre la entrada del 12 de noviembre de 1933 y la del 8 de febrero de 1934, una hoja estaba claramente rota por la mitad. Un desgarro limpio, hecho con intención. No era una esquina doblada, no era papel carcomido por el tiempo. Era un corte. Calculado. Preciso.

La mitad inferior de la página estaba intacta, con el número de habitación, las fechas, y una nota que decía: "Llegó solo. No pidió servicio de cena". Pero el nombre había desaparecido. No quedaba ni una inicial. Solo el rastro de la tinta arrancada, como si alguien hubiera querido que olvidáramos a esa persona pero no del todo.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Apreté el libro entre las manos.

¿Por qué arrancar un nombre? ¿Por qué justo ese? ¿Quién fue ese huésped entre páginas, suspendido en el tiempo, al que alguien quiso borrar?

Guardé silencio, escuchando el polvo posarse. Afuera, el viento movía suavemente las ramas contra el tejado y las tejas respondían

con crujidos leves, casi como un susurro.

Volví a cerrar el libro con cuidado. La mecedora estaba a mi derecha, arrinconada bajo un viejo espejo empañado. La arrastré con suavidad, pero mi mente ya no estaba en ella. Estaba en la página rota. En la mitad que faltaba.

Y por primera vez en muchos días, sentí que el misterio que envolvía Penwyth no era solo poético o simbólico. Era real. Tenía una ligera idea de que alguien no quería que lo viéramos.

Bajé con el libro envuelto en una manta, como quien protege una copa frágil de cristal.

—¿Encontraste la mecedora? —preguntó Eira al verme bajar.

—Sí. Y más, mucho más.

Ella me miró con atención, pero no preguntó. Solo asintió y, mientras acariciaba el respaldo de la silla, dijo:

—A veces las cosas que estaban ocultas solo necesitan que alguien las mire con intención.

Me pregunté si hablaba del libro o de mí.

El escritor, el gato y el estornudo



OBJ

Aquella mañana el sol ya se había alzado alto, con una claridad serena, casi limpia. Había llovido durante la noche pero el viento se llevó las nubes antes de que amaneciera. El aire olía a tierra tibia y a savia. Me encontraba con Robin en el jardín lateral, donde las matas de lavanda habían alcanzado su punto justo: ni demasiado secas, ni demasiado húmedas. Perfectas para cortar, atar y colgar a secar bajo el alero, donde el aroma perfumaba el pasillo durante días.

Yo llevaba un delantal con los bolsillos llenos de cuerda de yute y tijeras. Él, con su camisa remangada y la frente perlada de sudor, trabajaba en silencio, apartando las ramas con cuidado casi reverencial, sin querer molestar a las abejas que zumbaban entre las flores.

Fue en ese momento, mientras acomodábamos un manojo en la cesta de mimbre, que decidí decírselo.

—Ayer subí al desván —comencé, con fingida ligereza—. Eira me pidió que bajara una mecedora, pero encontré más.

Robin me miró de reojo, sin detener las manos.

—¿Otra caja con secretos? —bromeó.

—Un libro de registros antiguos. De huéspedes.

Eso sí lo detuvo. Bajó lentamente las tijeras y alzó la vista, atento.

—¿Y...?

—Estaba casi entero. Fechas, nombres, algunos comentarios breves. Pero había una página… —dudé un segundo, mordiéndome el labio—. Una sola. Rota. Justo entre 1933 y 1934. Parece que alguien la hubiera arrancado a propósito. Y se nota, ¿sabes? No es una hoja caída. Es un corte seco.

Robin frunció el ceño. El gesto le endureció los rasgos, le marcó una arruga vertical entre las cejas.

—¿Qué día? —preguntó, bajando la voz.

—El 31 de julio.

Entonces fue él quien se quedó inmóvil. Ni siquiera pestañeó al principio. Solo bajó la mirada hacia el montón de lavanda. Se frotó las yemas de los dedos —aún manchadas de tierra— contra el pantalón. Vi que necesitaba hacer cualquier con las manos.

—El 31 de julio —repitió, casi para sí.

—¿Te suena? —quise saber, con una inquietud que se me instaló entre las costillas.

Robin asintió muy despacio, sin levantar la vista.

—Es una fecha que que ya vi en las notas de Margot. Luego te cuento.

Me quedé esperando. Un zumbido de abeja pasó junto a mí, cortando el silencio. Él siguió trabajando, sin prestarme más atención. Podía ver la tensión en su mandíbula, en la forma en que

sus hombros se alzaban apenas. Lo conocía lo suficiente como para saber que no se trataba de olvido, sino de evasión.

—¿Robin?

—No es nada. No ahora. —Sonrió, pero no le llegó a los ojos—. Ven, esta rama tiene un color precioso, casi azul. ¿No te parece?

Cambió de tema y me dio la sensación de que esa fecha le dolía en algún rincón que no podía mostrarme.

Yo quise insistir. Pero no lo hice.

Porque también me di cuenta de una cosa: no era miedo lo que vi en sus ojos, sino una mezcla rara de pudor y nostalgia. Esa fecha tenía pinta de no ser solo una pista en un misterio, sino también una cicatriz.

Así que asentí. Dejé que habláramos de lavanda. Dejé que el sol me calentara la nuca. Dejé que el silencio se instalara como una promesa suspendida entre los dos.

Pero no iba a olvidarlo.

El 31 de julio.

Lo apunté en mi cabeza, con una tinta invisible, en la misma libreta donde guardaba todas las cosas que Robin aún no se atrevía a decirme.

Agosto

La tarde se estiraba en sombras suaves sobre el porche. El sol se filtraba a través del emparrado acariciando mi piel. Habíamos decidido tomar el té allí, entre las plantas enredadas y el rumor tenue del viento que venía del mar. Eira había preparado una tetera de cerámica antigua —verde oliva, con un asa de hierro forjado que parecía salida de otra época— y unas galletas de avena que crujían al morderlas, pero se deshacían en la boca.

Ella llevaba un vestido de cuadritos rojos y blancos. Uno de esos de algodón fino, de los que ya no se encuentran salvo en mercadillos de pueblo o en armarios que no han sido vaciados en décadas. El

escote era discreto, y el largo le rozaba las pantorrillas. Me sorprendió verla con él, tan distinto de sus habituales prendas neutras, lanosas, casi monacales. Pero le quedaba bien. Muy bien, en realidad. Como si no se lo hubiera puesto ella, sino el recuerdo de alguien más.

—Este vestido… —dijo, revolviendo con lentitud el té de menta—. Me recuerda al verano en que rompí el espejo de mi madre.

Levanté la vista de mi taza, divertida.

—¿Tú? ¿Romper un espejo? No te imaginaba rebelde.

—No lo fui. No al menos de la forma ruidosa —respondió con una sonrisa traviesa—. Pero una vez, tendría… ¿siete, tal vez ocho años? Me colé en su habitación mientras ella dormía la siesta. Quería ver el tocador, tocar los frascos, probarme uno de sus collares. Llevaba puesto un vestido casi idéntico a este. Recuerdo que me hacía sentir mayor. Que ya pertenecía al mundo de las mujeres que sabían cosas que yo aún no entendía.

Eira se detuvo un momento para llevarse la taza a los labios. Bebió sin prisa.

—Moví una banqueta para alcanzar mejor el espejo. Y al subirme, perdí el equilibrio. El marco se descolgó, el cristal se hizo trizas. Yo me quedé de pie, en medio del reflejo roto, el tiempo también se había resquebrajado.

Me reí bajito.

—Vaya forma de iniciarse en los misterios femeninos.

Ella rió también, pero luego me miró con una seriedad muy suya.

—Y lo curioso —continuó— es que detrás de aquel espejo… había una abertura. Como una puerta angosta en la pared, y una escalerilla de madera. Nadie sabía que existía. Ni mi madre, ni mi padre. O eso dijeron. Pero ahí estaba. Un pasadizo que la casa había querido mostrarme solo a mí.

El corazón me dio un vuelco. Tragué saliva.

—Eso… me pasó también. Bueno, parecido. Cuando me caí y rompí el espejo en tu habitación. Sentí más miedo por esas escaleras que por el golpe.

Ella me observó, su expresión se volvió grave, como si se desdibujara un poco entre los pliegues de la tarde.

—Es que no eran escaleras comunes, Clara. Esas escaleras… no solo bajan o suben. A veces atraviesan. —Hizo una pausa breve—. En esta casa, cuando algo se rompe, no siempre es un accidente. A veces es una invitación. O una advertencia. Todo depende de quién mira lo que queda al otro lado.

Me quedé en silencio, sosteniendo la taza a medio camino entre la mesa y la boca. Un calor leve me subió por la nuca. No era miedo. Era… la sensación extraña de que todo ya había sido escrito antes. De que mi llegada, mi caída, incluso mi hallazgo, no habían sido del todo míos.

—¿Crees que esta casa tiene memoria? —le pregunté.

Eira asintió sin dudarlo.

—Tiene memoria. Y paciencia. Observa. Espera. A veces, hasta ama. Pero también tiene sus formas de recordarte que nada de lo que ocurre aquí es porque sí. Los espejos se rompen por algún motivo. Y las escaleras… aparecen cuando alguien, por fin, está listo para bajar.

Yo aún no sabía si lo estaba. Pero sentí, con una claridad que me erizó la piel, que ya no había marcha atrás, pero la expulsé, ya tenía demasiado encima.

Seguía sentada ahí, cuando un taxi polvoriento —más polvo que taxi, en realidad— aparcó con un suspiro metálico. La puerta trasera se abrió con un chirrido y de ella bajó un hombre alto, un poco encorvado por el peso de una mochila desbordada. Llevaba unas gafas gruesas, ligera-mente torcidas sobre el puente de la nariz, y una sonrisa inmediata, tan amplia y natural que sentí que el aire alrededor de él cambiaba de temperatura.

Traía en una mano un bloc de notas con esquinas dobladas y en la otra una funda de guitarra. Al caminar, la forma que marcaba el lienzo no era la de una guitarra. Era más cuadrada. Metálica. Extraña.

Una máquina de escribir.

Me quedé mirándolo, aún sin entender del todo lo que estaba viendo. La mochila parecía que había sobrevivido a una guerra. El cuaderno estaba lleno de garabatos hasta el borde. Y él... él caminaba con esa ligereza de quien no lleva prisa por llegar a ningún sitio porque ya está donde quiere estar.

—Buenas tardes —saludó, con voz clara pero rasposa—. Ezra Calloway. Tengo una reserva.

El mundo se detuvo un segundo.

Ezra Calloway.

Sentí que el nombre flotaba entre nosotros como una nota sostenida. Parpadeé.

—¿Ezra Calloway? ¿Me estás diciendo que tú escribiste La hora oblicua?

Él se encogió de hombros con una expresión traviesa y su sonrisa se amplió aún más.

—Solo si te gustó. Si no, lo niego todo.

Soltó una carcajada tan franca, tan sonora que hasta los mirlos del seto más cercano dejaron de cantar por un momento.

No supe qué contestar. Esa novela había sido mi refugio en los últimos años de carrera. La había leído tres veces: una por devoción, otra por análisis y la última por consuelo. Siempre me pareció que tenía un mensaje profundo y honesto en su forma de escribir.

—Me encantó —dije por fin, sin florituras.

—Menos mal. ¿Estás al mando por aquí?

—Soy Clara. No, bueno, sí... en parte. Estoy ayudando a Eira este verano.

Ezra me tendió la mano con un gesto cálido y sin pretensiones.

—Encantado, Clara. Este lugar ya me gusta. Tiene buenas sombras.

—¿Cómo?

—Sí, las sombras no mienten. Los sitios así son lugares donde uno puede pensar. Escribir. Y comer bien, si hay suerte.

Se quedó mirando la fachada de Penwyth House, me dio la impresión de que ya estaba tomando notas mentales.

—¿Sabías que no escribo una línea desde hace casi un año? —confesó sin que yo se lo preguntara—. Se me secó la cabeza. Como un pozo de agosto. Pero esta mañana me desperté y sentí que tenía que venir.

Se señaló el corazón con un dedo manchado de tinta. No supe si hablaba en serio o si era parte de su estilo, pero no importaba: lo decía con tanto entusiasmo que lo creí igual.

—Bueno —dije, aún un poco abrumada—, te instalaremos en la habitación del sur, con vistas al jardín. Es tranquila. Las sombras son buenas. Te lo prometo.

Él me guiñó un ojo y luego levantó la mano como en clase porque se acababa de acordar de algo.

—¿En esta casa aceptan huéspedes entrometidos?

—¿Cómo?

—Porque, si me dejas, quiero curiosear un poco. Y ayudar. Me gusta cocinar, aunque soy mejor pelando patatas que siguiendo recetas. Si me das una escoba, barro. Si me das un libro, lo leo. Si me das una historia... la escribo.

No supe qué contestar. Me limité a sonreír.

Eira apareció por el arco del zaguán, con su calma sabia y un leve brillo en los ojos. Al ver a Ezra no pareció sorprendida. De hecho, juraría que le dedicó una sonrisa cómplice. Parecía que lo estuviera esperando desde hacía tiempo.

—Bienvenido.

Y yo sentí, por un instante, que el aire olía distinto. A tinta fresca. A papel nuevo. A una historia que estaba a punto de empezar sin que nadie la hubiera escrito todavía.

Esa noche el cielo parecía más oscuro de lo habitual parecía que las estrellas se hubiesen acercado un poco más al mundo para escuchar

mejor lo que pasaba abajo. Yo había salido al huerto con una cesta entre las manos, más por necesidad de respirar que por recolectar fruta. Después de un día tan lleno —Ezra, su llegada, su energía brillante, su máquina de escribir que sonaba a otro tiempo—, necesitaba un poco de silencio vegetal.

Me detuve junto a los tomates y me agaché para apartar las hojas más bajas. El aroma a tierra húmeda me resultaba casi medicinal. Alcé la vista, con el corazón ligeramente encogido —no sabía por qué— cuando escuché:

—Y genial —la voz de Robin parecía cargada de resignación y congestión nasal—. Un gato. Porque lo único que me faltaba era alergia en mitad del misterio.

No lo podía ver, pero en lo que sí me fijé es que, sentado sobre el muro bajo que separaba el huerto del sendero trasero, había un gato pardo. No era muy grande, pero tampoco era joven. Tenía ese aire de haber visto muchas cosas y de no estar dispuesto a contarlas. Sus ojos, de un ámbar extraño, me observaban con demasiada determinación.

No hizo un solo movimiento, ni siquiera cuando me enderecé. La brisa le agitaba el pelaje del lomo y por un instante sentí que ese animal estaba allí por una razón.

—Hola.

Él no respondió, por supuesto. Solo entrecerró los ojos, evaluándome. Casi inquisitivo.

Robin hizo acto de presencia, frotándose la nariz con el dorso de la mano. Llevaba una chaqueta sobre los hombros y el pelo un alborotado.

—¿De dónde ha salido ese… ? —empezó a decir antes de soltar una secuencia de estornudos que le dobló la espalda—. Perfecto. Ni siquiera ha llegado el otoño y ya necesito antihistamínicos.

—Estaba aquí cuando vine —me excusé, sin dejar de mirar al gato—. No me pareció asustado. Más bien como si ya nos conociera.

Robin frunció el ceño mientras se sonaba la nariz con un pañuelo arrugado que sacó del bolsillo. Se inclinó un poco para mirar al gato

más de cerca.

—Pues que sepa que no es bienvenido a mi sistema respiratorio.

El gato ni parpadeó.

Se limitó a descender del muro con la gracia insolente de los que nunca piden permiso. Pasó entre mis piernas, se rozó contra el vuelo de mi vestido y luego siguió camino hacia la casa, igual que un huésped más y como si tuviera habitación reservada desde hacía semanas.

Robin lo siguió con la mirada y después me miró a mí, como esperando una explicación que no tenía.

—¿Seguro que esto no es todo parte de un libro de Ezra?

—A estas alturas ya no pondría la mano en el fuego por nada.

Cuando entramos a la casa, lo encontramos echado, muy cómodo, sobre una de las sillas del recibidor, justo al lado del paragüero antiguo. La cola enrollada con precisión, como un sello final en un sobre que ya ha sido leído.

Eira pasó junto a nosotros en ese momento con un cesto de hierbas recién cortadas. Al ver al gato, no se sorprendió. De hecho, sonrió.

—Ah, claro —murmuró, sin detenerse—. Él va con el nuevo.

—¿Ezra? —pregunté, aún procesando.

—Claro. Se llama Greco. Dice que escribe mejor cuando él está cerca. No sé si es por compañía o por superstición. Pero ahí donde va Ezra, va Greco.

Robin se quedó de piedra. Me eché a reír, aunque en el fondo no me sorprendió del todo. En Penwyth House, cada nuevo huésped traía más que equipaje.

Aquel gato había venido con historia.

Y por lo visto, con alergia incluida.

Unos días después

Era una de esas mañanas suaves que se cuelan sin hacer ruido, con la luz tenue colándose por los ventanales avergonzada de despertar a toda la casa. Yo me había refugiado en la sala de lectura con el viejo libro de registro abierto sobre las rodillas. A pesar de haberlo revisado ya varias veces, tenía un presentimiento que me empujaba a volver a leerlo, esa sensación de haberte dejado algo entre sus líneas, entre sus páginas repletas de nombres que sonaban a otras épocas.

La página rasgada seguía ahí, como una herida imperfecta pero cicatrizada. El corte era limpio, casi quirúrgico, y cuanto más lo miraba, más sentía que lo importante no era solo lo que faltaba, sino cuándo. La fecha. Aquel espacio en blanco coincidía con el 31 de julio, la misma fecha que Robin había mencionado días atrás y todavía no me había explicado por qué. La misma con la que empezó todo el misterio.

Oí el crujido de pasos sobre el parqué. Era un sonido que había aprendido a distinguir entre otros: el ritmo ligero, casi flotante. Me giré justo cuando Robin apareció en la puerta, con dos cafés en las manos y un mechón rebelde cayéndole sobre la frente.

—Pensé que te vendría bien una dosis de cafeína antes de que empieces a ver nombres que no existen.

Me ofreció uno de los vasos con una media sonrisa.

—Gracias —respondí, aceptándolo. El calor del cartón me reconfortó más de lo que admití—. No sé por qué sigo mirando esto. Tengo la sensación de que hay más ahí, justo fuera de mi alcance.

Robin se sentó a mi lado, sin prisa y con cuidado para no romper el momento.

—¿Y si las servilletas de Margot no eran solo un juego poético? ¿Y si hay conexiones que no estamos viendo?

Asentí. Le conté que algunas coordenadas que ella había dejado apuntaban a rincones del jardín, a la galería, a la fecha del 31 de julio… y que ahora, con la página rasgada señalando el 31 de julio, empezaba a parecer menos casual.

Robin se quedó pensativo un rato, observando el libro con el ceño fruncido.

—Tendremos que buscar más. No solo pistas sueltas. Esa pieza que nos hable desde antes, de otros huéspedes, otras épocas.

—¿Cartas? ¿Diarios?

—Exacto. Vamos a la biblioteca —dijo, poniéndose de pie—. Con suerte, los fantasmas nos dejaron archivo.

La biblioteca de Penwyth era un rincón encantado, con su olor a papel envejecido y sus estanterías altísimas que parecían tocar el techo solo para disimular secretos. Avanzamos entre las hileras de libros, buscando algún indicio, alguna caja con papeles antiguos. Me dejé llevar por la intuición, bajando por el pasillo del fondo, donde los títulos eran menos ordenados y más interesantes.

Entonces ocurrió. Había un pequeño escalón hundido que siempre se quejaba. Mi pie lo encontró con toda la torpeza del momento. Solté un pequeño grito y me incliné hacia adelante, esperando el impacto.

Pero no llegó.

Robin me sujetó por la cintura con una firmeza que me descolocó. No era la primera vez que me salvaba de una caída en este mismo lugar —mi historial era ridículamente amplio—, pero fue distinto en la forma en que sus manos se posarón ahí, dudando entre apartarse o sostenerme un poco más.

Nos quedamos así, pegados, apenas separados por la respiración. Alcé la mirada y él ya me estaba mirando, los ojos clavados en los míos, y había un magnetismo entre nosotros que se suspendió en el aire. No sabría explicarlo, pero sentí que la gravedad hizo una pausa para ver qué hacíamos.

Entonces, nos besamos.

Fue un gesto breve, casi accidental, pero lleno de espontaneidad. Mis labios encontraron los suyos con una suavidad sorprendente y durante medio segundo —medio exacto— sentí que el mundo dejaba de girar.

El silencio posterior fue tan fuerte como el beso.

Robin se apartó enseguida, con una rapidez torpe que me dejó la piel ardiendo.

—Demasiada electricidad estática, ¿no? —dijo rascándose la nuca.

Reí, fingiendo que no pasaba nada. Que era gracioso. Que ese gesto no me había escocido por dentro.

—Sí, claro —dije, volviendo la vista hacia los estan-tes—. Odio cuando la humedad hace eso.

Nos sumergimos en la búsqueda como si la conversación no hubiera existido. Pero yo sentía todavía el peso exacto de su mano en mi cintura. Y la electricidad —esa que él había querido disimular — seguía vibrando bajo mi piel como una cuerda tensa que nadie había cortado aún.

Dijo que esperaba que el aire antiguo, ese que se enredaba en las cortinas con olor a madera vieja y lavanda seca, le sacara las palabras que llevaba tanto tiempo buscando. Su forma de decirlo me hizo sonreír. El lenguaje no venía del interior, sino del aire, como el polen o el polvo brillante de las hadas.

Desde el primer día, se convirtió en parte del paisaje. Lo encontrábamos en el porche al amanecer, con su bloc de notas desbordando márgenes, la máquina de escribir apoyada sobre una mesita desvencijada que había pedido expresamente sacar. A veces escribía con los ojos cerrados y alegaba que cuando eso sucedía era porque había perdido el sentido común. Otras, solo observaba, tomando infusiones que Eira preparaba sin etiquetas ni explicaciones.

—Para despejar la mente —decía ella—. Para relajar el pecho.

Ezra asentía, encantado, sin preguntar más.

Se llevaba bien con todos. Con Robin, hablaba de novelas, pero también de tuberías, gatos y del arte de encontrar calcetines perdidos. Con Eira, simplemente parecía entenderse sin hablar demasiado. A mí me trataba con una calidez que rozaba lo fraternal,

pero con una chispa de admiración que me hacía sentir llena de energía.

Una tarde, tras la cena, sobró un pedazo generoso de tarta de limón —esa receta que Eira prepara con una mermelada casera que nadie logra imitar— y decidí llevársela. Ezra estaba en su habitación, la número 9, con la puerta entreabierta y el sonido de teclas mecánicas llenando el pasillo como una lluvia suave.

—¿Molesto? —pregunté asomando la cabeza.

—Solo si vienes a decirme que esto es un sueño y que en realidad sigo bloqueado en Galicia, rodeado de vacas filosóficas.

Apartándose del escritorio con una sonrisa amplia me invitó a pasar. Entré y le tendí el plato.

—Tarta de limón. Eira dice que el dulce ayuda a que los fantasmas sean menos intensos por la noche.

Ezra la miró con una sonrisa dibujada en los labios.

—Esto sí es una musa. Que le den al sufrimiento romántico —afirmó hundiendo la cuchara con un suspiro teatral—. No entiendo cómo no se nos ocurrió antes. Comer postre hasta encontrar el final de una historia.

Nos reímos y durante un rato hablamos de cosas pequeñas: del clima, de los sonidos del hostal por la noche, de los libros que habíamos amado por razones que no siempre sabíamos explicar.

En un momento dejó el plato a un lado, se acomodó mejor y bajó la voz, pensé que me iba a confesar algún avance de su próxima novela.

—Estuve bloqueado, Clara. Durante meses. Y no lo digo con dramatismo, de verdad. Probé de todo: París, una cabaña en Galicia, incluso un retiro de silencio donde la única conversación era con tus propios demonios. Pero nada funcionaba. No salía ni una línea decente.

Lo miré con atención. En su voz no había victimismo, sino una mezcla de asombro y gratitud que me conmovió.

—¿Y qué cambió? —pregunté, curiosa.

Ezra se inclinó hacia adelante.

—Soñé con una casa blanca. Con galerías amplias y gente que parecía salida de un poema raro. No era un sueño especialmente claro, pero me dejó esa sensación de que hay más esperándote. Y luego, un día, hojeando un suplemento de trenes antiguo —sí, todavía hago esas cosas— encontré un pequeño anuncio. "Penwyth House. Habitaciones con vistas. Biblioteca, jardín, paz". Así, sin más. Y supe que era ahí. Que era esto.

—¿En serio? —pregunté, incrédula.

—Te lo prometo. Un anuncio olvidado en medio de un periódico de hace semanas. Y aquí estoy —señaló el lugar con los brazos abiertos— rodeado de historias. Hasta los muebles me miran y parecen contarme grandes secretos de historias que todavía no he dado el paso de escribirlas.

Sonreí, sintiendo un calor extraño en el pecho. No solo por sus palabras, sino por la forma en que las decía. Con esa mezcla de humor y ternura que me recordaba que no todo tenía que ser misterioso para ser mágico.

—Me alegra que estés escribiendo otra vez.

Me miró con intensidad, aunque sin solemnidad.

—Me alegra haber encontrado el lugar. Y a la gente. Aunque no sé si soy yo quien escribe o si la casa lo está haciendo por mí.

Nos quedamos en silencio unos segundos mientras la última luz del día se colaba por la ventana. Afuera, el gato pardo que parecía haberse instalado sin pedir permiso maulló una vez uniéndose a la conversación.

—¿Y por qué Greco? —le pregunté, señalando al animal que dormitaba al sol.

—Pensaba llamarlo Baudelaire cuando lo adopté. Pero no le gusta. Me ignora por completo. Así que decidí dejarle el mismo que cuando lo recogí y parece que me ignora un poco menos.

Reímos de nuevo. Y supe, con una certeza que no sabía explicar, que Ezra no había llegado por casualidad. Que Penwyth House tenía maneras sutiles de atraer a quienes tenían algo que decir o algo que recordar.

Mientras Ezra florecía con su nueva historia, Robin parecía marchitarse un poco cada día. No de forma evidente. No era eso que uno pudiera señalar con el dedo y decir "mira, aquí está lo que le pasa." Pero, a pesar del poco tiempo que hacía que lo conocía, yo lo notaba. En sus silencios más largos. En la forma en que su café se enfriaba sin que lo bebiera. En cómo hojeaba el libro de registro esperando encontrar su propio nombre escrito entre líneas, en tinta invisible.

Pasaba horas revisándolo. A veces solo lo abría por el simple hecho de tenerlo entre las manos. Lo acariciaba con los dedos pensando que la textura del papel pudiera darnos respuestas que las palabras no ofrecían.

Intentaba no presionarlo. Habíamos compartido tantas miradas cargadas de emociones que nunca llegaban a decirse, tantos gestos interrumpidos, tantas frases que se quedaban flotando en el aire... Había aprendido que Robin hablaba mejor con el cuerpo que con la boca, y aun así, seguía esperando sus palabras.

Una noche, bajé a la sala común después de no poder dormir. El cielo estaba limpio. Sin hacer ruido, descalza, y lo encontré allí. Sentado en el suelo, rodeado de libros viejos que había sacado de la estantería con la delicadeza de quien mueve huesos antiguos. Tenía la lámpara de la esquina encendida y una libreta cerrada sobre las rodillas.

—¿Otra sesión de arqueología literaria? —pregunté en voz baja para no asustarlo.

Robin alzó la cabeza, sorprendido pero no incómodo. Me miró con una de esas sonrisas que no llegan del todo a los ojos.

—No podía dormir —respondió, encogiéndose de hombros—. Supongo que no soy el único.

—¿Qué buscas? —me acerqué y me senté a su lado.

El suelo estaba frío, pero no me importó. Hubo una pausa. Un silencio lleno de ideas a medio formar. Luego, Robin dijo:

—A veces me gustaría recordar lo que no viví.

La frase se quedó en el aire como una pluma suspendida. Lo miré, esperando que siguiera. No lo hizo. Se limitó a mirar un tomo encuadernado en cuero con el lomo medio deshecho.

—¿Qué significa eso? —pregunté, con suavidad.

Suspiró. Se pasó una mano por el pelo y me miró. En sus ojos podía ver que estaba tomando una decisión antes de cerrarlos, suspirar con profundidad y empezar a hablar.

—Mi familia tiene historia con esta casa. Con Penwyth. No lo sabía con certeza al principio. Solo eran historias vagas que contaba mi abuela cuando era niño, cosas a las que apenas presté atención en su momento. Pero cuando vi el nombre del lugar, esa chispa de querer saber más se encendió. Y ahora estoy empezando a atar cabos.

—¿Qué tipo de historia? —pregunté sintiendo que el suelo bajo nosotros se hacía más profundo.

Robin tomó aire. Iba a hablar. Vi cómo sus labios se abrían, cómo la tensión se dibujaba en los tendones de su cuello. Pero justo en ese momento, un crujido en las paredes nos interrumpió. Y luego, la luz parpadeó. Una vez. Dos. Y se apagó por completo. La lámpara titiló unos segundos más antes de morir también, rindiéndose ante el misterio que acababa de presentarse.

—¿Y eso? —murmuré, quedándome quieta.

Robin se quedó inmóvil también. Luego se levantó, tanteando a oscuras y se acercó a la ventana. La finca entera estaba sumida en una penumbra profunda. Ni una farola. Ni un reflejo.

—¿Corte general? —pregunté, aunque no había necesidad de decirlo. La oscuridad hablaba por sí sola.

—O... —empezó Robin, pero se detuvo.

—¿O qué? —le pedí, sintiendo una punzada en el pecho.

—O Penwyth siendo Penwyth.

Su voz sonaba distinta. No dije nada. Me acerqué a tientas hasta rozar su brazo. Se quedó quieto cuando lo toqué.

Nos quedamos así, en silencio, escuchando los ruidos de la casa en la oscuridad. Las vigas que crujían. El viento que se colaba por alguna rendija mal sellada. Y, en la distancia, el maullido del gato pardo, como una nota final en una canción que no sabíamos que estábamos escuchando.

Tenía esa sensación de que Robin iba a contarme más. Pero no esa noche. Penwyth tenía su propio ritmo. Y había aprendido —o estaba aprendiendo— a respetarlo.

Nos quedamos allí en la penumbra, respirando con el corazón acelerado. Mi mano seguía sobre su brazo y, aunque la oscuridad lo cubría todo, podía sentir el calor de su piel bajo la camisa. No dije nada, pero tampoco me aparté. Mi corazón se había ablandado, rendido tal vez, a esa forma en que los silencios entre nosotros se habían ido estrechando con los días, hasta quedar tensos como una cuerda que podía romperse o vibrar en cualquier momento.

Robin se giró un poco hacia mí. Lo supe más por el sonido de su respiración que por la vista. Estábamos tan cerca que podía sentir cómo hablaba aunque no dijera palabra. Su silencio no era vacío, era otra cosa: una pausa cargada, como cuando uno está a punto de abrir un libro muy antiguo y sabe que va a encontrar eso que no se esperaba.

—Clara —susurró.

Mi nombre, salido de sus labios, no tenía forma de pregunta ni de advertencia. Era suave, simple, que nos anclaba a ese instante.

Noté cómo su rostro se inclinaba. Y en algún punto entre la sombra y el calor, sus labios encontraron los míos.

Fue un beso lento, sin urgencia, pero lleno de esa electricidad tibia que solo aparece cuando dos personas han estado a punto de besarse muchas veces y por fin se permiten hacerlo. Mis ojos se cerraron sin pensarlo. El mundo pareció hacer una pausa respetuosa. Las vigas crujieron en la distancia. Su mano me rozó la mejilla y sentí la yema de sus dedos temblar.

Me gustó.

Más de lo que hubiera imaginado. No solo por el beso en sí, sino por lo que contenía: todas las veces que casi había pasado, todo lo que se nos había quedado en los márgenes de los días compartidos.

Pero no fue simple. No había nada simple en lo que sentí.

Una parte de mí —la más asustada, quizá— quería retroceder, volver a las certezas pequeñas del día a día: a hornear pan, a cuidar lavanda, a contar habitaciones limpias y facturas pendientes. Pero otra parte, más callada y más honda, se aferraba al momento.

Robin fue quien se apartó primero. Lo hizo con una suavidad que no sabría describir. No fue brusco. No fue culpa. Solo... contención. Se quedó a unos centímetros, con los ojos fijos en los míos. Apenas se le notaba la respiración, pero tenía la expresión de alguien que estaba tan sorprendido como aliviado.

—Perdona —murmuró. Su voz era un hilo—. No... No era el momento. Lo sé.

No respondí de inmediato. Tenía aún el sabor del beso y un eco cálido en la piel.

—No lo sabes —dije al fin, con una sonrisa leve, que no estaba del todo segura de si era mía o prestada—. Nadie lo sabe.

Robin bajó la mirada, se pasó la mano por la nuca y se rió entre dientes, más para sí que para mí.

—Ya. Supongo que eso es lo que pasa cuando besas a alguien en mitad de un apagón en una casa con historia.

—Cliché adorable —respondí y sentí cómo la tensión en el aire se aflojaba entre los dos.

Nos quedamos en silencio un poco más, sentados en el suelo, con la oscuridad aún abrazándonos como un manto. Yo no sabía qué iba a pasar después. No sabía si Robin iba a volver a cerrarse o si aquello había abierto una pequeña puerta entre nosotros. Pero en ese momento no necesitaba respuestas.

Solo necesitaba quedarme sentada junto a él, en esa casa que parecía respirar a su propio ritmo.

A la mañana siguiente

La cocina olía a cáscara de limón y vainilla tostada. Estaba horneando un bizcocho para el desayuno del día siguiente, uno de esos que llevaba yogur y que, si salía bien, quedaba esponjoso y lleno de sabores. El calor del horno me entibiaba las mejillas y me sentía, por un momento, casi en paz.

Greco rondaba por la cocina con esa elegancia sobrada que tienen los animales que no se dejan domesticar del todo. Había aceptado que le sirviéramos comida, que le habláramos como a un viejo sabio y que lo acariciáramos solo cuando él lo decidía. Pero ese día, en lugar de su ronda habitual junto al alfeizar o bajo la mesa, empezó a merodear más allá, con una inquietud casi humana.

Lo vi desaparecer por el pasillo y lo seguí con las manos aún manchadas de harina, secándome en el delantal. Lo encontré en la sala común, justo donde terminaban las estanterías. Un rincón que nadie más exploraba: ni los huéspedes ni Robin, ni siquiera Eira. Allí donde las tablas crujían distinto y el polvo se acomodaba.

Greco estaba agazapado justo debajo del mueble donde yo había escondido el libro de registro rasgado. Esa hojas amarillentas, rotas a propósito, que había encontrado en el desván semanas antes y que aún no me atrevía a mostrar ni a comprender del todo.

—¿Qué haces ahí? —murmuré, agachándome con cuidado.

El gato me miró sin moverse, con esa fijeza impenetrable. Creo que sabía con exactitud que yo había escondido alguna cosa y esperaba que lo reconociera en público.

En ese momento, Ezra apareció por la puerta con su bloc de notas lleno de garabatos, una taza de infusión humeante en la otra mano.

—¿Otra vez conspirando, Greco? —preguntó diver-tido—. Ese gato sabe cosas. Creo que me está editando desde las sombras.

Me reí sin poder evitarlo. Ezra tenía esa forma de decir lo todo que quitaba peso a lo extraño. Pero Robin, que había llegado en silencio detrás de él, no sonrió. Lo vi quedarse quieto, a unos pasos, la mirada fija en el gato.

—¿Todo bien? —le pregunté, levantándome.

Robin no respondió de inmediato. Tragó saliva y, por un segundo, creí que iba a hablar. Pero lo único que hizo fue bajar la vista hacia Greco y fruncir el ceño.

—No me gustan los gatos —dijo, sin tono—. Me dan, no sé, cosas.

Ezra soltó una carcajada.

—¿Eso es una reacción alérgica o superstición victoriana?

Robin lo ignoró. Se acercó un poco más a mí y su gesto era más serio de lo normal. Casi incómodo.

—¿Tú lo dejaste ahí? —me preguntó en voz baja, mirando el hueco tras la estantería.

Tardé un segundo en entender a qué se refería. No sabía cómo lo había adivinado. Tal vez había visto alguna cosa que yo no noté o tal vez... Tal vez ya sabía más de lo que decía.

—No. Él lo encontró solo —dije al fin, sintiéndome expuesta.

Robin no dijo nada, pero sus ojos no dejaron de mirar el rincón. La tensión entre nosotros, que esos últimos días iba y venía como una corriente subterránea, se espesó de nuevo.

Ezra, ajeno a esa capa invisible que nos envolvía, dejó su infusión sobre la mesa y se agachó para acariciar a Greco.

—Este gato es un editor exigente —sonrió—. Siempre se instala justo donde no quiero mirar. ¿Será que el misterio también necesita testigos con bigotes?

Robin se dio la vuelta con un gesto seco y, sin decir nada más, se fue por el pasillo, dejándonos a Ezra, a mí y a Greco, que no se movía ni un milímetro del lugar donde había una pieza de este puzzle que aún no terminábamos de entender.

Miré la estantería. Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentar lo que guardaba allí. Pero por un momento, me limité a

quedarme de pie, con el corazón latiendo más rápido de lo necesario, preguntándome por qué Robin no había reído.

Y por qué, en el fondo, eso me dolía un poco.

Ezra apareció esa tarde con el pelo revuelto, aún oliendo a polvo de libro viejo y al aroma de la infusión rara que siempre preparaba con hojas que recogía del jardín, un boticario desorganizado. Llevaba su libreta marrón bajo el brazo, la que usaba para lo que él llamaba "escritura cruda", bocetos que luego tal vez se convertirían en novelas. O no.

Me encontró en la galería, acomodando unos jarrones con lavanda seca sobre el alféizar. El sol filtrado por los cristales moteaba el suelo con parches cálidos. La casa estaba en ese momento de pausa en que todo parece flotar en su propio tiempo.

—¿Tienes cinco minutos para leer esto? —preguntó sin más, con esa sonrisa de niño emocionado.

—¿Cinco? —le respondí—. Me sobran siete.

Se sentó a mi lado en la banqueta de madera. Sacó su libreta y, sin ninguna introducción, empezó a leer en voz alta. Su voz era grave pero amable, con una musicalidad que hacía que las frases cobraran cuerpo. Describía una habitación cerrada: los paneles de madera cubiertos por polvo antiguo, el espejo manchado donde el reflejo parecía llegar con retardo, una colcha de hilo azul claro sobre una cama sin deshacer, un joyero con una única pulsera rota dentro. Y un olor persistente, como a jazmín seco y agua estancada.

A cada palabra que pronunciaba, mi piel se iba erizando, como si una mano invisible me acariciara a contrapelo. Esa habitación existía. La conocía. La había visto solo una vez, hacía meses, cuando Eira me mostró fugazmente la puerta cerrada al final del pasillo del ala este, la que se mantenía con la cerradura oxidada y sin llave a la vista. La habitación que, según ella, nadie volvía a abrir desde que

su hermana había muerto. El lugar al que, me había dicho, "la casa aún no ha dejado de llorar".

Cuando Ezra terminó de leer, guardó la libreta con una sonrisa satisfecha. Esperaba una reacción, tal vez un halago. Lo miré con fijeza, aún procesando.

—Esa habitación está aquí.

Ezra parpadeó.

—¿Qué?

—La que acabas de describir. Está en esta casa. En el ala este. Cerrada desde hace décadas.

Vi cómo el color se le iba pigmento a pigmento del rostro. No era miedo lo que mostraba, sino una incredulidad súbita. Pude notar a través de su expresión un cambio dentro de él, un engranaje que había estado girando sin explicación durante años, de pronto hiciera "clic".

—No tenía ni idea. Te juro que la vi en sueños. Hace años. No estoy bromeando.

Me incliné hacia atrás en el banco, mirando por la ventana. Afuera, el jardín se mecía guardando demasiados secretos. Me froté los brazos, aunque no tenía frío.

—¿Y si hay un no sé qué en esta casa... que solo despierta en ciertas personas? —murmuré, sin buscar una respuesta.

Ezra no dijo nada durante un momento. Parecía igual de sobrecogido que yo. Luego carraspeó, rompiendo esa atmósfera que se nos había pegado a la piel.

—Bueno —dijo con una sonrisa tímida—, supongo que voy a tener que quedarme un poco más. ¿Qué clase de escritor sería si me fuera justo cuando la casa empieza a dictarme párrafos?

Le lancé una mirada mezcla de burla y ternura.

—¿Más? ¿Cuánto más?

—Hasta finales de agosto, al menos. Quiero ver en qué termina todo esto. Lo del gato, lo de la habitación, lo del bizcocho de yogur... —Hizo una pausa y me miró con intención—. Lo tuyo. Lo de Robin. Esta casa.

Abrí la boca para responder, pero me detuve. No sabía qué decirle. O tal vez sí, pero las palabras aún no estaban maduras. Me limité a sonreír con un nudo pequeño en el pecho, ese tipo de nudo que no duele, pero aprieta justo lo suficiente para que sepas que todo está cambiando.

Ezra se levantó, sacudió las migas imaginarias de su pantalón y se fue por el pasillo, tarareando una melodía que no conocía. Lo seguí con la mirada y luego, como por reflejo, volví a mirar la galería vacía y la casa que nos envolvía a todos con su memoria silente.

Sentí, por primera vez en mucho tiempo, que el misterio no era lo que debía temer, sino perderlo.

OBJ



El día que el sol volvió

Mediados de agosto

La mañana había amanecido fresca y luminosa, el verano había decidido contener la respi-ración por un momento para dejar paso a un aire más limpio, más claro. Desde la ventana de la cocina, podía ver las primeras luces deslizarse por el jardín, dorando los tallos altos de lavanda y el banco de hierro donde Ezra a veces se sentaba a escribir. El olor a menta del patio trasero se mezclaba con el aroma del café recién hecho, llenando el espacio de una calma que, en otro contexto, habría bastado para hacerme sentir en paz.

Con una mano removía el café en la prensa francesa, mientras con la otra abría el correo acumulado en una bandeja de madera. No

esperaba nada importante, solo algunas facturas, postales, un catálogo de semillas que Eira coleccionaba aunque nunca las plantara...

Lo que llamó mi atención fue un sobre blanco, con el membrete de la compañía aseguradora y de la empresa encargada de mis obras. Sentí una punzada en el estómago, esa especie de presagio que se te instala en la nuca cuando sabes que no viene nada bueno. Lo abrí despacio, respirando con calma e intentando retrasar el momento. Una notificación así nunca traía buenas noticias.

La carta era breve. Un párrafo técnico, frío y sin lugar para el consuelo: "Debido a la suspensión por vacaciones administrativas, los trabajos del obrador no podrán reanudarse hasta septiembre".

Ni una palabra más. Sin disculpas, sin matices. Parecía que mi proyecto, mi inversión, mi hogar, podían guardarse en un cajón hasta que alguien decidiera volver de la playa.

Me apoyé en la encimera de mármol, sintiendo cómo el calor del café entre mis manos no alcanzaba a derretir la sensación helada que me había subido por la espalda. Estaba al límite. De mis ahorros, de mi energía, de mi paciencia. Cada día que pasaba lejos de Londres era, en teoría, un día más cerca de perderlo todo. Y sin embargo…

Sin embargo, no me sentía como debería sentirme.

No hubo llanto. No hubo ira. Solo un silencio muy hondo, casi sereno. Me sorprendí escuchando el leve murmullo de los primeros huéspedes bajando a desayunar, el trino breve de un petirrojo en el alféizar, el crujido de las tablas de la cocina bajo mis pies descalzos. Todo me llegaba con una claridad casi incómoda. Sentía que la vida me pedía elegir. Pero por primera vez no sabía si quería volver a lo de antes.

La idea me atravesó sin resistencia. Me detuve en ella, dejé que se desplegara dentro de mí como esas servilletas que Margot dejaba atrás: breves, misteriosas, pero inequívocas.

Sí, la noticia me pesaba. Sí, me tambaleaba. Pero un nuevo sentimiento dentro de mí, una raíz nueva quizá, me anclaba con una

firmeza distinta. Penwyth House no era solo una pausa. No era solo un escondite temporal mientras arreglaba mi vida anterior. Era otra cosa. Más vivo, más complejo. Y yo, sin darme cuenta, había empezado a pertenecerle.

Me serví el café, lo llevé hasta el invernadero, y me senté sola entre plantas y silencio. Observé cómo el vapor ascendía desde la taza y supe que el día no sería fácil, pero tampoco imposible.

"A veces", pensé, "perder el camino es lo único que te deja ver dónde empieza de verdad el tuyo".

El café ya estaba frío en mi mano cuando los oí llegar. La puerta que da al invernadero se abrió sin ceremonias —como casi todo en Penwyth House— y un olor cálido y envolvente me sacó del ensimismamiento en el que había caído. No giré la cabeza enseguida, pero supe que era pan. Pan recién hecho. De ese que tiene aún harina en la corteza y cruje cuando se parte con los dedos.

—Buenos días, dormilona melancólica —canturreó Eira, y al fin me volví.

Venía con Robin detrás, ambos cargando una cesta que parecía salida de una postal campestre: panes envueltos en semillas, tarros de mermelada de frambuesas, un racimo de uvas blancas, un ramo silvestre atado con una cinta azul deshilachada. Él llevaba una camisa de lino remangada hasta los codos, y traía el cabello un poco alborotado. Cuando me vio, me sostuvo la mirada un segundo de más. No dijo nada. Pero lo vi. Lo notó. Mi ánimo. Mi distancia.

Yo intenté sonreír, aunque sabía que no me salía bien.

—El desayuno viene en versión deluxe hoy —anunció Robin señalando la cesta de mi tía-abuela.

—Versión terapéutica, más bien —corrigió ella.

Dejó la cesta sobre la mesa de madera del invernadero, justo entre los helechos y el viejo ventilador que ronroneaba en la esquina. Robin empezó a sacar las cosas con cuidado. Colocó los platos de forma metódica. Yo me limité a observar, sintiendo que todo me llegaba desde muy lejos: sus voces, el olor a mermelada, incluso la luz tamizada por las hojas altas. Todavía con la impresión

que una parte de mí no había bajado aún del todo del tren que era la carta del ayuntamiento.

Eira me estudió por un segundo y luego, como quien lanza una cuerda a alguien que se está hundiendo, dijo con total naturalidad:

—Hoy son las fiestas de verano del pueblo. Música, farolillos, barcos de papel en el lago… cosas sencillas, pero necesarias. Vamos a ir.

Me encogí de hombros, sin entusiasmo.

—No sé si tengo cuerpo para eso, la verdad.

Eira no se dejó convencer. Apoyó una mano cálida sobre mi antebrazo.

—Nada como dejarse mojar los tobillos por un lago para recordar que hay vida fuera de la incertidumbre —afirmó, mirándome con esa mezcla suya de sabiduría rústica y ternura feroz.

Robin se volvió hacia mí entonces. No dijo nada, solo asintió con la cabeza apoyando las palabras de Eira sin añadir nada más. Fue ese gesto, silencioso pero claro, lo que me hizo ceder.

—Vale. Pero si me veo obligada a bailar, me tiro al agua —bromeé.

—Eso sería lo más animado que le ha pasado a ese lago en décadas —se rio él, y por fin noté un latido distinto en mi pecho: un destello leve de ligereza.

En cuestión de minutos, la casa se volvió un zumbido de voces, risas, pasos acelerados por los pasillos. Eira trenzaba su cabello con ramitas de romero, cantando en galés. Ezra apareció con su camisa más estrafalaria y un cuaderno bajo el brazo, diciendo que no se fiaba de las musas, pero que igual las invocaría entre canciones populares y vino barato. Robin, mientras tanto, preparaba una mochila con toallas, protector solar y los cuadernos de Margot, "por si acaso" —aunque nadie se atrevía a nombrar la obsesión en voz alta.

Yo me puse un vestido azul claro que casi no recordaba tener. Me lo había traído "por si tenía la oportunidad de salir a cenar fuera", cosa que nunca ocurrió por culpa de tanto misterio. Me quedaba

suelto, fresco, como hecho para ese día. Me recogí el pelo en un moño desordenado y metí en mi bolso una libreta pequeña, solo por costumbre.

La cesta volvió a llenarse, esta vez con limonada, fruta cortada, un bizcocho de almendras que Eira sacó del horno con un orgullo ceremonial y unas servilletas de tela que Robin dijo que daban "vibras de picnic cinematográfico". Nos reímos. Mucho. Más de lo que yo creía posible esa mañana.

Y así, entre sombreros de paja, crema solar, sandalias mal abrochadas y una ansiedad que decidí ignorar por unas horas, salimos hacia el lago.

El pueblo entero parecía haber despertado con ganas de celebrar la vida. Las calles estaban salpicadas de colores: guirnaldas de tela ondeaban entre farolas y los banderines cruzaban las esquinas abrazando el aire. Todo tenía un tono festivo pero no abrumador, como una de esas películas de verano donde está bañado por la luz dorada del final de la tarde.

Apenas llegamos, nos envolvió una mezcla embriagadora de aromas. Aceite caliente. Menta. Sidra. Rosquillas de canela. Pan de centeno aún humeante. El murmullo constante de conversaciones, risas, niños corriendo con coronas de cartón en la cabeza y un acordeón desafinado que se empeñaba en contagiar alegría.

—¿Te parece real esto? —me preguntó Robin mientras nos abríamos paso entre los puestos.

—No mucho —admití—, pero creo que no me importa.

—¿En serio?

—Hemos venido a pasarlo bien, ¿no? —Él asiente—. Pues vamos a unirnos.

Eira iba unos pasos por delante, saludando a media aldea, recogiendo muestras de pan, saquitos de hierbas, tarros pequeños con confituras artesanas que inspeccionaba con mirada crítica. A mí

me bastaba con estar entre ellos, viendo cómo encajábamos, aunque fuera solo por esa tarde, como parte de un plan que no exigía respuestas.

Un hombre mayor nos ofreció sidra de fresa en vasos de arcilla marrón. Tenía las manos manchadas de zumo, una sonrisa sin dientes y una risa que le vibraba en todo el pecho.

—¿Primera vez en las fiestas? —nos preguntó.

—Sí —respondí, brindando con Robin.

El sabor era dulce, burbujeante, con un toque ácido que me hizo cerrar los ojos medio segundo antes de volver a nuestra misión. El sendero que salía del pueblo y bordeaba el bosque nos llevó hasta el lago. Desde lejos ya se oía el chapoteo, las voces lanzadas al agua como piedras redondas. Había cuerpos zambulléndose desde una roca baja, niños corriendo por la orilla, una pareja mayor remando con calma en una barca pequeña, mientras alguien tocaba una guitarra desde la sombra.

La superficie del lago brillaba como papel de aluminio bajo el sol.

—¿Vamos? —pregunté con un impulso que no reconocía.

Robin levantó una ceja como si no supiera si hablaba en serio. Yo ya me estaba quitando las sandalias, dejando el vestido sobre una roca. Llevaba debajo un bañador sencillo, azul oscuro. Cuando mis pies tocaron el agua, una oleada de frescor me recorrió la columna. No era una temperatura acogedora. Era un bofetón limpio. Y lo necesitaba.

Me zambullí.

Salí a los pocos segundos, riéndome, tosiendo agua, el cabello pegado al rostro. Robin dudaba aún, con los vaqueros remangados hasta las rodillas.

—¡Vamos, Robin! Si esperas a que esté templada, te quedas en la orilla hasta septiembre.

Él resopló y comenzó a meterse con una torpeza casi teatral, saltando cada vez que una ola le tocaba el estómago. Yo no podía parar de reír.

—Esto va en tu contra, ¿eh? —me gritó—. Esto es información sensible que puedo usar cuando quiera.

—Lo acepto —dije, echándole agua con una mano—, pero solo si entras ya.

Y lo hizo. Con una zambullida poco elegante pero valiente, salpicando a media orilla. Salió jadeando, sacudiendo el pelo. Cuando nuestras miradas se cruzaron, hubo un destello limpio, alegre y vulnerable flotando entre los dos.

No lo nombramos. Solo flotamos al sol. A ratos nadábamos, a ratos solo dejábamos que el cuerpo siguiera las pequeñas corrientes. El cielo era de un azul inmenso. Las hojas de los árboles se movían con un sonido que parecía parte de la música lejana.

Nos tumbamos después en la hierba, sobre toallas prestadas, compartiendo un panecillo que Eira había guardado para el camino. La mermelada se deshacía un poco con el calor. Robin me ofreció un trozo sin decir nada. Lo acepté sin pensarlo.

Eira, tras un rato, se estiró con un bostezo feliz.

—Creo que mi cuerpo me pide sombra y silencio.

Se deslizó hacia la copa generosa de un álamo cercano. Parecía que ya conocía ese lugar. Se tumbó con el sombrero cubriéndole la cara y los dedos acariciando la hierba y se dejó mecer por el buen tiempo.

Nos quedamos en silencio, Robin y yo. Los dos mirando el lago.

Y por un rato, el mundo fue solo eso: luz, agua, aire y un rumor suave que parecía venir desde dentro.

El sol comenzaba a caer y teñía el lago de tonos dorados y cobre. Las sombras se alargaban estirándose después de tanto calor. Robin y yo seguíamos junto a la orilla, medio tumbados sobre las toallas, con las piernas aún húmedas, brillando bajo los últimos rayos.

Eira dormía a lo lejos, bajo el álamo, con su sombrero ladeado y una expresión tan serena que por un instante sentí que pertenecía a otro tiempo.

Robin mordisqueaba la última de las rosquillas especiadas que habíamos comprado en el pueblo. Mientras, yo solo jugaba con la mía, girándola entre los dedos. Me sentía ligera, esa jornada me había sacudido el peso de semanas. Pero había más que quería saber. Que me picaba desde hacía días. Y ahora, con el sol bajo, el lago callado y Robin tan cerca, era el momento.

—¿Puedo preguntarte algo? —empecé con un tono que pretendía ser casual, pero que no engañó a nadie.

Robin me miró de reojo, masticando despacio.

—Si ya estás preguntando, no sé si tengo opción.

Sonreí con los ojos entrecerrados por el sol.

—Tienes. Puedes mentirme, evadir o hacer un truco de escapismo. Pero me daría cuenta.

Él sonrió apenas, sin sacar los ojos del lago.

—Está bien. Dispara.

—El otro día, cuando hablamos de la página rasgada del registro, mencionaste el 31 de julio y me diste a entender que significaba alguna cosa para ti. Y luego... nada. Te escabulliste. Te conozco lo suficiente para saber que no fue casualidad.

Robin se pasó una mano por el cabello, mojado aún en las puntas. El silencio que siguió fue espeso, pero no incómodo. Parecía que estaba eligiendo las palabras con más cuidado del habitual.

—No fue casualidad —dijo al fin, bajando la voz—. Es una fecha que he escuchado desde pequeño, pero siempre se ha mantenido de puertas para dentro.

Me incorporé un poco, apoyando los codos en la toalla. Lo observaba. Su gesto era suave, pero había contención en él. No miedo, exactamente. Más bien, respeto.

—¿Y qué tiene que ver contigo?

Robin cogió una piedra lisa del suelo, la giró en la palma un par de veces y la lanzó al lago. Rebotó tres veces antes de hundirse.

—Mi abuela, Rose —empezó— siempre fue una persona extraña. Elegante, reservada. Tenía un amor por las palabras, por la música, que nadie más de la familia poseía. Pero había una sombra de

melancolía en ella que la perseguía en todo momento. Pero que nadie sabía cómo nombrar.

Guardó silencio unos segundos.

—Un día, hurgando en una de sus cajas viejas —continuó—, encontré una carta. Solo firmada con una inicial. E. Era una carta de amor. No una cosa tímida o ambigua. Era de esas que queman. Que no necesitan decir "te amo" porque lo sangran en cada línea. Se refería a un verano. A Penwyth House. Al lago. Y a un adiós.

Tragué saliva. Las pizas empezaban a encajar dentro de mí, como piezas que nunca supe que estaban rotas.

—¿Y la mujer de la carta era…?

Robin asintió, sin mirarme. Su voz salió casi como un suspiro.

—Tu tía-abuela. Eira.

Me quedé muy quieta. Ni siquiera sentí el fresco del atardecer en la piel. Solo el temblor suave de un descubrimiento que no era del todo inesperado, pero sí profundo. Eira. La de las servilletas bordadas, la que hablaba de "invitadas" con una ternura que siempre me pareció distinta. Ahora entendía por qué.

No dije nada de inmediato. Solo miré el agua, donde la piedra de Robin se había hundido sin rastro. Y en ese silencio pensé: “No eran pistas. Eran hilos. Y ahora los estamos cosiendo”.

Respiré hondo. Le sonreí, despacio.

—Gracias por contármelo.

Robin ladeó la cabeza, extrañado.

—¿No estás… no sé… enfadada?

—¿Por qué lo estaría? —pregunté—. Me estás dando un pedazo de historia. De la tuya y de la mía. Eira es especial. Ahora sé un poco más por qué.

—Pero…

—Nada de peros. Cuando se levante, le voy a hacer la puñeta.

Él sonrió. Y supe que había más que quería decir, pero se lo guardó. No hacía falta decirlo todo de golpe.

Yo ya estaba tramando un plan. Una especie de encerrona amable, pensada con sigilo. Quería que Eira hablara. Que contara la

historia completa. Que le pusiera voz al eco que llevaba demasiado tiempo silenciado. Pero no se lo dije a Robin. A veces, las piezas necesitaban moverse en silencio, como alfiles bajo una mano invisible.

El cielo comenzaba a oscurecerse. Un murmullo de grillos llenaba el aire.

Y por primera vez, no sentí prisa por saberlo todo. Solo quería estar ahí. En esa orilla. Con él.

Y con lo que empezaba a revelarse, poco a poco.

Al caer la noche

El pueblo aún conservaba ese aire suspendido que tienen los lugares pequeños al final del verano. Las farolas empezaban a encenderse una a una, dejando un resplandor suave sobre las guirnaldas de colores que cruzaban de un lado a otro de la plaza. Al volver del lago, Eira se despidió con una sonrisa y una mano en el hombro. Dijo que prefería regresar pronto al hostal, antes de que el gentío la agobiara.

—Disfrutad vosotros por mí —nos dijo, y no nos dio más opción que asentir.

Robin y yo nos quedamos un rato parados, viendo como se alejaba entre los puestos, con su sombrero blanco ladeado. Y entonces fue natural. Sin pensarlo, sin pedir permiso, él me cogió de la mano. Y yo no hice ningún movimiento por soltarme.

Paseamos así, entre las mesas llenas de sidra y dulces, entre niños con la cara pintada y ancianas con delantales de feria. Cada tanto, él señalaba un nuevo objeto con la cabeza, medio inclinado hacia mí, descubriéndonos ese pequeño pedazo de mundo que se nos presentaba. Me gustaba esa manera suya de mirar lo cotidiano.

Pasamos por un puesto de tiro con arco improvisado. La lona crujía con el viento y las flechas estaban más torcidas que fiables.

Aun así, Robin me miró con una ceja levantada.

—¿Confías en tus habilidades ocultas? —preguntó sonriendo.

—Confío en mi absoluta falta de puntería —dije, encogiéndome de hombros—. Pero me gusta perder con elegancia.

Me pasó el arco con cuidado. El primero de mis disparos ni siquiera rozó el blanco. El segundo fue aún más humillante. El tercero salió disparado hacia la lona de al lado, donde un pobre vendedor casi derramó su zumo de grosella. Robin no paraba de reír y yo también, aunque fingiera que estaba ofendida.

—Esto es claramente un sabotaje. El viento. La curvatura de la Tierra. O el destino —declaré.

—Déjame intentarlo.

Robin se colocó con una concentración absurda. Se creía que estaba en una competición olímpica o por el estilo. Acertó dos dianas de cinco. Y para celebrarlo, me abrazó. Ciñó sus brazos alrededor de mi cintura y unió nuestros labios. Ese sabor a menta y a misterios del pasado me supo a gloria, aunque fuese un beso corto. Nos separamos al escuchar los aplausos de las personas que aguardaban su turno. Fue entonces cuando Robin, entregando el arco, confesó:

—No es nada. Solo una infancia en festivales de condado.

Seguimos caminando, aún con la risa floja, compartiendo un trozo de tarta de ruibarbo que habíamos comprado en una mesa cercana. Su mano seguía en la mía, ya no tenía sentido soltarla. Y lo cierto era que no quería hacerlo.

Cerca del final del camino, entre árboles adornados con luces cálidas, descubrimos la noria. Era pequeña, de madera pintada, con asientos de metal que rechinaban cuando alguien subía o bajaba. No era una gran atracción, pero había un matiz en su sencillez, en su lentitud, que me llamó.

—¿Subimos? —pregunté, sin saber si quería una excusa para estar más cerca de él o simplemente una vista del mundo desde otra altura.

Robin asintió. Y subimos. Se movía con lentitud ceremoniosa y ese vaivén que te acuna. Desde arriba, el pueblo se veía como una

caja de música: tejados oscuros, luces temblorosas, risas que subían en ráfagas.

El aire era más fresco ahí arriba. Robin y yo estábamos callados, muy juntos en el asiento, con las rodillas rozándose sin querer evitarlo.

Lo miré. Él también me miraba. Y esta vez no hubo duda ni torpeza ni palabras innecesarias. Nos besamos como Dios manda. Lento, cálido, sin necesidad de ser más de lo que era. Después de ese primer instante, en lugar de alejarnos o decir cualquier tontería, apoyamos nuestras frentes, quedándonos así, suspendidos y repartiéndonos más besos.

El mundo, abajo, giraba despacio. Pero arriba, donde estábamos nosotros, no había prisa. Y lo supe con una claridad que me atravesó el pecho: ya no estaba de paso por Penwyth House.

Ya era de noche cuando emprendimos el camino de vuelta, con los pies polvorientos y las cestas medio vacías. El polvo del camino se levantaba con suavidad con cada paso, dorado por las farolas distantes, incluso la tierra sabía que estábamos regresando de una jornada muy especial. Sentía el calor del día aún en la piel, ese calor amable que no abrasa, que se queda pegado a los brazos cual recuerdo blando.

Robin caminaba a mi lado con las manos ocupadas en equilibrar la cesta que compartíamos. En la mía solo quedaban restos de pan de centeno, una botella vacía de sidra y un saquito de lavanda que había comprado casi sin pensarlo. Su aroma se escapaba en pequeñas ráfagas con cada movimiento. Era un olor que me hacía sentir presente y lejana al mismo tiempo.

Llevaba una flor detrás de la oreja. Una flor sencilla, blanca, con los bordes apenas rosados. Robin me la había puesto horas antes, cuando nos alejamos de los puestos para buscar sombra bajo un

árbol. No dijo nada. Solo la colocó con dedos torpes pero delicados. Desde entonces, no me la había quitado.

Volvíamos riendo. No recuerdo bien qué nos hizo reír, solo que era absurdo. Sobre un niño que confundió una trucha inflable con su primo pequeño, o quizás el vendedor que creía que sus empanadas curaban el insomnio. No importaba. Lo cierto era que la risa salía sin filtros, redonda y liviana, como si durante semanas hubiera estado encerrada en un cajón y ahora por fin encontrara la llave.

—¿Te diste cuenta de que el tipo del puesto de puerros llevaba calcetines con sandías? —comenté aún entre carcajadas.

—¿Y que no vendía puerros? —añadió Robin, soltando una risa breve—. Era un puesto de imanes de nevera con esa forma. Siento que hemos sido víctimas de una estafa poética.

Me apoyé un segundo en su hombro, solo por el gusto de hacerlo. Sentí su calor a través de la tela, firme y cercano. Él no se movió, solo dejó que estuviera ahí. No necesitábamos más que eso.

Caminamos el último tramo sin hablar, pero no era un silencio incómodo. Era uno de esos silencios que solo existen cuando todo está bien, cuando no hace falta rellenar el aire con frases porque el momento se sostiene por sí mismo.

Me di cuenta entonces de que por primera vez en semanas, todo se sentía ligero. No fácil, no resuelto… pero sí ligero.

Me toqué la flor detrás de la oreja como para confirmar que seguía ahí. Y seguía. Como Robin. Como las risas. Como ese instante que no quería que terminara.

Alzamos la vista cuando la verja de Penwyth House apareció, desdibujada por la niebla suave que empezaba a caer del campo. Las luces del porche estaban encendidas y el perfil del invernadero brillaba con reflejos dorados. Entonces noté una sensación extraña. Al principio fue un aroma débil, como de papel viejo pero deformado, más seco, más agrio. Fruncí el ceño sin saber por qué. Me detuve por un instante, ladeando la cabeza. Mi cuerpo sabía lo que sucedía antes que yo lo lograra ver.

Robin también frenó en seco, alzando la nariz, alerta.

—¿Lo hueles? —pregunté, aunque sabía que sí.

—Sí —respondió con un hilo de voz—. Humo.

Sentí que el estómago se me recogía como una hoja al frío. Eché a correr, con las alpargatas resbalándome en la gravilla del sendero, las cestas golpeándome contra los muslos. Robin corría a mi lado, sin necesidad de preguntarme nada. Penwyth House, la casa que tantas veces me pareció un susurro amable, ahora era una silueta oscura contra el cielo profundo y tenía una herida: una columna de humo, negra y rizada, escapaba por la ventana de la biblioteca.

Me detuve en seco justo al llegar al umbral. El corazón me golpeaba con fuerza en el pecho, parecía querer salir a correr por su cuenta. El humo salía a bocanadas irregulares. Vi un par de brasas asomar en la madera del marco. No había llamas grandes, aún, pero la escena tenía ese aire de pesadilla lenta.

—¡Clara! —gritó Robin a mi lado, tirando de mi brazo—. ¡Tenemos que entrar o avisar a Eira o… !

Mi cuerpo dejó de reaccionar, no podía moverme, apenas era capaz de pestañear. La cabeza me zumbaba. Sentía que me costaba meter el aire en mis pulmones. Era humo, sí… pero también algo más profundo. Un recuerdo. Un miedo atroz que no reconocí del todo hasta que mi cuerpo lo nombró sin permiso.

El fuego.

Otra vez el fuego.

Me vi de niña, escondida tras el delantal de mi madre, viendo cómo las llamas devoraban nuestra vieja casa. Esa sensación de que intimidad, que una había construido con las manos y el alma, podía convertirse en humo en cuestión de minutos. Recordé los gritos, el olor, el calor sucio que emborrona las decisiones.

Robin me zarandeó suavemente.

—Clara, por favor —su voz estaba al borde del temblor.

La imagen de un par de mesas atrás con mi panadería reducida a escombros de carbón. El fuego me perseguía. Pero entonces me di cuenta de una cosa. Las dos primeras veces que las llamas incendiaron mi vida, en ninguna de ellas pude hacer nada. Salvo en

aquel momento. Podía ayudar. Parpadeé. Di un paso. Otro. Las piernas parecían hechas de madera, pero respondieron.

—Ve por Eira —logré decir, aunque mi voz sonó lejana a mi forma de ser, hablaba el miedo—. Yo entro.

Robin dudó un segundo, pero obedeció. Lo vi correr hacia la parte trasera del hostal, gritando el nombre de Eira como un farol en la noche.

Me acerqué a la puerta. La madera estaba caliente al tacto, pero no tanto como para quemar. Empujé. La biblioteca estaba envuelta en una penumbra turbia donde el humo flotaba como telarañas. Alcancé a ver que una de las mesas del rincón estaba negra, calcinada en un solo costado. Había un cuaderno chamuscado encima. Páginas sueltas por el suelo. Y olor a papel muerto.

Un rincón del pasado, ardiendo.

No supe cuánto tiempo estuve allí, quieta. Solo que cuando sentí la mano de Robin en mi espalda, ya tenía las mejillas mojadas sin saber si era por sudor, lágrimas o simplemente humo.

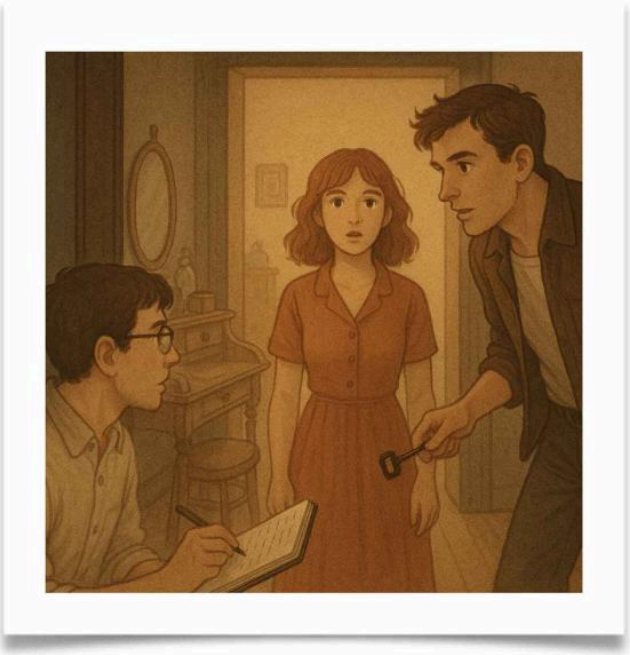
Más tarde, cuando todo estuvo contenido —cuando el fuego fue apenas una sombra húmeda en los bordes de una mesa—, me senté en el suelo de madera con las piernas cruzadas y las manos sucias. Miré la marca quemada en el suelo, las páginas que ya no serían leídas, y supe que una parte del alma de esta casa se había roto.

O quizás se había liberado.

Y pensé, con la mente aún en la orilla del shock:

“Había aprendido a vivir de nuevo y, entonces, el fuego. Otra vez el fuego”.

El cuarto que no se alquila￼



A la mañana siguiente

Desperté con la espalda entumecida y los párpados pegajosos, como si aún estuviera dentro del humo. La colchoneta bajo mi saco crujía al menor movimiento y, por un instante, no supe dónde estaba. Luego el aire me lo recordó: ese olor húmedo y agrio del rocío mezclado con ceniza, con madera a medio arder y ropa que no se llegó a quemar. Un aroma que no olía a desastre, pero sí a un momento interrumpido. A una casa herida.

Me quedé quieta, escuchando. La finca, allá detrás, guardaba silencio. Ni una gaviota, ni un motor lejano. Solo el leve crujido de los árboles moviéndose al compás de una brisa tímida. A mi lado, Robin dormía de costado, encogido. Su mano descansaba cerca de

la mía, sin tocarla del todo, pero lo suficiente como para que yo sintiera su calor. El fuego no me había arrebatado a nadie aunque siempre se llevaba una parte de mi alma. Pero por primera vez, no estaba sola para averiguarlo.

Poco a poco me incorporé, sintiendo el cuerpo entumecido por la noche al aire libre. Tenía una manta sobre los hombros —alguien la habría colocado mientras dormía— y mi pelo olía a humo seco. A unos metros, entre los árboles que bordeaban el jardín trasero, Ezra manipulaba un pequeño hornillo de camping. La cafetera italiana chisporroteaba sobre la llama y él la vigilaba con ojos medio cerrados. Preparar café para él era un acto sagrado.

Tenía el pelo revuelto y las ojeras profundas marcaban su rostro como tinta fresca sobre papel. Vestía el mismo jersey del día anterior, ahora con cenizas adheridas en las mangas. A su lado, Eira estaba sentada en una silla de mimbre que habían rescatado del porche. Mantenía las manos cruzadas sobre el regazo, la mirada perdida en un punto que no existía. Entre ellos no hablaban. Pero se compartía en el silencio un tipo de entendimiento que no necesitaba palabras.

Bostecé con disimulo y me acerqué, arrastrando los pies en el césped húmedo. Me dolía la espalda por haberme pasado la noche cargando libros que todavía se podían salvar. Las horas previas —a veces me parecían tan lejanas como un mal sueño— habían sido un torbellino de llamas, cubos de agua, gritos breves, toses ahogadas y el golpeteo urgente de pies corriendo por pasillos en penumbra.

Habíamos trabajado como un solo cuerpo. Ezra sacando muebles, Robin buscando extintores, yo cubriendo las rendijas con toallas mojadas y Eira, con Greco a salvo en sus brazos, guiándonos con la precisión de quien conocía cada aliento de la casa. Y Penwyth… Penwyth había resistido. Respiraba todavía, aunque herida. Dejándonos luchar por ella una vez más.

—¿Quieres café? —preguntó Ezra sin mirarme del todo, tendiéndome un vaso de metal.

Su voz era más grave, más lenta.

—Sí, gracias.

Me senté en una manta cercana. Aún no hablábamos de lo que se había perdido. Casi toda la biblioteca, según lo que vimos. Muebles antiguos ennegrecidos, cortinas comidas por las llamas, libros irreemplazables reducidos a ceniza. Y, sin embargo, un pálpito dentro de mí —una sensación que aún no sabía nombrar— susurraba que eso no era lo más importante.

Robin se desperezó entonces, entre ruidos suaves, y al abrir los ojos me buscó primero a mí. Sonrió apenas. La expresión somnolienta, vulnerable. Me devolvió el gesto. Bebí un sorbo del café. Estaba fuerte, amargo y delicioso. No lo sabíamos todavía, pero esa mañana era solo el principio. La casa, como siempre, aún tenía secretos que entregarnos.

Eira fue la primera en hablar, con voz baja y más ronca de lo habitual.

—He llamado a la posada de Maribel. Los huéspedes pasaron la noche allí, están bien. Inquietos, claro, pero agradecidos de que lo gestionáramos tan rápido.

—¿Alguien sospecha lo que pasó de verdad? —preguntó Robin, aún con el pelo revuelto, abrazándose las rodillas.

—No —respondió ella removiendo la infusión en su taza—. En principio fue una vela mal colocada. Ya sabéis cómo son estas casas antiguas: cualquier cosa puede prender si no se tiene cuidado. Nadie ha preguntado demasiado.

—Aunque no fue cualquier vela —niega Ezra en voz más baja—. No estaba mal colocada. Yo la encendí. Pero estoy seguro de que la apagué antes de subir.

Hubo un breve silencio. No de acusación, sino de reconocimiento. Nada cuadraba, y todos lo sabíamos. Ninguno de nosotros quería señalar culpables, porque algo en lo ocurrido parecía más grande que un simple descuido.

—¿Y cómo se explica que solo ardieran ciertas zonas? —añadí yo —. La mesa quedó intacta. Incluso los libros de Robin, los dejaste ahí, ¿verdad?

—Sí. Estaban al lado de la cortina, pero no se quemaron. Ni una página. Como si alguien… eligiera.

—Eso no tiene sentido —sentenció Eira con calma pero sin convicción—. El fuego no escoge.

—¿Estás segura? —preguntó el escritor.

Me sorprendió su tono. Ni cínico ni burlón. Una pregunta sincera.

Eira no respondió de inmediato. Miró hacia el este, hacia la silueta de Penwyth que asomaba detrás de los árboles. Aunque el incendio no alcanzó la estructura principal, la casa parecía distinta. Más callada.

—Esta casa —dijo, al fin— ha vivido cosas que ni yo comprendo. Y eso que nací en ella. Siempre pensé que las historias eran... eso. Historias. Pero lo de anoche...

Se detuvo. Sus dedos jugaban con el borde del pañuelo que tenía sobre el regazo.

—Tú también lo sentiste, ¿no? —pregunté.

—¿El qué?

—Que no estábamos solos. Que... nos miraba.

Ezra asintió con un breve movimiento de cabeza. Robin, sin hablar, se inclinó hacia mí y apoyó la barbilla en mi hombro. Su gesto fue suave, casi imperceptible, pero me ancló. Sentí que mi voz temblaba un poco cuando añadí:

—La casa eligió qué quemar y qué no. Eso no tiene lógica. Pero tiene... intención.

Eira cerró los ojos. Exhaló lentamente.

—Hay una habitación que lleva cerrada desde hace demasiado tiempo —las palabras que salieron por su boca no parecían salir de ella, más bien de la propia casa—. Y no porque estuviera rota. Sino porque se suponía que no debía abrirse. Por seguridad. Por respeto. Por miedo. A veces no está claro el motivo exacto. Pero esta noche soñé con ella.

Cuando esas tres últimas palabras salieron de su boca, dudé si estaría pensando en la habitación o en Rose. Pero Robin se me adelantó:

—¿Cuál?

—La del ala este. La que da al jardín de los ciruelos. Nunca se ha alquilado. Nunca la he abierto. Pero ahora creo que deberíamos hacerlo.

Ezra giró el cuello, lentamente, hacia ella.

—¿Por qué ahora?

—Porque anoche, mientras apagábamos el fuego recordé una frase que me dijo… —se interrumpió, pensando, antes de hacer un aspaviento con las manos, sacudir la cabeza y cambiar la frase—. Una profecía sobre una descendiente. Y sobre el fuego que la seguiría allá donde fuera. Era parte de una historia familiar, antigua. Casi un hechizo de esos que leéis vosotros. Nunca la tomé en serio. Pero Clara...

Se giró primero hacia mí y luego hacia Robin con esa mirada que parecía ver más allá de la piel.

—...tú encajas. No sé cómo. Pero encajáis.

No dije nada. Porque una parte de mí —profunda, silenciosa— sabía que debía averiguarlo por mí misma. Y sabía por dónde debía empezar. Me puse en pie.

—¿Me acompañas? —le pregunté a Robin. Le tendí una mano que me tomó sin dudar.

—Por supuesto.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó Ezra agarrando su libreta y el bolígrafo.

—Claro, si no ¿cómo ibas a continuar con tu novela?

Le guiñé el ojo antes de ponerme en marcha.

Juntos entramos en el vestíbulo. Después de haber dejado todas las ventanas abiertas durante la noche, todavía quedaba ese olor a quemado. Me metí tras el mostrador y rebusqué en los cajones donde había metido los apuntes y notas misteriosas que Margot me había dejado.

—Pero ¿qué haces? —me preguntó el escritor.

—Buscar todas las pistas posibles, y para ello necesitamos esto.

Sostuve los documentos entre las manos un momento más, sin moverme. Ya no sonreía. No porque me sintiera triste, sino porque había notado un clic en mi interior. Me quedé allí de pie, contemplando el papel amarillento, notando su textura bajo los dedos, intentando absorber un trozo de su memoria.

Y de pronto, como quien abre una ventana sin querer, recordé una conversación con Eira que había tenido hacía un par de semanas.

—Claro, ¿cómo no lo he visto antes?

Los dos hombres me miraron con el ceño fruncido.

—¿El qué?

—El espejo. El maldito espejo.

Me giré despacio, respirando hondo. Y esta vez no fue el impulso lo que me empujó, sino una certeza quieta. Salí del vestíbulo subiendo por las escaleras con pasos casi silenciosos. No necesitaba correr. La sensación era otra. Como si lo que buscaba, lo que siempre había estado ahí, me esperara con paciencia al otro lado del silencio.

El ala este de Penwyth House siempre había sido territorio privado, reservado a los miembros más íntimos de la familia. Ni siquiera cuando era niña me aventuraba demasiado allí, salvo para ir a mi cuarto. No por miedo, sino por una especie de respeto tácito. Ese lado de la casa parecía respirar un aire distinto. Era la parte más pequeña de la finca, la más sencilla, sin grandes ventanas ni adornos. Pero aun así, o quizás por eso mismo, conservaba una quietud que inquietaba.

Y sin embargo, mientras subía por las escaleras que crujían con una familiaridad discreta, supe que iba hacia el lugar correcto. Porque ese rincón olvidado, ese pasillo poco transitado, ese umbral que nadie cruzaba por fin quería ser abierto.

Después de las palabras que flotaron entre nosotros como ceniza en la noche, Ezra sugirió que siguiéramos las señales.

—Donde hay fuego, hay memoria —dijo.

No sé por qué, pero lo creí. No esperaba encontrar nada especial. No hasta que vi aquel espejo de nuevo.

Estaba apoyado contra la pared lateral, medio cubierto por una colcha de lino antiguo. Robin lo descubrió con un movimiento suave. El marco seguía intacto, tallado con racimos de uvas y hojas de parra, pero el vidrio… El vidrio tenía una grieta en forma de araña en el centro, donde el cristal parecía más opaco.

No el reflejo. Había más.

Me acerqué. El aire allí era denso, como si lo hubiesen cerrado en frascos y luego liberado de golpe. Tragué saliva. Mis manos comenzaron a temblar sin motivo aparente, era la anticipación.

Ezra frunció el ceño. Robin se inclinó hacia el borde del espejo y golpeó con los nudillos, muy suave.

—Está hueco —murmuró—. Detrás hay espacio.

—¿Un falso muro? —dijo Ezra.

—Unas escaleras.

Robin no respondió. En lugar de eso, fue hasta una cómoda antigua donde descansaban unos jarrones vacíos, llenos de polvo. Hundió los dedos en uno de ellos. Yo iba a decirle que tuviera cuidado —temí que hubiese cristales rotos o incluso un nido de avispas secas—, pero entonces lo vi sacar algo.

Una llave antigua. De hierro, con la cabeza en forma de estrella de ocho puntas.

—La casa quiere que entremos —dijo Robin, con mucho dramatismo pero sin duda.

Nos miramos. El espejo. La grieta. El hueco. La llave.

Yo asentí. No por valentía, sino por inercia. Era como si todo ya estuviera decidido. Robin palpó los bordes del marco y entonces lo encontró: un pequeño relieve en la moldura inferior. Encajó la llave. El clic fue seco. Y entonces el espejo se deslizó hacia un lado con un crujido casi imperceptible.

Detrás de él, un pequeño tramo de tres escalones después, descubrimos que la habitación estaba intacta. Entramos sin hablar.

El olor fue lo primero: lavanda seca, cera derretida y memorias de antaño. El aire tenía una temperatura distinta. No obedecía las reglas del resto de la casa.

—¡Ups! Aquí se ha parado el…—susurré.

—Tiempo. Igual que con Leo. —Robin apretó mi mano antes de dar un paso al frente.

La luz que entraba por las cortinas de encaje estaba matizada, de color ámbar. Había un tocador antiguo, una silla de mimbre, pañuelos doblados con esmero, frascos de perfume casi vacíos, cartas apiladas con cintas desteñidas.

Y, en un marco de plata, una fotografía descolorida: dos mujeres jóvenes riendo, con flores en el pelo y las mejillas sonrojadas. No era una risa para la cámara. Era una risa verdadera, íntima.

Me acerqué y mi pecho se apretó.

—Es Eira —susurré—, pero… tan joven. No sé si tenía veinte años. ¿Y la otra…?

Robin se quedó inmóvil. La tomó en sus manos. No decía nada, pero su mirada cambió. Lo vi recorrer, en silencio, años de historia que no había vivido.

—Es mi abuela —dijo. Como si le costara nombrarlo—. Es Rose.

Nos miramos. Las piezas empezaban a encajar, pero de una forma inesperada. Humana. No mágica ni absurda. Simple. Dolorosa. Real.

—Aquí vivieron momentos felices —dije.

—Y los enterraron —respondió Robin.

—Esto es lo que empezaste a contarme en el lago.

—Y ahora entiendo mucho más a mi abuela.

Sobre la cama, una caja de madera de cedro, cerrada pero sin llave. La abrí con cuidado.

Dentro había un pequeño diario, cosido a mano. Fotos, como retazos de una vida sin nombre. Una medalla del ejército con el nombre de un tal James O. Farley. Y un billete de tren con fecha: 31 de julio de 1957.

Ezra leyó en voz alta uno de los fragmentos del diario:

"No pudimos decirlo al mundo. Nos ahorramos el escándalo, sí, pero también la libertad. A veces me pregunto si alguna vez fui tan valiente como creí. Eira me dio palabras. Yo le di un anillo. Pero no fuimos capaces de sostenerlo más allá de este cuarto".

La voz de Ezra se quebró.

—Eira —murmuré—. A mi tía-abuela le gustaban las mujeres.

En el fondo de la caja, más fotos. De Eira vestida de novia. De Rose con un hombre serio de traje gris. Era el mismo hombre de la galería, el que Miriam me mostró semanas atrás y que me dijo que todo había sido una verdadera lástima.

—Entonces no huyeron —dijo Robin—. Se rindieron. Vivieron como les dijeron que debían vivir. Pero aquí…

—Aquí fueron ellas mismas —concluí.

Nos sentamos los tres sobre la colcha bordada, sin saber muy bien qué hacer con lo que acabábamos de desenterrar. Habíamos llegado buscando respuestas sobre el fuego, sobre los libros, sobre los secretos. Y habíamos encontrado una historia de amor encerrada tras un espejo, como si la casa se hubiese negado a olvidar lo que otros sí intentaron borrar.

—Pero no tiene sentido.

—¿El qué? —preguntó el escritor mientras rebuscaba entre los documentos.

—Todo esto —me sentía un poco defraudada tras comprobar que lo que ayer me había comentado Robin era cierto—. ¿Por qué nadie lo contó antes?

Estábamos sentados en el suelo, alrededor de la caja, aún digiriendo el eco de las fotografías, las fechas, los rostros congelados en sepia. El aire de la habitación seguía siendo denso, como si no terminara de decidir si estábamos dentro de un recuerdo o de una habitación real. Entonces Ezra, que había estado rebuscando en el lateral del tocador, se incorporó con una libreta entre las manos.

—Espera un momento

Un cuaderno de tapas desgastadas, de un azul casi gris, como el cielo antes de una tormenta.

—No estaba con el resto —dijo, mostrándolo—. Estaba metido detrás del espejo pequeño, envuelto en un pañuelo.

Lo tomó con cuidado, como si no quisiera romper el hilo que lo unía al pasado. Me lo pasó. Mis dedos recorrieron el nombre en la primera página:

Eira Penwyth. 1957.

El corazón me dio un vuelco suave. Lo abrí.

La tinta estaba desteñida, pero aún legible. La letra era firme, elegante, sin adornos. Empecé a leer en voz baja, dejando que las palabras se deslizaran como una corriente de agua antigua. Robin y Ezra guardaron silencio.

"Nos creímos invencibles. Nos bastaba con rozar las manos para entender el mundo entero. Pero este no estaba preparado. O tal vez fuimos nosotras las que no supimos desafiarlo”.

Pasé las páginas. Las descripciones eran sencillas: encuentros al atardecer junto al lago, confesiones a la sombra del viejo roble, cartas escondidas dentro de libros, entre las sábanas, en los bolsillos de los abrigos. Luego vino el miedo. La vigilancia. El descubrimiento. 31 de julio.

"Fue su padre quien entró sin avisar. Quien gritó. Quien ordenó que quemaran la habitación. No para castigar. Para borrar. Como si nunca hubiéramos existido".

Mi garganta se cerró. Apreté los dedos contra el papel, necesitaba anclarme.

—Dios —susurró Robin—. Entonces fue verdad. Lo del fuego.

Pasé otra página y allí estaba.

Subrayado con rabia, con urgencia.

"No quise destruir. Quise dejar una señal. Una advertencia, una marca, una herida que no cicatrizara. El fuego es la única forma que tiene una casa de gritar cuando la llenan de silencio".

Me detuve. El aire olía, de pronto, a cera y a humo antiguo. Como si la memoria tuviera olor.

Ezra habló con voz baja:

—Eira intentó prender fuego a la casa ¿para evitar que se olvidara?

Asentí. Robin estaba muy quieto, con la mirada perdida en una grieta del techo.

—No lo hizo por venganza. Lo hizo por amor —entendí por fin.

El fuego es lo que marcaba los grandes momentos de mi familia.

El diario continuaba. Contaba cómo Eira, antes de que su padre hiciera quemar la habitación donde se encontraban, escondió sus pertenencias, sus cartas, sus memorias, todo lo importante, en esta cambra secreta. Y luego, sola, encendió una llama. Pero el fuego se detuvo antes de expandirse. Como si la casa —o algo más profundo, más antiguo— se hubiera negado a convertirlo todo en ceniza.

—La casa la perdonó —dije, casi sin pensarlo.

—O la entendió —añadió Ezra.

Casi al final del cuaderno, encontramos más documentos. Fotografías con sellos postales de distintas décadas, cartas intercambiadas entre Eira y Rose, firmadas con nombres falsos o apodos, pero inequívocas en su ternura. Nunca volvieron a verse, al menos eso decía una de las últimas notas. Pero nunca dejaron de escribir. Compartieron la vida a distancia, con palabras, con tinta, con fotografías. Complicidad desde el exilio.

Entonces vi una frase. Estaba subrayada en rojo.

"Una de nosotras regresará cuando sea el momento. El fuego lo dirá y

nuestras familias, por fin, juntas quedarán”.

Sentí que todas las emociones se alineaban con una certeza que no sabía qué buscaba. Igual que una línea invisible se tendiera entre aquella frase y mi corazón.

Robin me miró en silencio.

Sus ojos no tenían juicio ni miedo, ni siquiera sorpresa. Solo una especie de reconocimiento profundo. Como si hubiese estado esperándome desde antes de conocernos.

—Eres tú, ¿verdad?

No supe qué contestar.

No porque no lo supiera. Sino porque sí lo sabía. Lo había sabido desde que crucé el umbral de Penwyth House por primera vez. Desde que toqué la barandilla carcomida de la escalera, desde que vi las glicinas trepando por la fachada como hilos de memoria.

Lo sabía cuando sentí el temblor inexplicable al entrar en esta habitación. Cuando me estremecí al ver el rostro de Rose y Eira en la galería de Miriam. Cuando el fuego de la biblioteca pareció seguirme, como un eco.

No respondí.

Habíamos regresado de la habitación secreta sin decir gran cosa. Cada uno se retiró con una excusa sencilla —un baño, un té, un poco de aire—. Necesitábamos espacio para procesar lo que habíamos descubierto.

Yo me encerré en mi habitación sin prender la lámpara. Había una sensación de tranquilidad en la penumbra. Me senté en el alféizar, con los pies descalzos sobre la madera fría y las piernas

envueltas en una manta fina. Fuera, la casa blanca se recortaba bajo la luna, aún manchada de hollín en algunas ventanas. El cuarto donde encontramos el diario seguía abierto. Como un párpado que ya no puede cerrarse.

La verdad es que no entendía por qué mi tía-abuela tenía tantos misterios. Si ella misma había descubierto quién era Robin, ¿por qué no me lo dijo? ¿Por qué toda está gincana para descubrir un amor que sabe de sobras que no hubiese juzgado? Tenía muchas dudas. Demasiadas. Todo era muy muy extraño. Es más, en esa habitación me di cuenta de que hasta los huéspedes que habían desfilado durante mi estancia allí tenían un vínculo con toda esta parafernalia. ¿Qué estaba pasando en realidad?

El sonido fue discreto, apenas un zumbido leve en mi móvil sobre la mesilla. Lo tomé y vi que había un solo mensaje.

Comunicado Oficial – Urbanismo, Ayuntamiento de Londres.
Resolución final:

"El edificio ubicado en el 35 de Lavender Row ha sido declarado estructuralmente inestable e inhabitable. Riesgo de colapso por fallo de cimientos. No se autorizarán reformas parciales. Proceder a demolición o venta del terreno. Proceso de apelación: no disponible".

Me quedé en blanco. La notificación tenía esa frialdad metódica de los textos oficiales. Palabras alineadas como ladrillos helados, sin compasión ni margen para la emoción.

Inhabitable.

Colapso.

Demolición.

Se me hizo un nudo en el estómago. No por el local en sí —esas paredes viejas donde aprendí a hornear mientras afuera pasaban autobuses y vidas ajenas—, sino por todo lo que representaba: los años de esfuerzo, el alquiler, las licencias, los sueños con aroma a mantequilla. Las madrugadas solitarias amasando mientras los demás dormían. Las cajas apiladas, el horno antiguo, las bandejas quemadas, las primeras ventas. Mi identidad entera empaquetada en un local que ya no existía, ni las paredes.

Tuve ganas de llorar, pero no lo hice.

Porque una premonición, muy dentro de mí, ya lo sabía. Sabía que no regresaría a ese lugar.

Miré hacia fuera. Penwyth House descansaba en paz. La luna caía sobre su tejado inclinado. El cuarto abierto, el fuego ya dormido. Todo era quietud.

Y ahí fue cuando lo supe con una certeza tan clara como si alguien me la hubiese susurrado al oído:

Tal vez no vine a reconstruir mi negocio. Tal vez vine a entender que debía construir mi vida por primera vez.

Sentí una paz extraña. No alivio, no resignación. Paz. Tenía la sensación de que el terreno bajo mis pies no dependía de permisos ni licencias, sino de otra cosa. Una raíz más profunda.

Entonces llamaron a la puerta con un golpecito suave. Me giré. Era Robin.

Tenía el cabello revuelto, las manos en los bolsillos y esa mirada que no sabía mentir. Entró sin decir palabra y cerró.

—¿Lo has leído ya? —pregunté.

—No, ¿el qué? —añadió—. ¿Todo bien?

No dije nada. Solo le tendí el móvil.

Cruzó la habitación con pasos lentos, casi medidos, y lo tomó de mis manos. Lo leyó. Su gesto no cambió de forma evidente, pero algo se ablandó en sus ojos. Luego, sin soltar el teléfono, se agachó frente a mí, colocó sus manos cálidas sobre mis rodillas y me miró desde abajo, como si tratara de recordarme que el mundo no se había roto del todo.

—Clara, lo siento. De verdad.

Yo asentí, pero el nudo en el pecho no cedía.

—No sé qué hacer —admití en un murmullo—. No sé si buscar otro local, si aceptar una propuesta en Brighton en un restaurante que quería que llevase su línea de postres... O si simplemente... marcharme.

—¿Marcharte?

—Cambiar de país, de idioma, de horizonte. Empezar desde otro lugar. Donde nadie me mire como "la pastelera que lo perdió todo en un incendio". Donde no tenga que explicar qué pasó.

Robin se sentó a mi lado, despacio. El colchón se hundió con su peso, familiar, acogedor. Su mano buscó la mía.

—Has pasado por demasiado en poco tiempo. —Hizo una pausa para darme tiempo a pensar—. La pastelería, el incendio aquí, la historia de tu tía-abuela... Todo esto es enorme. No tienes que decidir nada ya. No tienes que salvarlo todo hoy.

Me quedé mirando el suelo. Sus palabras me atravesaron como un hilo cálido que intentaba recomponer las piezas rotas de mi vida.

—Lo peor es que no estoy enfadada. Debería estar furiosa contigo porque tú sabías todo este embrollo desde el principio y te acercaste sin decirme nada —susurré, sin mirarlo—. Por lo que pasó. Por cómo empezó todo. Pero no lo estoy. No sé si eso me alivia o me confunde aún más.

—Yo sí lo estoy —dijo él, con un tono que no era autocompasivo, sino honesto—. Conmigo. Pero si hay una cosa que he aprendido estos días aquí es que la vida no se rehace desde la culpa. Se rehace desde la verdad. Desde lo que somos ahora.

Giré el rostro y lo miré. Había un matiz en su expresión, una mezcla de ternura y de peso asumido, que me tocó más de lo que me habría gustado admitir.

—Estoy cansada —murmuré—. De sostener todo. De fingir que tengo un plan.

—Entonces suéltalo.

Y el tiempo se fue deteniendo poco a poco, como si por un instante, nada fuera más urgente que estar ahí, en esa habitación que ya no era un refugio sino un espacio suspendido.

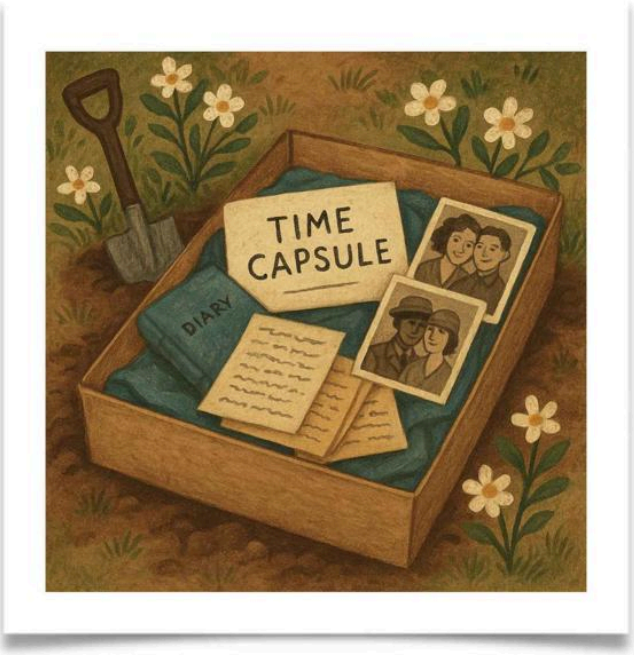
Me incliné hacia él y lo besé. Con calma, saboreando por primera vez en tanto tiempo lo que era que de verdad alguien te amara aunque estuvieras maldita por el fuego. Él respondió sin prisa, con una dulzura que hablaba de silencios y no de urgencias.

Sus manos se apoyaron en mi cintura, las mías en su cuello. Nos fuimos acercando más, sin palabras, como si el cuerpo supiera decir lo que la mente aún no podía organizar.

Nos deshicimos de la ropa con la misma lentitud con la que uno recoge los escombros después de una tormenta: sin dramatismos, sin apuro. Solo el deseo de compartir un momento verdadero, aunque breve. Solo eso.

El viento seguía murmurando afuera. Dentro, todo se volvió mucho más íntimo.

Los últimos huéspedes[OBJ]



Bajé descalza. Los peldaños de madera crujían con ese sonido antiguo y húmedo de siempre. Aún flotaba en el aire ese olor inconfundible: humo seco, papel quemado y un leve rastro de cera derretida. No era desagradable, por muy curioso que suene. Era como si la casa estuviera respirando hondo después de una larga fiebre. Las paredes callaban aliviadas por todo lo que les había pasado.

El sol ya comenzaba a colarse a través de los cristales del invernadero. Algunos seguían agrietados. Otros, rotos del todo. Y sin embargo, la luz entraba igual, más dispersa, filtrada por una verdad nueva.

Entré a la cocina y la vi de espaldas, inclinada sobre los fogones. Eira hervía agua en su vieja tetera azul, la que siempre silbaba un

poco antes de tiempo. Sobre la mesa, ya había dispuesto dos tazas de loza con un puñado de hojas frescas de menta y un pan moreno cortado en rebanadas gruesas. A un lado, un tarro de miel apenas abierto, con restos de cera pegados al borde. Su gesto era el de siempre: sereno, recogido. Pero sus hombros se curvaban hoy de un modo que no había visto antes. Como si el peso de los años, y de los silencios, se hubiese sentado al fin sobre su espalda.

—Buenos días.

Ella se giró despacio y, al verme, no dijo nada. Solo extendió los brazos. Sin pensarlo, me deslicé en ellos.

Nos abrazamos en el centro de la cocina, con las manos tibias y el corazón lento. No fue un abrazo de consuelo ni de despedida, ni siquiera de gratitud. Fue algo más simple. Más esencial. Sentí que en ese gesto cabían generaciones enteras de secretos compartidos, de fuegos detenidos justo a tiempo, de palabras que por fin habían llegado a destino.

No hablamos durante un rato. El silbido de la tetera marcó el final de ese instante y el comienzo del siguiente. Ella se apartó apenas y me miró con ojos limpios, casi jóvenes.

—Hoy sabe distinto, ¿verdad? —preguntó.

Asentí. No porque entendiera del todo lo que quería decir, sino porque lo sentía igual. Hoy no dolía tanto. Hoy no era tan confuso. Algo, sin nombre todavía, empezaba a encontrar lugar.

Nos sentamos a la mesa, una frente a la otra, y partimos el pan en silencio. Ella me pasó la miel con una sonrisa pequeña, y yo la unté sobre la corteza tibia con dedos torpes. Afuera, el jardín empezaba a moverse con la brisa. Las zarzas del lado norte estaban en flor. Y entre las rendijas de la ventana, el humo del incendio ya no se sentía como una amenaza.

La temporada estaba perdida. El hostal no abriría. Lo sabíamos. Pero en vez de una herida abierta, esa certeza tenía ahora la forma de una pausa justa. Como cuando se cierra un libro sabiendo que aún quedan páginas, pero no es momento de seguir. Como si la casa nos estuviera diciendo: ya veremos qué hacer con lo que viene.

Y por primera vez en semanas, me sentí en paz con no saber.

—No sé por qué me cuesta tanto preguntártelo —empezó Eira removiendo la cucharita en la taza—, pero llevo toda la noche pensando si… si me juzgas por lo de Rose. Por haber amado a otra mujer.

Giré la cabeza hacia ella. La vi morderse el labio inferior, una línea de duda arrugando su frente. Su pelo blanco, recogido en una trenza floja, le caía por el hombro como un eco de la niña que debió haber sido una vez.

—No —le respondí sin pensar, pero con el corazón latiendo más fuerte—. Eira, ¿cómo podría?

Bajé la mirada un segundo, buscando las palabras justas. Sabía que el calor de la taza podía ayudarme a encontrarlas.

—Si algo he aprendido este verano —seguí, con un nudo dulce en la garganta—, es que el amor no entiende de edades, ni de formas, ni de los nombres que usamos para vestirlo. Que no hay amor pequeño si es sincero. Y que sentir vergüenza de amar es como usar un grano de azúcar para endulzar un bizcocho.

Eira sonrió, pero no era una sonrisa triste. Tenía algo de alivio, algo de esa emoción contenida que se asoma cuando una puerta interna, cerrada durante años, finalmente se abre.

—Durante mucho tiempo pensé que el silencio me protegía. Que guardar ese secreto me salvaba de un gran mal. Pero al final solo me escondía de mí misma.

—Y, sin embargo, encontraste la forma de que esa historia no se perdiera del todo —le dije, tocando suavemente su mano—. Rose y tú, de algún modo, nos habéis traído hasta aquí.

Eira me miró con una ternura infinita. Luego, sin rodeos, como era ella cuando alguna idea le rondaba la cabeza, me preguntó:

—¿Y Robin?

Me quedé en silencio unos segundos. Observé el jardín: los girasoles inclinados, el jazmín trepando por el enrejado, la luz temblando entre las hojas. Todo parecía estar esperando que yo respondiera.

—Es complicado —dije al fin—. Apenas nos conocemos, pero siento que mi corazón solo sabe latir a compás cuando está cerca. No sé de qué trabaja ni cuales son sus intenciones, pero me gusta. Y con eso por ahora me conformo.

Eira asintió, bebiendo un sorbo de té.

—Tiene los ojos de Rose cuando mentía. Se le nota en las cejas, —Soltó con una carcajada inesperada.

Reímos las dos. Ligeramente, como quien despeja el polvo de una foto antigua.

—¿Y tú? ¿Muchos enamorados? —le pregunté, entre burlona y cómplice.

—Oh, más de los que me atreví a besar —dijo, levantando una ceja—, pero menos de los que me hubiese gustado invitar a cenar.

—Eso no me lo creo —repliqué—. Seguro que más de uno se colaba en Penwyth solo para verte preparando mermelada en bata.

—Y yo que pensaba que ese era mi secreto mejor guardado.

Aún quedaba algo de calor en mi taza de té cuando escuchamos pasos cruzando el pasillo. Eira y yo nos miramos, ya que el hechizo de nuestra conversación estaba a punto de romperse.

Robin y Ezra aparecieron en el umbral de la cocina con ese aire de nuevos amigos que se forjan para toda la eternidad. Robin llevaba un polo de tartán verde y Ezra, como siempre, parecía salido de las páginas de una novela victoriana, con sus gafas al borde de la nariz y ese cuaderno arrugado bajo el brazo que rara vez soltaba.

—Buenos días —saludó Robin. Se acercó hasta depositar un beso sobre mis labios—. ¿Interrumpimos?

—Un poco —contestó Eira con dulzura, acomo-dándose mejor el chal—, pero, a veces, lo mejor de una charla es saber cuándo dejar que se interrumpa.

Estuve a punto de soltar una broma sobre lo poco discretos que eran, pero en ese mismo instante, sonó el teléfono. El fijo. Aquel teléfono antiguo de baquelita negra que colgaba en la pared de la cocina, que casi nunca sonaba salvo para recordarnos que existía.

Los cuatro nos giramos al mismo tiempo, sorprendidos. Eira se levantó con un leve crujido de sus rodillas, caminó hasta el aparato y descolgó.

—¿Sí? —dijo con voz neutra. Lo que siguió fue silencio. Un silencio espeso, cargado de años y de algo más—. No puede ser… ¿Ahora? ¿Tan pronto?

Sus dedos apretaron el cable en espiral con fuerza. Su expresión se volvió opaca, como si alguien hubiera corrido una cortina tras sus ojos.

—Está bien… Sí, claro que iré —dijo con un hilo de voz. Luego colgó. Se giró hacia nosotros, compuesta, pero distinta—. Perdonadme. Ha surgido un tema… inesperado. Un asunto nuevo que no puede esperar más.

—¿Estás bien? —pregunté, inquieta.

—No lo sé aún —respondió, con una sonrisa que no tocaba sus mejillas—. No tardaré mucho.

Y sin dar más explicaciones, desapareció escaleras arriba. El sonido de sus zapatillas sobre los peldaños fue lo único que nos quedó durante unos segundos.

Robin y Ezra se quedaron de pie, mirándola irse, hasta que el silencio volvió a envolver la estancia. Me levanté y recogí las tazas vacías, más por tener algo entre las manos que por otra cosa.

—Bueno… —se aventuró Ezra, dejando su cuaderno sobre la mesa—. Esa llamada sonaba a escena de novela gótica.

—¿No te bastaba con los secretos del desván? —respondí sonriendo.

Robin se sentó a mi lado, con ese gesto despreocupado que a veces escondía su nerviosismo.

—¿Creéis que será grave?

—No lo sé —contesté colocando con cuidado los platos sobre la bandeja—, pero era del tipo de llamada que no se recibe si no has estado esperando toda la vida a que llegara.

Hubo un breve silencio. Luego, Ezra murmuró:

—Supongo que damos oficialmente por finalizada la temporada.

Solté una carcajada irónica.

—¿Oficialmente? Creo que el incendio de la biblioteca, las habitaciones cerradas por misterios familiares y la lista de cancelaciones ya lo habían dejado bastante claro.

Robin se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—¿Se ha hecho revisión estructural ya?

—No. Los técnicos vendrán la semana que viene, si es que no se les olvida en mitad del campo. Hay grietas en el techo de la biblioteca y parte del suelo está levantado.

Ezra suspiró.

—¿Y si el seguro no lo cubre?

—Entonces —dije con una sonrisa resignada— nos tocará vender botes de mermelada para pagar los andamios.

Robin soltó una risa leve.

—Tú te ríes, pero no sería tan mala idea. Con lo que haces con los higos y la lavanda, yo pagaría por un tarro.

—Y yo aceptaría encantada que pagues —me burlé de él sonriendo antes de sentenciar—. Al triple de su precio original.

El ambiente se volvió más ligero. Era extraño cómo funcionaba la tristeza, cómo podía coexistir con las bromas pequeñas y los cafés mañaneros. A pesar de la incertidumbre, de los informes técnicos pendientes, de la casa que respiraba por las paredes como si tuviera alma propia… Había en nosotros una voluntad compartida de no dejar que el miedo hiciera nido.

Ezra hojeó su cuaderno.

—¿Podríamos hacer una cápsula del tiempo? Con el plano original del ala este, las notas del arquitecto, incluso las fotos del incendio. Una especie de testimonio. Además de todas las servilletas de Margot, apuntes del misterio y una foto de los cuatro como diciendo: "Sí, esto pasó, pero seguimos".

—Como testigos del desastre y de la reconstrucción —dije, dejándome caer en una silla.

Robin me miró. Había en sus ojos un brillo distinto: no solo afecto, sino una especie de decisión silenciosa.

—Tú también vas a reconstruirte, ¿sabes?

—¿Yo?

—Sí. Ya sea con una nueva panadería, un restaurante en Edimburgo o plantando ciruelos en este jardín.

Bajé la mirada. No le respondí. No hacía falta. Porque aunque las palabras aún no tomaran forma, dentro de mí una nueva semilla empezaba a echar raíces.

Último día de agosto

La luz de la tarde caía oblicua a través de los ventanales sucios de la cocina, tiñendo de ámbar los objetos sobre la mesa. Era ese momento del día en que el sol ya no calienta, pero lo parece, y en el que las motas de polvo flotan provocando que el tiempo mismo decidiera descansar con nosotras.

Ezra, inclinado sobre el montón de papeles que habíamos rescatado de la biblioteca carbonizada, alzó de pronto una hoja ennegrecida con la punta de los dedos, temiendo que se deshiciera entre sus manos.

—Esto parece una receta —dijo con ese tono suyo mezcla de asombro y ternura.

Me acerqué y observé con él los trazos borrosos, apenas legibles. Había palabras medio borradas, otras quemadas por los bordes, pero entre líneas, entre tachones y cenizas, asomaban ingredientes: harina, almendra molida, lavanda seca, ralladura de limón…

—¿Un bizcocho? —preguntó Robin.

Se apoyó en la encimera con los brazos cruzados y esa sonrisa ladeada que solo sacaba cuando algún tema le intrigaba de verdad.

—Eso parece —respondí cogiendo con delicadeza el papel.

Lo observé durante un momento, como si pudiera leer entre las arrugas algo más que ingredientes. Tal vez un recuerdo de alguien, una tarde parecida a esta, una casa llena de aroma a mantequilla fundida.

Ezra me miró con una chispa en los ojos.

—Deberíamos intentarlo.

—¿Estáis locos? La mitad es ilegible —protesté, aunque en mi interior la idea ya había germinado.

Robin se adelantó y abrió la alacena.

—Pues improvisamos. Si tú no puedes, ¿quién?

Me rendí. Porque en el fondo, ese trozo de papel quemado me hablaba como una carta inesperada del pasado. Y porque hornear siempre había sido mi forma de ordenar el mundo.

Nos pusimos manos a la obra. La cocina se llenó de movimiento y risas: Ezra pesando ingredientes con meticulosidad casi quirúrgica, Robin probando la lavanda seca, yo removiendo con una espátula de madera que crujía con cada giro. La mezcla era ligera, perfumada, suave como una promesa.

Mientras el bizcocho se horneaba, el aroma empezó a invadir la estancia, como un recuerdo que regresa sin haber sido invitado. La lavanda danzaba con el dulzor de la almendra, y el limón lo sostenía todo como una línea clara en medio de la niebla.

Cuando lo sacamos del horno, la corteza dorada crujía apenas al tacto, y el centro temblaba con la ternura justa. Lo dejamos enfriar sobre una rejilla junto a la ventana, donde el aire fresco de Penwyth House terminó de darle forma.

—Tiene buena pinta, ¿eh? —resolvió Robin, cortando tres porciones iguales y repartiéndolas en platos desparejados.

Nos sentamos a la mesa y ellos lo probaron primero. El silencio fue la mejor respuesta: Ezra cerró los ojos, Robin sonrió con lentitud. Me hizo feliz verlos disfrutar. Pero yo no hice ningún aspaviento ni nada.

—No me extraña que ganaras ese certamen —comentó el escritor.

—Sin duda es el mejor de todo el verano.

Los dos se enzarzaban en elogios mientras yo me lo llevé al olfato y detecté todos los matices antes de comérmelo sin saborearlo.

Robin me miró de reojo. Se quedó quieto un instante con el tenedor suspendido en el aire. Luego lo dejó en el plato con cuidado.

—Parece que no lo hayas disfrutado, ¿verdad?

Le sostuve la mirada un segundo y luego asentí.

—No como antes.

Ezra levantó las cejas, sorprendido, pero no dijo nada. Fui yo quien rompió el silencio.

—Hace un par de años me diagnosticaron una neuropatía leve. No es grave, pero afectó al nervio olfativo, y con él, al gusto. No desapareció del todo, pero se volvió confuso. Borroso. Como cuando intentas recordar la melodía de una canción que ya no escuchas. Solo puedo oler, pero no saboreo nada. Me falla ese sentido.

—¿Cómo que no puedes saborearlo? —preguntó Robin sin entenderlo.

Hubo un momento de silencio. Robin me miraba como si acabara de confesar que era una espía encubierta. Ezra, con el tenedor en el aire, susurró:

—Pero eres la mejor repostera de Inglaterra.

—Lo dicen los premios, no mis papilas gustativas —respondí encogiéndome de hombros.

Y entonces, Robin estalló.

—¡Pero eso es como si Mozart fuera sordo desde niño y nadie lo supiera!

Ezra se echó a reír, bajito, entre dientes. Yo también empecé a reír, primero despacio, luego más fuerte.

—Vale, pero ni soy Mozart ni estoy completamente "sorda del paladar" —protesté, divertida, haciendo comillas en el aire—. Aún huelo. Aún recuerdo. Y aún siento.

—Ya, claro —soltó Robin, recostándose en la silla, con una sonrisa torcida—. Es el superpoder repostero definitivo. El gusto fantasma.

—Mejor eso que tener el "paladar de crítico descompuesto".

Ezra soltó una carcajada y casi se atraganta con las migas. Robin se rindió.

—Está bien, está bien. Me callo. Solo me dejas sin palabras. Eso es todo.

—Mira tú qué curioso —respondí, alzando mi taza—, a mí el sabor me dejó sin ellas hace tiempo.

Chocamos las tazas con un leve tintineo y seguimos riendo, entre bizcocho y confidencias. Fue uno de esos momentos que sabes que vas a guardar en el fondo del alma, donde se mezclan la honestidad, la rareza y el cariño de los que de verdad te miran sin juicio.

Y en esa risa compartida, tan ligera, tan humana, sentí que todo estaba bien. Que incluso sin sabor, mi vida seguía sabiendo a algo hermoso.

—Desde que llegué aquí ha cambiado un poco. El aire huele limpio, sin la contaminación de Londres, sin la prisa ni los ruidos. La harina huele distinta cuando la mezclo con el viento de Penwyth House. Las notas del limón se clavan, la lavanda despierta cosas dormidas. No todo ha vuelto, pero algo sí.

Ezra me apretó el hombro con suavidad.

—Tienes la memoria del sabor, Clara. Y eso basta para crear.

Sus palabras me llegaron como una bendición antigua, como esas frases que no se olvidan aunque el tiempo pase por encima de ellas.

Robin se quedó callado. Me miró con una expresión que no supe descifrar del todo. No era lástima. Era otra cosa. Quizá admiración, quizá ternura. Quizá algo más profundo que aún no nos habíamos permitido nombrar.

Yo me quedé ahí, rodeada de olor a bizcocho caliente y madera húmeda, de manos amigas y tazas tibias, sintiendo que, de alguna forma inexplicable, había empezado a recuperar no solo mi oficio, sino algo más esencial. A mí misma.

Un buen rato después seguíamos sentados los tres cuando recordé las palabras de Ezra. Eira se había vuelto a reunir con nosotros, así que era el momento de hacerlo.

—Deberíamos preparar una cápsula del tiempo.

La propuesta flotó en el aire unos segundos, como si todos necesitáramos asegurarnos de que no era una broma, de que tenía sentido. Robin alzó una ceja desde su rincón junto a la ventana. Eira dejó la taza de té con un leve golpecito sobre el platillo, como si acabara de recordar algo que llevaba años esperando hacer. Y Ezra, bueno… Ezra sonrió. Esa sonrisa suya tranquila, cargada de ternura, como si ya supiera lo que esa idea iba a significar para todos nosotros.

Así que fuimos a la biblioteca, la que ahora olía a ceniza y madera húmeda. El sol entraba sesgado por la ventana rota, dibujando líneas cálidas sobre los estantes vacíos. Las brasas del incendio ya eran parte del pasado, pero en el aire aún flotaba algo indefinible. Un resto de historia. Un susurro de lo que alguna vez fue.

Sobre una mesa improvisada, fuimos colocando lo que cada uno había traído.

Primero, las fotos. Escogimos dos de Margot y Rose. En una salían riendo, sentadas sobre una manta de cuadros en un claro del bosque; en la otra, más formal, posaban una al lado de la otra, como si el fotógrafo les hubiera pedido seriedad, pero sus ojos igual brillaban de complicidad. Las envolvimos en papel de arroz y las pusimos con cuidado dentro de la caja.

Ezra aportó varios fragmentos del diario. Páginas que ya estaban ennegrecidas por el fuego, pero aún legibles, con la letra pequeña y firme de Eira joven. Seleccionó aquellos pasajes donde se hablaba del amor secreto, del miedo, de la esperanza. Nos pidió leerlos en voz alta antes de guardarlos, y lo hicimos en silencio, cada palabra resonando en las paredes que aún guardaban los ecos de ese pasado.

Yo añadí mis notas manuscritas. Pequeños cuadernos donde había anotado todo lo que había sentido desde que llegué a Penwyth House: los olores, los silencios, las revelaciones. Mi confusión, mi cansancio, mi asombro. Los días de lluvia, la risa de Eira, la forma en que Robin me miraba cuando creía que yo no lo notaba.

—Quiero recordar esto —dije al dejar el último cuaderno en la caja—. Incluso lo que dolió.

Robin dudó un poco antes de entregar lo suyo. Era una carta, escrita con su caligrafía inclinada y nerviosa. No nos dejó leerla. Solo dijo:

—Es para mi abuela. Nunca se la escribí en vida. No supe cómo. Pero ahora… ahora sí.

Y la dobló con cuidado antes de ponerla junto al resto.

Por último, Ezra sacó una hoja en blanco. Frente a nosotros, escribió con una pluma antigua, con gesto ceremonioso:

Prometo escribir esta historia. Toda. Con nombres reales y silencios necesarios. Para que no se olvide. Para que cuando otros lean, sepan que el amor puede sobrevivir al tiempo, al fuego y a las heridas heredadas.

Lo firmó con su nombre completo y dejó que la tinta se secara antes de colocar la promesa en la caja.

Eira, que había estado observando en silencio, se acercó con una tela bordada. Era lino antiguo, con flores rojas deshilachadas y una frase cosida con hilo gris:

Para los que supieron mirar más allá del espejo.

Con manos que temblaban solo un poco, envolvió la caja en la tela y la ató con una cinta azul marino.

Salimos al jardín de los cerezos cuando el sol ya empezaba a caer. El cielo se teñía de oro viejo y las hojas se mecían con esa lentitud casi ceremonial de finales de verano. Cavamos entre todos, bajo el cerezo más antiguo, el que tenía raíces retorcidas y corteza rugosa como una piel con historia.

Metimos la caja en la tierra y la cubrimos con cuidado. No dijimos nada durante un rato.

Fue Robin quien rompió el silencio:

—¿Y ahora?

Nos miramos.

—Ahora hacemos un juramento —se me ocurrió—. Uno que nos ate a este verano, pase lo que pase. Que recordemos este lugar, este fuego, este amor. Aunque el mundo cambie. Aunque nos alejemos.

Ezra asintió. Eira cogió mi mano. Robin tomó la suya.

Y allí, rodeados de tierra húmeda, de recuerdos vivos y de futuro incierto, hicimos una promesa sin palabras. Que aquello que habíamos vivido juntos no se perdería. Que el eco de nuestras voces seguiría escondido bajo ese cerezo, como una llama pequeña y constante, esperando ser hallada de nuevo por quien supiera escuchar.

—A veces —susurró Eira, como si hablara con el viento— lo que enterramos no es para olvidar, sino para proteger.

Y en ese momento, supe que el verano no había sido en vano.

Que nunca lo sería.

Esa misma noche

La noche había caído con esa suavidad de terciopelo que solo se siente en los finales. Las luciérnagas habían comenzado a encenderse poco a poco, como si alguien, muy lejos, estuviera encendiendo pequeñas velas en el aire. El jardín de los cerezos era una mezcla de sombras largas, susurros de hojas y una brisa tibia que olía a tierra recién regada. Nos habíamos quedado allí tras enterrar la cápsula del tiempo, sin prisa por volver adentro, sin ganas de cerrar del todo ese día que ya parecía formar parte de otro tiempo, de otro lugar.

Eira apareció con una bandeja de madera y cuatro copas, cada una tallada de forma distinta, reliquias del pasado. El vino dulce

brillaba dentro de ellas, captando la luz de las luciérnagas al pasar. Nos sirvió a cada uno con su gesto de siempre: tranquilo, sin ceremonias. Pero cuando se sentó en el banco de piedra, justo frente a nosotros, su rostro tenía una serenidad nueva. Una que dolía un poco de tan bonita que era.

—Me jubilo —anunció, sin rodeos, con una voz firme que no dejaba lugar a dudas.

Yo parpadeé, aturdida por la palabra, como si se me hubiera colado una lengua extranjera en medio del corazón.

—¿Cómo que te jubilas? —preguntó Ezra, dejando su copa sin tocar sobre el regazo.

Robin ni siquiera hizo la pregunta. Se limitó a observarla con una mezcla de sorpresa y respeto. Eira sonrió, esa sonrisa suya que siempre tenía un pie en la melancolía y otro en el humor.

—Penwyth House ya no me necesita. Ya ha contado lo que tenía que contar. Lo que quedaba por cerrar se cerró con vosotros. Con vuestras manos, con vuestros silencios, con vuestras risas raras y vuestras heridas. —Nos miró uno por uno, sin prisa—. Sois los últimos huéspedes. No los últimos clientes. Los últimos en quedarse cuando todo parecía desmoronarse. Fuisteis parte del hogar. Y eso… eso vale más que cualquier temporada de éxito.

Nadie habló de inmediato. Solo el tintinear de las copas que temblaban en nuestras manos, las luciérnagas danzando a nuestro alrededor aunque aún no entendíamos del todo.

Sentí una presión en el pecho, como si me hubiera mordido una emoción que no sabía que tenía. Me incliné hacia ella y le tomé la mano.

—¿Estás segura, Eira? ¿Y si… y si te arrepientes?

Ella negó con la cabeza, apretándome los dedos con esa calidez que siempre había sido su forma de amar sin decirlo.

—Estoy segura porque todavía puedo decidirlo. Y eso es lo más bonito de soltar algo: hacerlo antes de que te lo quiten. Penwyth House no es una carga. Es un regalo. Pero no puedo llevármelo

conmigo al final. Tiene que quedarse con alguien más. Con quien escuche. Con quien se atreva a quedarse, incluso cuando arde.

Robin alzó su copa.

—Pues brindemos. Por Eira. Por su coraje. Y por nosotros, los huéspedes accidentales.

Reímos entre lágrimas y vino dulce. Brindamos. Y luego nos dejamos caer en una conversación de esas largas, sin puntos finales. Hablamos de cuando Eira era joven y se escapaba por la ventana del piso de arriba para ir a bailar. De cómo una vez se enamoró de una francesa que le regaló un perfume que aún guarda en una caja forrada en terciopelo. De cómo Penwyth House, alguna vez, estuvo tan vacía que Eira pensó en venderla por menos de lo que costaba un buen abrigo.

—¿Y por qué no lo hiciste? —le preguntó Ezra.

Ella se encogió de hombros.

—Porque una mañana, después de una lluvia muy fuerte, la cocina olía a menta y a limón. Como si alguien hubiera cocinado algo solo para mí. Y supe que la casa me estaba diciendo que esperara. Que aún no era tiempo.

Nos reímos con ternura. Con ese tipo de risa que llega cuando uno ya sabe que no volverá a vivir un momento igual.

El cielo se había oscurecido del todo. Las estrellas parpadeaban con fuerza, como si también quisieran ser parte de nuestra despedida. Eira se acomodó mejor en su asiento y, con voz más baja, casi como una confesión, añadió:

—He vivido muchas vidas aquí dentro. He amado, he perdido, he visto desaparecer rostros y he aprendido a seguir cocinando para sillas vacías. Pero hoy estoy llena. De historias, de silencios, de vosotros.

Sentí un nudo en la garganta que no quise disolver.

—¿Sabes ya quién se quedará con la casa? —me atreví a preguntar.

Eira sonrió sin contestar. Su mirada se perdió en la penumbra del jardín, donde los cerezos murmuraban en su lenguaje secreto.

—Tal vez sí. Tal vez la casa lo decida.

Y así, entre tragos de vino, palabras colgadas del aire, y una luna que parecía vigilar desde arriba con dulzura, supimos que habíamos sido parte de algo irrepetible. Que el verano, aunque roto y lleno de humo, también había sido fértil. Nos habíamos encontrado. Nos habíamos curado. Y aunque Eira soltara las llaves, la casa ya no era solo suya.

Penwyth House era un lugar sembrado de memorias. Y nosotros, sus últimos huéspedes, nos convertiríamos en raíces de su historia.

—A veces —murmuró Robin, cuando todos callábamos— ser el último es también ser el primero de algo nuevo.

No lo sabíamos aún, pero ese era el inicio de otro tipo de promesa.

Y yo, con el corazón lleno y las manos vacías, lo supe en lo más hondo: estaba lista.

Para lo que viniera.

Para construir lo que por fin empezaba a tener sentido.

Unas nuevas navidades



Ese invierno

La biblioteca olía a madera nueva, pintura fresca y chocolate caliente mal disimulado. El sol invernal se colaba entre las ventanas abiertas —aún sin cristales del todo limpios—, iluminando las partículas de polvo que bailaban como copos lentos en el aire. Era la mañana de Nochebuena y allí estábamos los tres, en plena faena, como si la reforma del siglo fuera nuestra particular versión de unas fiestas felices.

Eira llevaba atado un pañuelo floreado en la cabeza. Pintaba los marcos de las ventanas con una brocha ancha y sin ningún tipo de orden lógico. Primero una esquina, luego el centro, volvía a la parte superior, murmurando una melodía que no reconocí. Cada tanto se

detenía a observar su obra con los ojos entornados, como si fuera un lienzo que no se decidía a terminar.

—Te has saltado ese lado —le regañé señalando una zona sin pintar.

—No, querida, eso es aireación artística —replicó con una sonrisa maliciosa—. Lo último en tendencias rurales.

Me reí mientras luchaba con las piezas de una estantería de madera oscura. Estaba intentando ensam-blarlas siguiendo unas instrucciones que, al cabo de diez minutos, descubrí que tenía del revés. Le di la vuelta al papel con un suspiro resignado y me encontré con que tampoco entendía mucho más.

Robin, por su parte, parecía haber decidido que su misión del día era poner banda sonora a la escena. Había colocado el viejo tocadiscos en un equilibrio precario sobre una pila de libros embalados y hacía girar un disco de jazz navideño con las manos manchadas de azul cobalto. Tenía un auricular en una oreja y una brocha en la otra mano, con la que fingía dirigir una orquesta invisible mientras giraba por la habitación en pasos de swing poco ortodoxos.

—¡Cuidado con eso! —grité entre risas cuando su codo pasó peligrosamente cerca de mi taza.

—¡Eso no va ahí, Robin! —saltó Eira, medio en broma, medio en serio, cuando lo vio con un tarro de barniz en lugar del esmalte correcto.

—¡Shhh! Confía en mi visión creativa —resolvió él con dramatismo fingido, y estampó un beso en la tapa del bote equivocado.

Todo era un caos encantador. Me sentí extraña y ligera a partes iguales, el tiempo se había detenido justo en ese instante, en medio del ruido, las carcajadas y los colores que aún no estaban en su sitio.

Entonces agarré un cojín pequeño —uno de esos viejos que había sobrevivido milagrosamente al incendio— y se lo lancé con precisión

al hombro. Robin lo atrapó al vuelo y, sin dudarlo, se lo colocó en la cabeza como un gorro de cocina.

—¿Qué opináis? ¿Chef de emociones navideñas? —preguntó haciendo una reverencia con la brocha alzada.

—Más bien el duende de las reformas mal hechas —me burlé.

Eira se carcajeó, y su risa llenó la estancia como una campana antigua. Por un momento, me olvidé de todo lo que habíamos perdido, de las dudas, del sabor que aún no terminaba de regresar, del edificio en ruinas de Londres. Solo quedábamos nosotros, uniendo piezas, brochazos y canciones como si estuviésemos reconstruyendo algo más que una biblioteca: un hogar, quizás, o al menos un lugar donde el alma podía descansar.

Y allí, entre libros por ordenar, paredes por pintar y corazones un poco menos rotos, sentí que algo se había salvado.

Nos sentamos en la cocina —o en lo que quedaba de ella—. La mesa estaba cubierta por una sábana vieja a modo de mantel improvisado y los tres nos repartimos las cajas de libros aún por abrir a modo de banquetas reales. Todo estaba desordenado y, sin embargo, no podía recordar una tarde más acogedora. Cada rincón olía a chocolate recién derretido y a madera humedecida por los días de reforma.

Eira nos pasó las tazas con manos firmes pero manchadas de pintura, como si fueran cálices sagrados en una ceremonia secreta. Las tazas no hacían juego entre sí —una tenía una grieta en forma de media luna, otra llevaba un dibujo desvaído de un ciervo, y la mía era amarilla, con el borde mellado—, pero todas estaban llenas hasta arriba de chocolate espeso, casi una promesa líquida de consuelo.

—Bueno —rompió el silencio Eira, dándole un sorbo sin quemarse —, si alguna vez hubo espíritu navideño en esta casa, creo que hoy se nos ha encarnado en forma de polvo de yeso.

Me reí, dejando que el vapor del chocolate me empa-ñara las gafas.

—Y en tablas mal atornilladas —añadí—. Esa estantería que hemos montado va a caerse al menor movimiento de un ratón.

Robin soltó una carcajada baja, el sonido profundo de alguien relajado de verdad, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos entrecerrados de gusto. Llevaba la camiseta manchada de azul índigo y un pequeño corte en el dorso de la mano, recuerdo de una pelea reciente con un clavo mal situado.

—¿Y qué esperabais? —protestó él alzando su taza para hacer un brindis—. Milagros con manuales de instrucciones en sueco y una estufa que cruje no es una idea prometedora.

—La estufa tiene más carácter que muchas personas que conozco —replicó Eira con sorna, y dio otro sorbo largo después de imitar su gesto.

Me recosté contra la pared, dejando que el calor del chocolate me bajara hasta el pecho. Había algo diferente en ese momento, más generoso. Miré a Robin. Él también me miraba. Y no puede más que sonrojarme y sonreír. Llevábamos poco tiempo juntos, pero la verdad era que, cuando le propuse la locura de quedarnos los dos con el hostal y él aceptó encantado, solo pude enamorarme todavía más.

Nos sonreímos, sin palabras.

—Es surrealista —murmuré, más para mí que para ellos—. Pensar que esta casa.. es mía.

Eira alzó una ceja, dejando la taza sobre la caja a su lado con un leve “clink”.

—Nuestra, querida. Penwyth House nunca pertenece a una sola persona. Se presta, se habita. Se cuida un tiempo, como si fuera un corazón viejo que te pide compañía hasta que le toca otro guardián.

No supe qué responder a eso. Solo asentí. Tenía razón. Yo no era dueña de la casa, pero sí de ese instante, de ese retazo de invierno con sabor a cacao y risas polvorientas.

Robin me rozó la rodilla con la suya, un gesto suave, sin pretensión. Solo estaba ahí, presente. Recordándome que el calor también viene de los silencios compartidos.

—Bueno —dijo él, estirándose con exageración—, si sobrevivo al montaje del próximo mueble, quiero una placa con mi nombre en la biblioteca. O al menos una estantería que no se tambalee.

—Te haré una galleta con tu cara —le prometí, y todos reímos otra vez.

Aferrada a la taza tibia, con las mejillas encendidas y las manos aún manchadas de harina de un bizcocho a medio hornear, pensé que si las navidades eran esto —desorden, familia encontrada y chocolate caliente—, entonces tal vez el mundo no estaba tan torcido como a veces parecía.

Por la tarde

La brocha se me resbaló de entre los dedos justo cuando sonó el timbre. Dejé una línea irregular de pintura blanca sobre el borde de la puerta del pasillo, pero no me importó. Ya lo arreglaría más tarde.

El sol del atardecer entraba por los ventanales y convertía el polvo en una lluvia de oro suspendida. Me limpié con rapidez las manos en un trapo viejo que usábamos como bayeta y, sin preocuparme por las manchas en la cara ni por los rizos sueltos que se me pegaban a la frente, corrí descalza por el suelo cubierto de periódicos hacia la puerta principal.

El timbre volvió a sonar, más impaciente esta vez. Abrí de golpe, con el corazón latiéndome con fuerza. Y ahí estaba Ezra.

De pie en el umbral, con su abrigo largo de lana oscura, una bufanda roja enrollada con descuido y esa sonrisa inmensa que siempre parecía anunciar travesuras o buenas noticias. Tenía la nariz colorada por el frío y los ojos chispeantes, escondiendo una historia bajo cada párpado.

—¡Sorpresa! —exclamó, y su voz se mezcló con el aire helado de la tarde.

A su lado, algo más callado, estaba un hombre que no conocía. Un poco más joven que Ezra, rubio, con el cabello peinado hacia un lado y las mejillas sonrojadas de nervios o de frío —o ambas cosas —. Llevaba en las manos un ramo de lavanda seca, atado con una cuerda simple. Un detalle humilde, pero lleno de intención.

—Te presento a Rhys —anunció Ezra, dándole un codazo cariñoso al chico, que se limitó a esbozar una sonrisa tímida mientras me tendía el ramo—. Espero que no te importe que me haya traído un poco de magia navideña extra.

—¿A mí? —reí, aceptando las flores—. ¡A la finca, querrás decir! Pasa, por favor. Los dos. Estáis en vuestra casa.

Rhys dio un paso inseguro hacia dentro, mirando con ojos grandes el desorden encantador del recibidor: el árbol de navidad sin terminar, los abrigos colgados de cualquier forma, la corona a medio hacer sobre la mesa de entrada. Ezra entró detrás de él como si nunca se hubiera ido, dejando que su abrigo capturara motas de polvo al moverse.

Desde el salón, oí el sonido sordo de una caja al caer y la risa inconfundible de Robin. Eira asomó desde la cocina, con una taza en la mano y una ceja arqueada con interés. Caminó hacia nosotros, examinando la escena como si supiera exactamente lo que estaba viendo antes de que nadie dijera palabra.

—¿Tenemos visita? —preguntó con fingida inocencia, mientras su mirada se deslizaba de Ezra a Rhys—. El espíritu de la casa sigue trabajando.

Al pasar junto a mí me guiñó un ojo. Sentí como la gratitud me inundaba el pecho. Ahora sí que estábamos todos. Les hice señas para que siguieran hasta la cocina, mientras gritaba con alegría hacia dentro:

—¡Tenemos una visita navideña! ¡Y viene con lavanda!

Robin apareció por el pasillo, con una camisa manchada de pintura y el pelo despeinado. Al ver a Ezra, levantó los brazos como

si saludara a un héroe que regresaba de una gran odisea.

—¡Ezra! No me digas que vienes a salvarnos del desastre decorativo.

—Y con compañía —añadí señalando a Rhys—. Así que cuidado con lo que dices.

Eira ya le estaba sirviendo una taza de té caliente cuando Rhys se sentó con torpeza en una de las sillas antiguas. Parecía estar entrando en un universo paralelo, pero uno amable, donde todo estaba a medio hacer y, sin embargo, todo tenía sentido. Ezra se instaló a su lado como si hubiera nacido en esa cocina.

—Vamos a necesitar más tazas —anunció Eira con tono ceremonial—. Y tal vez otro brindis.

El atardecer seguía tiñendo las ventanas de naranja y oro. Afuera, los primeros copos de nieve comenzaban a caer con timidez. Dentro, entre tazas humeantes, muebles por montar y corazones abiertos, supe que aquella sorpresa era exactamente el tipo de Navidad que esta casa, y todos nosotros, necesitábamos.

La noche había caído sin prisa, como una manta que alguien te echa con cariño cuando te estás quedando dormida. El aire olía a madera nueva y a barniz, mezclado con el dulzor especiado del vino caliente que burbujeaba en la cocina desde hacía horas. Desde la ventana de la biblioteca, se veía el jardín cubierto por una capa fina de escarcha, reluciendo bajo la luz temblorosa del improvisado árbol de navidad que habíamos montado con ramas del cerezo viejo, cintas de tela y unas luces que Robin había encontrado en una caja olvidada en el desván.

La estantería estaba por fin en su sitio. Después de forcejeos, juramentos y una pieza que sobró misteriosamente, había quedado recta. Llena ya de libros y pequeñas reliquias rescatadas del incendio, como si supiera que tenía una segunda oportunidad. Me acerqué con mi copa y pasé los dedos por el lomo gastado del diario

de Margot, que ahora descansaba en el estante más alto, como un testigo que sonríe desde lejos.

Nos sentamos todos en círculo, entre cajas aún sin abrir, papeles de burbujas y una melodía suave que sonaba desde el viejo tocadiscos de Eira. Robin me pasó una taza de vino caliente y rozó mis dedos sin decir nada, pero esa mirada cómplice me hizo sonreír. Ezra y Rhys estaban abrazados bajo la manta del sofá, compartiendo una galleta que se rompía a cada bocado. Eira, con las piernas cruzadas y su copa en alto, nos miraba con ojos brillantes de orgullo y algo más, como si viera no solo lo que éramos, sino también lo que íbamos a ser.

—A Penwyth House —alabé, alzando mi copa.

—A los que estuvieron antes, a los que vendrán después —añadió Ezra.

—Y a sobrevivir al montaje de muebles sin perder amigos —finalizó Robin, haciendo reír a todos.

Brindamos, y el sonido de las copas tintineando me recordó a un hogar vivo, palpitante. Me apoyé en el respaldo del sillón y los miré uno por uno. Allí, rodeada de esa gente extraña y maravillosa, pensé que Penwyth House no solo había sobrevivido al incendio, al silencio de los inviernos, a las ausencias, sino que había renacido. Cada risa, cada historia compartida, cada roce de manos, estaba sellando una nueva promesa. No de perfección, sino de continuidad.

La música bajó aún más. Las luces temblaron. Y entonces, como una última nota improvisada en una canción, Rhys se levantó, tomó una vela encendida de la repisa y caminó hacia el centro de la biblioteca con una sonrisa traviesa.

—¿Qué os parece si pongo esto aquí, en el centro? Para causar un poco de ambiente.

Hubo un segundo de silencio absoluto.

—¡NOOOOOOOOO! —gritamos todos al unísono.

Rhys parpadeó, luego se rió. Todos nos reímos. Una risa que empezó como un suspiro de alivio y acabó en carcajadas abiertas. Entre risas, yo misma apagué la vela con un soplido exagerado.

Y así, con el calor del vino, el parpadeo de las luces, los ecos de nuestras risas y las paredes respirando una historia nueva, supe que ese era el final perfecto para un año improbable. No un final, en realidad. Un fundido lento, como el de las películas antiguas, cuando la pantalla se vuelve negra pero tú sabes que los personajes siguen ahí, viviendo, amando, creciendo. Como nosotros. Como esta casa.

Hasta la próxima temporada.￼



¡Hoiiii!



Soy Anna Gils, escri- tora, diseñadora de portadas y una apasio- nada del cozy fantasy y las historias de romance que te envuelven como una manta en una tarde de otoño. Mi amor por la escritura comenzó

desde pequeña, pero no fue hasta hace unos años que decidí lanzarme de lleno en este maravilloso mundo literario. Desde entonces, he creado universos llenos de magia, aventuras, y personajes que se sienten tan reales como las personas que nos rodean.

Cuando no estoy escribiendo, me dedico al diseño gráfico, creando portadas de libros que capturan la esencia de cada historia. Si alguna vez has visto mis trabajos, sabrás que me encanta combinar lo visual con lo literario, creando una experiencia completa para los lectores.

Cada libro que escribo es una parte de mí, una extensión de mis vivencias, mis sueños y las historias que me rondan la cabeza a diario. Pero mi trabajo no termina cuando llego a la última página. Lo más importante para mí es saber qué te ha parecido la historia, cómo te ha hecho sentir, y qué personajes han dejado huella en tu corazón. ¡Quiero saberlo todo!

¿Cómo puedes ayudarme?

Si has disfrutado de Las diosas del tardeo o cualquiera de mis novelas, te agradecería enormemente que compartieras tu opinión. Las reseñas son una de las mejores formas de apoyar a los escritores, ya que permiten que más personas descubran nuestras historias. Si te ha gustado el libro, ¿me ayudarías dejando una reseña en Amazon o Goodreads?

Tu opinión no solo ayudará a otros lectores a decidirse, sino que también me permitirá seguir creciendo como escritora y crear más historias que te emocionen.

¡Comparte tu experiencia en redes sociales!

Si prefieres, también puedes compartir tus pensamientos en Instagram, etiquetándome en @anna.gils.writer. Me encantaría ver fotos, reseñas o cualquier detalle que te haya gustado del libro. ¡Incluso si solo quieres decirme cuál ha sido tu personaje favorito o cuál es tu escena preferida, estoy deseando leerte!

Gracias por acompañarme en este viaje literario. Tu apoyo significa el mundo para mí y es lo que me motiva a seguir creando historias que te hagan soñar, reír y emocionarte.

Con cariño,

Anna.